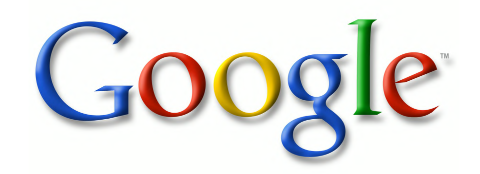
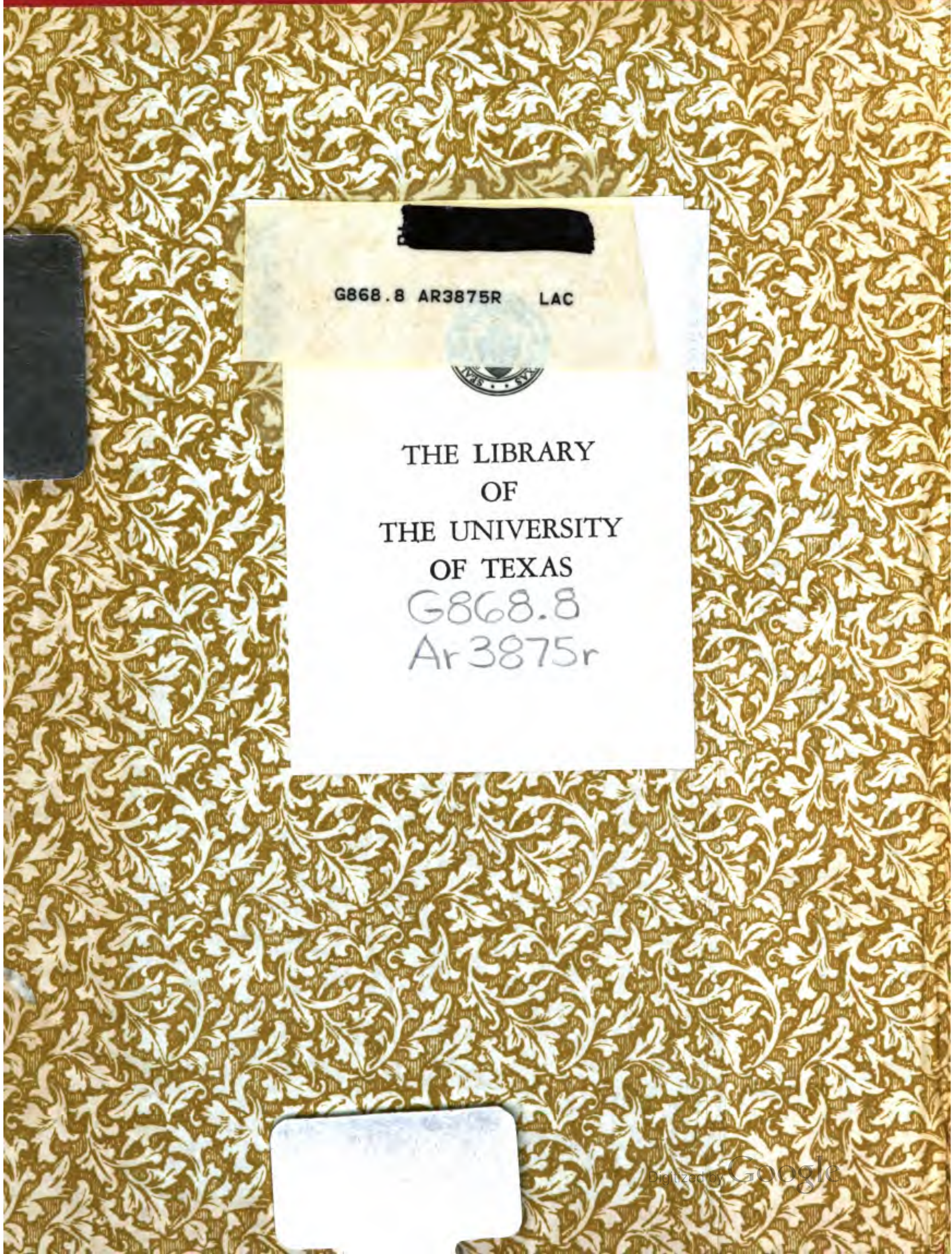
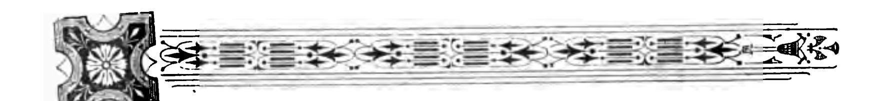

Google





This Book is Due on the Latest Date Stamped
LITHO



ALBERTO ARIAS SANCHEZ

(A. S. ALBERTO.)

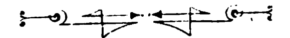


(ESCRITOS LITERARIOS.)

CON UN PROEMIO

DE

D. Federico Escobar.



GUAYAQUIL.

IMPRENTA DE "LA NACIÓN."

1896.



MIO.

: ebanista, de ponerle marco
e ha sabido combinar en su
ios. Ese cuadro es obra de
dad artística es admirable y
ero á Alberto Arias Sánchez,
er que estas líneas que escri-
nitamente pálidas y por con-
recomendar los artículos que
er leídos con agrado, porque
. El marco será, pues, in-

: están contenidos en este fo-
esar de sus pocos años, es re-
va generación literaria de la
veinte años de edad y ya sus
illosas. Refiérenme que á la

edad de siete años tuvo la desgracia, la inmensa desgracia, de lamentar la muerte de su querido padre, y que poco tiempo después se empleó como amanuense en una oficina para atender á las necesidades de su adorada madre á quien ha dedicado este librito.

Alguien ha dicho que, "para aprender á ser sabio, la desgracia es gran escuela"; y así es la verdad. ¡Cuántos séres, contrariados por la suerte, han sido y son inmensos focos de luz que iluminan al mundo con sus destellos! . . . Alberto Arias Sánchez se ha ilustrado en esa escuela; y, en las horas robadas al sueño, se entrega con ardor febril al estudio que ilumina los cerebros y que disipa las sombras del Error.

El Ecuador, Nación pródiga en talentos, cuna de Olmedo, Montalvo, Rocafuerte, Proaño, y patria de una juventud intelectualmente vigorosa, cuenta entre sus hijos á Alberto Arias Sánchez, quien es una esperanza para las Letras latinoamericanas.

Varios de los trabajos que contiene este libro, han sido publicados en diversos periódicos de Guayaquil, ciudad natal del joven autor, tales como *Los Andes*, *El Monitor Popular*, *Diario de Avisos*, *El Tiempo*, *El Grito del Pueblo*, *El Pensamiento*, *La Nación Literaria* y otros cuyos nombres no recuerdo. También han acogido trabajos literarios de este joven, las columnas de *La Ofrenda de Oro*, *La Gaceta Ilustrada* de Nueva York, *La Voz del Pueblo* de Ayacucho [República Argentina], *El Partido Liberal* de Costa Rica [Centro-América], etc., etc.

El autor del libro que me ocupa, ha recibido aplausos merecidos; pero él es bastante modesto: los aplausos que le prodigan con frecuencia, no los recibe con envanecimiento sino como un estímulo que le obliga á continuar estudiando sus autores predilectos. Mientras otros jovencitos se entregan inmoderadamente á los placeres ilícitos, Alberto se dedica á la lectura de buenos y útiles libros, únicos amigos que ilustran y no perjudican.



Razón tengo cuando afirmo que esta colección de artículos ha de ser bien acogida por ese Juez infalible é ilustrado que

se llama Público. El lector hallará en ella algunos lunarcillos, ¿qué obra no los tiene?, algunos lunarcillos que en nada menoscaban el mérito del conjunto; y ellos son perdonables en gracia de que esos escritos son los primeros ensayos de Alberto.



En las postrimerías de nuestro siglo XIX, nótase una revolución literaria de marca mayor. Muchos libros circulan por nuestra virgen América y las relaciones literarias se estrechan de pueblo á pueblo por medio del Divino Arte de Guttemberg y por medio de las correspondencias. Diversas escuelas bregan por obtener un noble triunfo en el campo de las ideas. Salvador Díaz Mirón, el bardo mejicano, de los apóstrofes volcánicos, interpreta á Víctor Hugo, *el dios de la barba florida*, y logra obtener inmensa fama y muchos admiradores. José S. Chocano sigue, en el Perú, las huellas de aquel inspirado compatriota de Manuel Acuña, el sublime suicida de la cabeza melenuda; y publica volúmenes, como los intitulados *Iras Santas* y *En la Aldea* que han recibido continental aplauso: Chocano es el poeta de las hipérboles tempestuosas.

Los *decadentes* han endiosado á Rubén Darío, el neurótico soñador, el de los cuentos azules, el de la rima enigmática, el de los jeroglíficos poéticos. El poeta nicaragüense ha logrado crear una escuela y á ella pertenecen mis compatriotas Darío Herrera, Abraham Z. López Penha y el salvadoreñito Arturo A. Ambrogi. Lástima grande que estos jóvenes de verdadera inspiración y reconocidos talentos se hallen afiliados á tan antipático y efímero apostolado.

Polita de Lima, Leopoldo Torres Abandero, Felipe Valderrama y otros vates jóvenes, siguen imperturbables, en Venezuela, por un sendero despejado: son eclécticos, y reniegan del "Arte en el cual se nota un innoble rebuscamiento".

COLOMBIA, mi querida COLOMBIA, también tiene sus representantes en el banquete literario: ellos son Salomón Ponce Aguilera, Maximiliano Grillo, Ismael Enrique Arciniegas, Víctor Dubarry, José M. Vargas Vila, los Flores, Adolfo García, Rodolfo Aguilera, F. A. Gamboa, Rodolfo Caicedo, quienes ya son bastante conocidos en el mundo de las Letras . . . Sal-

ve á esa pléyade de jóvenes, divinos sacerdotes que comulgan con la hostia eucarística Inteligencia.



Dicen los que entienden de Física que del choque de nubes condensadas, impelidas por vientos contrarios, resulta una descarga eléctrica que tiende á purificar la atmósfera . . . Asimismo sucede en la Literatura: las ideas contrarias chocan y producen catástrofes terribles; pero al fin triunfa la idea bella y redentora.

La revolución literaria que se opera en la América Latina, á fin de siglo, es inmensa; y cada joven que se cree con derecho, toma en ella parte, ya por medio del libro, del folleto ó del periódico. En esa revolución saldrá triunfante el *eclecticismo*, porque él desprecia lo malo y acepta lo bueno de todas las escuelas.

A ésta pertenece el autor de este libro. La lectura de RATOS DE OCIO ha de ser agradable porque ilustrará y deleitará al mismo tiempo. La madre de familia puede leerlo de sobremesa, sin ningún perjuicio; el novio puede regalárselo á su novia, y el Artesano, ese soldado del Trabajo, puede leerlo cuando después de sus rudas faenas regrese á su bendito y humilde hogar.

Al lado del *Cuento Oriental* de la moderna escuela está la tradición clásica, rígida, tersa; al lado de un episodio popular elevado en el fondo y bello en la forma, se halla una miniatura literaria, sencilla, tembladora.

El Sacrílego, *Atuparqui*, *Historia de un niño* y *Pablo el Marino* destácanse luminosos del fondo de este cuadro, y en esos artículos, como en otros, se manifiesta Alberto como un narrador de bellísimo estilo y de corte clásico. *No hay hijo feo*, es uno como fábula, escrito en prosa poética y que, en mi humilde concepto, ha de gustar á los lectores.



Y voy á terminar, parodiando á mi prologuista, á mi inolvidable Verísimo Herazo: "Yo no quiero ser el panegiris-

ta que elogia ni el crítico que abate. Para lo primero se resiste mi carácter: no soy pródigo en lisonjas; para lo segundo, no tengo aptitudes y se me condenaría la audacia."

Lea el Público esta obrita y juzgue después: ella es solamente un grano de arena que, en contribución, ofrece mi buen amiguito Alberto Arias Sánchez, para el edificio de la Literatura Americana.

FEDERICO ESCOBAR.

Panamá, Febrero 8 de 1896.



PRIMERA PARTE.

NARRACIONES



UN VIAJE DE PRUEBA.

A F. J. Falquez Ampuero.

I

El aparato estaba concluído.

Me acuerdo que era en forma de cóndor, pero muy grande, con dos enormes alas. A primera vista parecía imposible que aquel pájaro de hierro pudiera elevarse, mas no era así.

Cuando principió á funcionar la maquinaria y el monstruo se movió, no pude menos que soltar un grito de espanto.

Jamás había yo sido aereonauta ni mucho menos, y la idea de que aquel gran aparato volátil se elevaría muchísimo, me atormentaba de una manera terrible.

La máquina funcionaba, las alas se movían y el aparato se elevaba.

Las casas de la ciudad se convirtieron muy en breve en puntos blancos, y las torres de las iglesias parecíanse á las torrecitas de cartón con las que suelen jugar los niños.

Pocos momentos después no se vieron casas ni torres.

¡Se habían perdido de vista!

Y la máquina seguía funcionando, y nos elevábamos más y más.

Henry Youbs, el inventor, el ingeniero inglés, fumando un gran cigarro, impasible como un demente, sonreíase al ver funcionar la máquina, y, puede decirse, que aquel hombre gozaba al ver la velocidad con que se efectuaba la ascensión.

Mientras tanto don Manolo Reager, el ricachón español que había proporcionado el dinero al ingeniero para la fabrica-

ción del aparato y que quiso presenciar el viaje de prueba, se moría de miedo, y primero con bravatas y después con súplicas, solicitaba del inglés el inmediato descenso.

Pero con las amenazas lo único que consiguió don Manolo fué encaprichar á su protegido:

—Mr. Mánuel—díjole éste en mal castellano—yo no bajo de aquí hasta no tropezar con la luna. ¿Piensa Ud. que yo regrese á York, mi ciudad natal, sin haber hecho algo maravilloso por América?

Don Manolo se desesperaba: conocía el geniazo de Mr. Youbs y tenía miedo.

—Este bruto yorkino nos va á hacer perecer,—me dijo.

Yo no contesté nada.

Estaba aterrado.

II

Comenzaba á hacerse la respiración algo difícil

Don Manolo abría las narices desmesuradamente y decía al inglés:

—Mr. Youbs, mi buen amigo, mi excelente ingeniero, ya estoy convencido de la bondad de su gran aparato y resuelto á comprarlo; lo compro, Mr. Youbs, lo compro, pero, por Dios, bajemos ya, que nos vamos á ahogar aquí.—¡Jesús! . . . si ya creo que estamos cerca de la luna.

Mr. Youbs, el ingeniero inglés, fumando su gran cigarro, impasible, como un demente, desempeñaba el oficio de maquinista, miraba su cronómetro, se retorcía los enormes mostachos y á veces se sonreía.

Don Manolo se desesperaba más cada momento y suplicaba al ingeniero el inmediato descenso.

El inglés sólo respondía:—"Oh! what á fool!"—y seguía pitando el gran cigarro que, tan luego como lo acababa, era reemplazado *ipso-facto*. El hombre que más fumaba era Mr. Henry Youbs, según decía don Manolo Reager.

Yo, que sin saber cómo ni por qué, me encontraba con Mr. Youbs y don Manolo, á quienes tan sólo de vista conocía, embarcado en aquel aparato, en aquel gran pájaro automático, temblaba de miedo y no me atrevía á decir palabra.

III

Así pasaron dos días.

Felizmente, según me dijo don Manolo mi compañero de desgracia, había víveres y combustible para cinco días.

—Pero Mr. Youbs, ¿qué va á ser de nosotros?—solíale interrogar á menudo don Manolo.

El inglés sólo respondía:—"Oh! what á fool!"—y se echaba su *copa*.

Don Manolo había cobrado terror á su ingeniero.

IV

Había momentos terribles para mí.

Por el capricho de este maldito inglés, decía para mi capote, van á haber tres víctimas: él, don Manolo y yo. En cuanto á él ¿qué me importa? él se tiene la culpa; pero don Manolo, yo . . .

¡Qué horas de desesperación tan horribles!

Me acordaba del profesor alemán Lidembrock y de su sobrino Axel cuando verificaron su gran viaje al centro de la tierra. Pero aquello es fantástico, me decía, aquello es una novela del francés Julio Verne; además, Lidembrock, tal como nos lo pinta el autor, era un sabio, un grande hombre; pero este Mr. Youbs, no pasa de ser sino un solemne bruto, un estúpido caprichoso y nada más ¡y que por su capricho vayamos á perecer los tres! . . . pero él ¿qué importa?

Y temblaba al pensar en . . . la caída al mundo.

¡Oh! aquello era horrible: estaba medio muerto.

Y el maldito pájaro de hierro meneaba sus enormes alas y se elevaba más y más.

V

Durante los dos días y medio que llevábamos de marcha, mil veces había suplicado don Manolo al bruto del ingeniero, hasta con lágrimas, á veces, que procediese al descenso; pero, mil veces también, había contestado Mr. Youbs con su expresión favorita:

—Oh! what á fool!

No desistía el inglés de su proyecto de subir hasta la luna.

¡Gran animal! y no tener siquiera una pistola para plantarle una píldora . . .; pero aunque tuviéramos el arma, ni don Manolo ni yo sabíamos el mecanismo del maldito aparato.

Por todos los lados que miráramos se nos presentaba la muerte.

A todo esto, no acababa de comprender por qué me encontraba en medio de aquellos hombres, embarcado en el maldito pájaro, á tantas leguas encima de las más altas torres del mundo. Según el cálculo de Mr. Youbs, el aparato volátil "Youbs", como él lo había bautizado, se elevaba cuatro leguas cada cuarto de hora; estábamos en el aire desde las nueve de la mañana del 12 de Abril, y en aquel momento marcaba el cronómetro de Youbs la una de la tarde del 14. Teníamos, pues, las siguientes horas de ascensión en el "Youbs":

Día 12, desde las 9 a. m. hasta las 12 de la noche	15	horas.
Día 13	24	"
Día 14, hasta la una en punto de la tarde. . .	13	"
Total de horas en la navegación aérea. . . .	52	"

Ahora bien, si en cada cuarto de hora, el aparato volátil "Youbs" se elevaba cuatro leguas, teníamos que, en cincuenta y dos horas, se había elevado la enorme cantidad de ochocientas treinta y dos leguas!! . . .

Yo había oído decir cuando vivía en el mundo, permítaseme la expresión, que á una elevación muy grande llegaba á faltar la atmósfera.

Esto me acababa de aterrar.

Llevábamos ochocientas treinta y dos leguas y todavía no nos faltaba el aire.—¿Será mentira lo que se dice allá abajo?—pensaba—¿ó no llegaremos aún á la altura en que debemos morir asfixiados?—Lo único que notamos, fué que el día 13, de diez de la mañana á diez de la noche, la respiración se hacía un poco difícil; pero después de las horas indicadas, entramos

en una atmósfera mejor que la nuestra, es decir, de la que se conoce en la tierra.

—Pero Mr. Youbs—dijo don Manolo,—qué va á ser de nosotros?

—No lo sé—exclamó esta vez el ingeniero,— llevamos rumbo hacia la luna y á fe que estamos cerca.

—¿Cerca?—pensaba yo, que me acordaba haber leído en las obras del Padre Solano que la luna se encontraba como á cien mil leguas distante de la tierra. Llegué á persuadirme de que era un gran estúpido el tal Youbs, el ingeniero yorkino; no obstante, meditaba: pueden haberse equivocado los astrónomos, decíame, y sobre todo, por abajo se dice que la fortuna favorece á los audaces ¿pasará lo propio en el espacio? . . . Sin embargo, nuestra muerte la tenía por segura: supongamos, por un momento, que lleguemos hasta la luna, discurría yo, que en aquel astro haya atmósfera para nosotros, que hayan alimentos, etc. y después, ¿cómo bajaríamos á la tierra?—¿quién nos aseguraría que llegaríamos sin novedad? ¡Ay, Dios mío! inocente voy á perecer, por Mr. Youbs; ese hombre debe de estar loco; ya quisiera estar en Guayaquil para poner el hecho en conocimiento del Comisario de Policía de Orden y Seguridad y ver quién libraba al inglesito de ingresar al "Manicomio Vélez". ¡Ah! pero ya no volveré más á Guayaquil, ni veré á mi madre, ni á mis amigos . . . ¡Cáspita! y qué muerte la que al fin y al cabo tendremos! . . . ¡Si este Mr. Youbs merece que le ahorquen!

VI

Luego me acordaba de la Historia.

Me acordaba de Cristóbal Colón.

Antes de Colón nadie pensó en internarse en alta mar, porque suponían imposible la navegación.

Antes de Mr. Youbs, de don Manolo y de mí, pensaba yo con orgullo, nadie, absolutamente nadie, se ha elevado ochocientas treinta y dos leguas sobre el nivel de la tierra; la gran torre Eiffel de París, apenas tiene 300 metros de altura . . . ¡miseria humana! Un día subí con otros muchachos hasta la última ventanilla de una de las torres de la catedral de Guaya-

quil; mi cabeza sufrió una especie de mareo y me quise bajar; mis compañeros se burlaron de mí. ¿Qué dirán cuando sepan que me he encontrado á ochocientas treinta y dos leguas sobre el mundo? ¡Caspitina! pero no lo sabrán.

VII

En estos pensamientos me hallaba embebido cuando dió un brinco Mr. Youbs.

—Mr. Mánuel, Mr. Mánuel—dijo el yorkino sonriendo,—he descubierto una cosa y mañana estaremos en la luna.

Don Manolo y yo quedamos aterrorizados.

El ingeniero prosiguió:—Con un viento como el que hay, el aparato volátil "Youbs", puede ascender dos leguas por minuto!!!

—Pero eso es impcsible, Mr. Youbs—exclamó don Manolo;—hasta ahora lo que hemos ascendido y casi, puede decirse, con el mismo viento, ha sido según Ud. mismo nos lo ha dicho, cuatro leguas cada cuarto de hora y . . .

—Hemos perdido un tiempo precioso,—dijo el inglés.

—Pero . . .

—Mr. Youbs hizo un movimiento de impaciencia, consultó su cronómetro, aflojó varias llaves de la maquinaria, y las alas de nuestro aparato volátil, cuyo movimiento había sido pausado, empezaron á trabajar con una increible velocidad.

El aparato ascendía como por maravilla.

Había ganado Mr. Henry Youbs.

En este momento apuntaba las cuatro de la tarde el cronómetro del ingeniero.

VIII

Llevábamos dos días de ascención velocísima.

Desde el día 14, á las cuatro de la tarde, ascendíamos á razón de dos leguas por minuto. Eran las seis de la tarde y la máquina del aparato volátil dejó de funcionar.

El combustible faltaba . . .

A pesar de todo, el aparato ascendía . . .

—¿Qué significaba esto?

Mr. Youbs, el inventor, nos lo explicó en los siguientes términos.

IX.

—El día 14 de Abril, á las cuatro de la tarde, empezamos á ascender dos leguas por minuto; tenemos, pues, según mis cálculos, las siguientes leguas ascendidas.

Y diciendo esto, sacó de su maleta de viaje una pequeña libreta, en la cual pudimos leer, aunque no sin trabajo, lo siguiente :

Viaje de prueba del aparato volátil "Youbs".

Día de la partida—12 de Abril.

"Desde las nueve de la mañana hasta las doce de la noche	15	horas.
"Día 13	24	"
"Día 14 hasta las cuatro de la tarde	16	"
"Total de horas de ascensión, á razón de cuatro leguas por cuarto de hora	55	horas.

"O sean ochocientas ochenta leguas."

"Día 14, desde las cuatro de la tarde, hasta las doce de la noche	8	horas.
"Día 15	24	"
"Día 16, hasta las seis de la tarde, momento en que faltaba el combustible	18	"
"Total de horas ascendidas á razón de dos leguas por cada minuto	50	horas.

"O sean seis mil leguas."

"Resumen: Leguas ascendidas:–A 16 por hora	880	leguas.
"A 120 por hora	6,000	"
"Total	6,880	leguas.

Así terminaban los apuntes de Youbs.

—¡ ¡ Ningún sér humano, antes de nosotros—dijo el yorkino, así que acabó de enseñarnos su memorándum—ha ascendido seis mil ochocientas ochenta leguas ! ! !

– Y ahora ¿ cómo ascendemos ?—se atrevió á preguntar don Manolo.

—¡ Ya lo ve, Mr. Mánuel !

—Pero . . .

—No hay peros ni manzanas en el espacio.

—Y. . . . .

—Oh ! what á fool !—Voy á decirle, ya que Ud. lo desea; pero mejor sería que lo ignorara. Estamos ascendiendo aún, durante estos momentos, sin embargo de faltar el combustible, porque se conserva todavía caliente el aparato; mas, cuando totalmente se enfríe, descenderemos hasta la superficie de la tierra.—La atracción de la luna no obra aún sobre nosotros, pues que de ser así, se habrían cumplido nuestros ensueños, ó al menos el mío, de medir la altura de las montañas de aquel satélite y ver si es cierto lo que dicen algunos astrónomos de "que la luna tiene montes más elevados que la tierra, y que la cordillera de los Andes, la de Himalaya, y la famosa montaña de Teide ó pico de Tenerife, son unas pequeñas colinas respecto de los montes lunares". [1]

Estas palabras las dijo Mr. Youbs con una calma horrible.

Estos ingleses tienen una cachaza irritante.

Mr. Youbs merece que lo dastripen,—pensábamos don Manolo y yo.

¡ De cuántas cosas de por acá abajo me acordaba entonces ! Me acordaba que cierto día al regresar de mi oficina, cansado, fatigado, con el brazo medio muerto de lo que me hacían escribir mis jefes—¡ felices tiempos !—al pasar por delante de una botica vi á un pobre hombre tirado en el suelo, cubierto de sangre, con el craneo hecho pedazos, los ojos fuera de sus órbitas, en fin, una cosa que jamás había visto. Pregunté la causa del desastroso estado en que se encontraba aquel infeliz, y un hombre me contestó :

[1] Obras de Fray Vicente Solano, tomo II, pág. 14

—Ha caído de aquel andamio, porque como era pintor el desgraciado......

No me dijo más. Yo seguí mi camino pensando en la atroz muerte del pobre artesano. El andamio de donde había caído tendría, á lo más, seis metros de altura.

Si aquel desdichado, decíame yo, se hizo pedazos cayendo de seis metros de altura ¿qué será de nosotros al caer de seis mil ochocientas ochenta leguas?...

Mientras yo meditaba todo esto, don Manolo se deshacía apostrofando á Mr. Youbs: todas aquellas exclamaciones eran inútiles. No tenía el mal remedio.

¡Esto era horrible, desesperante!

Los tres parecíamos cadáveres.

Por fin, el ingeniero consultó su cronómetro y con voz grave, entrecortada, dijo:

—Dentro de cinco minutos más empezaremos á descender.

El hielo de la muerte invadió nuestros cuerpos.

Temblábamos como azogados.

El corazón nos palpitaba fuertemente.

No pendía en nosotros: el temor es innato en el humano sér.

Sentíamos que la sangre se agolpaba en nuestro débil cerebro y nos queríamos desplomar; las piernas se nos doblaban; un desfallecimiento total invadió todos nuestros miembros. Dicen que la esperanza muere con el hombre; pero en aquel momento, puedo decir que hasta aquella benéfica virtud teologal habíamos perdido.

A los cinco minutos de la predicción de Mr. Youbs, el aparato sufrió una conmoción muy fuerte, como si hubiese reventado algún tubo de la maquinaria y... principiamos á descender velozmente.

....

Día y medio llevábamos de rapídisima descensión.

....

Los víveres faltaban, el agua faltaba, el tabaco faltaba...

Todo faltaba menos la muerte.

– En donde descansemos nos vamos á pulverizar,—dijo el ingeniero.

—¡ Ah, maldito—díjele—inglés maldito, maldito! . . .

El ingeniero, que llevaba las orejas calientes con las peroraciones de don Manolo, no soportó insultos de mi parte, de un muchachuelo como yo, y, como una fiera, vino á mí, me tomó por el cuello y cual un haz de paja, me lanzó fuera del aparato . . . al espacio . . . á la inmensidad . . . al vacío . . .

Descendí un momento . . . Después sentí un golpe terrible, atroz, indescriptible . . . como si hubiese caído en la punta de una montaña . . .

. . . Ya estoy pulverizado, pensé.

Y luego . no sé más.

. . . .

X

Así, como entre sueños, como á una gran distancia, oía voces, andar de personas y aún lloros . . .

Me parecía distinguir la voz de mi santa madre . . .

¿ Qué significaba aquello ? . . .

¿Vagaba mi espíritu por las regiones siderales ? . . .

XI.

Cuando volví en mí y abrí los ojos, vi con gran asombro que me encontraba en medio de mi familia. Un médico, de cuyo nombre no me acordaba en aquel instante, pero que conocía, estaba á la cabecera de mi cama.

Al verme así, tan de rondón, desde seis mil ochocientas ochenta leguas de altura, en mi cama . . . no pude menos de balbucear:

—¿ Y Mr. Youbs ?

—Mr. Youbs ?—dijo mi madre, mirándome con gran cuidado, con ese cuidado, con esa ternura especial de las madres buenas.

—Sí, Mr. Youbs.

—Delira,—dijo mamá volviéndose al médico.

—¡ Nó!—repuse yo, que aún sentía el magullamiento del cuerpo, motivado por la caída nada menos que de seis mil ochocientas ochenta leguas de elevación.

- Tiene los ojos inyectados,—observó el facultativo.

- Sí, sí, cuando el ingeniero nos anunció que dentro de cinco minutos descenderíamos al mundo, se me subió la sangre á la cabeza; sentí una gran soflama . . .

—Pero ¿de qué ingeniero hablas, hijo mío?

—De Youbs, de Youbs, el yorkino.

—¿Qué yorkino? ¡por Dios!

—Sí, ustedes me quieren ocultar, porque como me conocen que soy tan aprensible; y como descender de seis mil ochocientas ochenta leguas de altura, no es poca cosa . . .

—¿Qué leguas, hijo, qué leguas?—exclamó mi madre desesperada;—mi hijo delira, doctor, mi hijo delira.

Yo, por mi parte, me desesperaba también.

—Carambolas, no deliro! ¿y la semana que no he estado aquí?

¿Y dónde has estado?

—En el vacío.

- ¿En qué vacío?

- En el aparato "Youbs", con el ingeniero y don Manolo

--¿Qué aparato?

—El aparato volátil.

—¿Quieres álcali?

—Nó, nó, en el aparato de volar, con Mr. Youbs y don Manolo Reager, el español, que quiso presenciar el viaje de prueba.

—¿El del "Esmeralda"?

¡Cáspita, nó, nó! el del aparato volátil de Youbs, del yorkino loco que quería pasearse por la luna . . para desmentir á los astrónomos . . .

— Delira, mi hijo, doctor, delira.

— Es un ataque al cerebro, señora,—opinó el galeno que había escuchado nuestro diálogo; y quieras que no, me hicieron acostar y empezaron á medicinarme.

EPILOGO.

A los cuatro días después, cuando curado de la rotura de cabeza que sufrí al caer de la cama—que no otra cosa había s

do lo de la montaña—y de una buena fiebre cerebral, pude levantarme, me convencí de que sólo había sido un sueño, una terrible pesadilla el tal viaje aéreo en el aparato "Youbs", obra tal vez de las fantásticas producciones de Julio Verne, uno de mis autores predilectos; me convencí que don Manolo Reager y Henry Youbs, el ingeniero yorkino, lo mismo que su gran aparato, sólo habían existido en mi cerebro; y que las palabras favoritas del inglés, durante nuestro largo viaje—"Oh! waht á fool!—eran las de mi profesor, cuando, en mi deseo de aprender el idioma de Lord Byron y Gladstone, le hacía repetir las explicaciones que me daba . . . palabras que tal vez, en este momento, repita el lector, en la lengua de Castelar y Menéndez Pelayo . . .—"Oh! ¡qué necio!"

—Gracias.





NO HAY HIJO FEO.

[Cuentecillo popular.]

I.

Era en el tiempo en que hablaban los animales.

Una peripuesta zorra era madre de dos zorritos á los cuales quería con todo el cariño maternal zorresco.

Cierto día faltaron, por desgracia, los víveres en casa de la señora zorra, y ésta se vió precisada á emprender viaje á casa de una comadre amiga, con el fin de que le cediera unas cuantas gallinas y pollos para su alimento y el de sus hijuelos.

Con dolor y no pequeño, se separó la pobre madre de los zorrillos, que se quedaron aullando desaforadamente.

II.

La pobre zorra emprendió el camino con el pensamiento fijo en sus hijos, y á punto estuvo de regresar para llevárselos consigo; pero lo largo que debía ser el viaje, por una parte, y lo quebrado del camino, por otra, hiciéronla desistir de su idea.

No bien había caminado unos quinientos pasos—de zorro, se entiende,—cuando hétele aquí que se presenta un giróvago tigre, amigo íntimo, no sé por qué causa, de la zorra de este mal zurcido cuento.

—¿ Señora zorra,—dícele el cuadrúpedo, con grandes muestras de respeto,—á dónde va Ud. tan sola y triste ?

—Señor tigre, voy en busca de provisiones, pues el año ha sido malo y hanme llegado á faltar.

Don tigre se mostró complacido con la respuesta que había satisfecho su curiosidad, y meneando el rabo, se preparaba á proseguir su marcha, cuando le dijo su interlocutora.

—Ante todo, señor don tigre, voy á pedirle un favor á Ud. y es el siguiente: mis dos hijos han quedado solos y deseara que no me les hiciera daño alguno.

—Para mejor preveer,—exclamó el interrogado,—vengan las señas, porque como hay tantos zorritos en la villa . . .

—Pues mis hijitos son,—dijo la zorra con énfasis,—muy bonitos, rubios, crespos, de ojos azules, y siempre los encontrará Ud. muy aseados, que ex profeso para el cuidado de ellos, pago á una zorra vieja—que fué mi aya—algunas muy apreciables y sabrosas gallinas.

—¡ Bien !—dijo el tigre, como pensativo y procurando retener en la memoria las señas de los zorritos que se le recomendaban.

—¿ Palabra ?

—Palabra.

—Entonces, ¡ abur !—balbuceó la zorra siguiendo su camino más contenta que cuando lo emprediera. Había recomendado sus chicuelos á una persona muy decente y estaba alegre.

III.

En cuanto don tigre llegó al caserío de los zorros, empezó á engullírselos uno tras otro. No solamente ellos han de comer gallinas, sino que, á su vez, ellos también serán *requetemingunjiados*.

¡ Lo que es el mundo !

VI.

A los dos días regresó de su viaje la zorra con las provisiones para sus queridos hijuelos, y ¡ cuál sería su dolor al ver la casa vacía !

Pocos momentos después llega don tigre, y comienza la pobre madre á quejársele amargamente.

—Yo no me he comido á sus hijos—dícele el tigre, que pasaba por fiera que tiene palabra.—Según las señas que Ud. me dió, sus pequeñuelos son muy bonitos, rubios, crespos, de ojos azules, muy aseados, etc., etc.; y los que yo encontré en esta casa, fueron feísimos, cerdosos, lagañosos, muy sucios y . . .

Al oir estas palabras, la zorra redobló su amargo llanto; ya no le quedaba la menor duda acerca del desastroso fin que á sus pobres zorritos cupo.

—Ya ve pues, señora zorra,—prosiguió el tigre,—como según las señas, yo no he tocado á sus hijos.

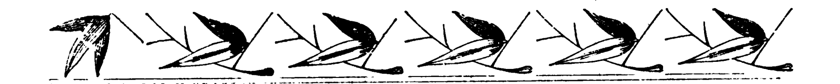
—¡ Si son los mismos !

—No me explico... Los suyos son muy bonitos, muy ..

—! Ay ! señor don tigre,—dijo la pobre zorra, con los ojos llenos de lágrimas—para la madre no hay hijo feo.

IV.

Decidme ahora ¡ oh madres ! : ¿ es cierto lo que decía la zorra ?



EL CAMINO DE LA CHOZA.

La mañana está fría, fría como el alma de un escéptico.

Llueve menudamente.

Los lindos pajaritos permanecen en sus nidos y no cantan.

Todo es triste.

Las fangosas calles del pueblecillo están desiertas.

Pero no. ¿ Quién es aquel anciano de cabeza blanca que cruza aquella esquina con gran trabajo y lleva un viejo paraguas ?

¡ Ah ! es el Cura.

A pesar de su edad y de sus achaques, desafía la inclemencia del tiempo y se dirige á una miserable choza donde agoniza un pobre padre de familia.

Acude el venerable sacerdote á cumplir su deber. . .

La mañana está fría, fría como el alma de un escéptico.

Llueve menudamente.

Todo es sombrío.

Pero el venerable sacerdote de cabeza blanca como las alas de los ángeles, desafía la inclemencia del tiempo y se dirige á una miserable choza. . .

Va á cumplir su deber.

Es el verdadero discípulo de Cristo. . .

Es el ángel de la paz.





LA DAMA ENCANTADA.

[Tradición.]

El privilegio de los cuentos, salvo raras excepciones, sólo lo tienen las abuelitas—vulgo los viejos. Yo, cuando más muchacho, no dejaba en paz á una veterana que vivía en mi casa, y como á ella no le molestaban estos ruegos, he aquí "la miel sobre hojuelas", como suele decirse.

La historieta que voy á contarte, benévolo lector, te la vendo como á mí me la vendieron, y nunca viniera tan á pelo como en el presente caso, aquello de

"Si mi dijeras ser comento,
"Como me lo contaron te lo cuento."

Es el caso que la viejecita que me contó esto á mí, se lo contaron á ella sus abuelitos, que á éstos se lo habían contado otros abuelitos de allá . . . de su tiempo, y que á éstos se lo habían contado otros, y á . . . pero ¿ á qué seguir ?

Vamos al cuento y dejémonos de preámbulos.

Eso sí, debo advertir, sin sal ni pimienta, que el prójimo que estos cuentecillos relata no es Dumas, Pérez Escrich, ni Fernández y González, sino un pobrete lleno de travesuras y que á fuer de travesura cuenta esta tradición.

Haciendo esta aclaración, entremos en materia.

Allá por el año de 1535, en el cual vino Benalcázar á fundar Guayaquil, después de su arreglo en Riobamba con don Pedro de Alvarado, acompañaba al primero un joven teniente

malagueño, quien, á pesar de su juventud, era el más arrojado de los que lo acompañaban.

Guayaquil en aquel entonces se reducía á unas cuantas chozitas al pie del cerro de Santa Ana, poblada por unos centenares de indios.

Era una tradición antigua, aún entre aquellos salvajes, que desde tiempo inmemorial, un gran encantador, cuyo nombre se ha olvidado la historia, después de hacer trabajar á sus satélites un gran sótano, encerró en él un caudal inmenso que no bajaría de cincuenta millones de pesos en oro fino, ordenando que sería su dueño, la persona que no fuese ambiciosa; y al efecto, por arte de hechicería, convirtió á un satélite su subalterno en dama hermosísima, y . . .—aqui está el *pero*—de la misma manera fabricó una delicadisima peineta de incalculable valor, y dispuso que el tesoro sería de aquel que prefiriese la dama á la peineta. ¡ Tal era la hermosura de ésta !

Así las cosas cuando vino Benalcázar y con él nuestro teniente malagueño.

Como llegara á su conocimiento la noticia de un valioso depósito, que se decía existir en el cerro de Santa Ana, se propuso buscarlo á todo trance, aún exponiéndose al furor de los naturales. Pero fué que el que esto refirió á nuestro intrépido teniente, no le hizo saber lo de la dama, ni lo de la peineta. Lo que el joven conquistador buscaba era el sótano en el cual debía hallarse el reluciente oro de nuestro país.

Después de sufrir mil género de penalidades, y cuando se encontraba en lo más remontado del Santa Ana, se le presentó la misteriosa dama al malagueño, quien se quedó extático al contemplar la hermosura sin igual de la ninfa y el incalculable valor de la peineta.

Nuestro joven que debió ser más avaro que un judío, se prendó más de la peineta, por su valor, que de la dama, por su hermosura. Todavía no se hallaba libre el teniente de su asombro, cuando le dijo la dama, en muy buen castellano :

—Caballero, ¿ qué os gusta más, la peineta ó su dueña ?

El malagueño, que no conocía el alcance de tan extraña pregunta y con la precipitación de un hombre pobre que ve ante sí una fortuna inmensa, exclamó :

—¡ La peineta !

—¡ Lástima !—contestó la dama— lo habéis perdido todo. La suerte os ha favorecido en que me hayáis visto, pues no me es lícito presentarme ante los hombres sino cada siglo; pero ¡ ay ! me habéis despreciado : si me hubierais preferido á mí, os hubiera dado mucho más.

Y desapareció.

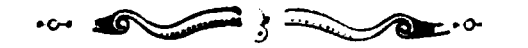
El teniente, que lo había oido todo, yacía desplomado en tierra y como muerto : no era para menos un acto como ese, en medio de una muda soledad. En este estado las cosas, cuando de improviso, cual sombra maléfica, apareció por entre los árboles un indio de aspecto salvaje y feroz.

Era Apaguarmi, el bravo huancavilca.

Al ver á aquel blanco, enemigo de su patria, en lo más enmarañado del cerro, se sorprendió; pero bien pronto pasó la admiración y vino la venganza. Desde seis metros de distancia preparó el salvaje su envenenada flecha y le atravesó al blanco el corazón. . .

A los siete días del hecho que acabo de narrar, acertó á pasar por aquellas espesuras el piquete de españoles que había mandado Benalcázar en busca de su teniente, y encontró el descompuesto cadáver de Juan de Recaredo, malagueño, teniente de don Sebastián de Benalcázar, conquistador del Reino Quito y primer fundador de la ciudad de Santiago de Guayaquil.

Con lo dicho ya sabes, lector : si algún día se te presenta la dama encantada del cerro de Santa Ana, deshecha la peineta y prefiérela á ella, y serás dueño de cincuenta millones de pesos en oro fino y esposo de una divinidad.





NOCHE DE INVIERNO.

A Arístides Morla.

I.

Era don Rafael un pobre anciano paralítico, que no podía trabajar para atender al sostenimiento de una hermosa niña, hija suya, y que imploraba la caridad pública, sentado en una esquina, para no morir de necesidad.

A veces no recogía ni dos reales.

Y la niña esperaba la venida de su infeliz padre para matar el hambre.

II.

Un día no le dieron ni un céntimo.

Apenas tuvo valor la mañana siguiente para caminar hasta la esquina en que solía situarse á pedir limosna.

Aquel día tampoco obtuvo el infeliz anciano ni un centavo.

Los transeuntes pasaban casi sin mirarle.

No oían la adolorida voz del paralítico.

III.

Dieron las cinco de la tarde en el reloj de la iglesia, y la niña esperaba sobresaltada, hambrienta, triste, sombría, la vuelta del anciano.

Dieron las seis. . . después las siete. . . después las ocho. . . ¡ No aparecía el padre !

Se resolvió la niña salir á buscarle.

Fué hasta la esquina en la cual imploraba, su padre, la caridad pública.

Y allí estaba, con la cabeza caída, la vista elevada y muy frío.

¡ Espiraba !

—¡ Padre mío ! ¡ Padre mío !—dijo la joven con débil voz.

No contestó nada el anciano.

Había muerto.

IV.

La calle estaba sola, completamente sola.

Empezaba á garuar.

La luz rojiza del alumbrado público presentaba un tétrico aspecto.

¡ Qué cuadro tan lúgubre de desolación y de miseria !

La niña no tuvo fuerzas para mantenerse de pie y cayó al lado del cadáver de su padre.

El aguacero arreció.

La tempestad amenazaba. . .

V.

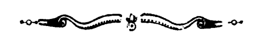
La infeliz huérfana que hacía dos días que no probaba ni un pedazo de pan, estaba desmayada de dolor y de necesidad.

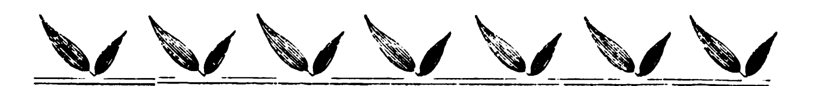
Y la lluvia era torrencial. . .

Y la calle estaba sola. . .

VI.

Al día siguiente la Policía hizo dar sepultura á dos cadáveres; y los periódicos de la localidad consignaron la noticia en dos líneas de *Crónica*.





CONVICCION PROPIA.

I.

Don Liberato de Fábregas, *niño* de más de sesenta años, no es hombre de ciencia ni mucho menos. Sus conocimientos son muy limitados: casi ningunos en Gramática; en Aritmética, ni se diga; en Historia, *terrible*—dice que la edad media fué más civilizada que la nuestra;—en Geografía, que Siberia pertenece á España; en Astronomía, que la tierra es veinte veces más grande que el sol; de manera pues que para don Liberato nuestro planeta es el de más extensión, cuando averiguada la cosa resulta ser el más *guagua*.

Pero don Liberato es hombre de *convicción propia*, de *arraigadas ideas* ¡ y tan arraigadas ! que cuando él dice :—Es de noche—por ejemplo, todos tienen que convenir en que de noche es, aunque el sol esté más brillante que onza de oro en manos de un pordiosero.

Lo más gracioso del cuento es que el de Fábregas, á pesar de su solemne estupidez, es hombre que se da ínfulas de muy inteligente; y murmura, y se enfurece cuando le contradicen.

II.

La semana pasada compró don Liberato un número de la lotería, y estaba el hombre medio loco pensando en que podría soplarle la suerte.

—¡ Oh, si yo me sacase la de seiscientos sucres !—exclamaba.

Y empezaba á forjarse ilusiones bellísimas.

Llegó el domingo y se efectuó la lotería.

Salió premiado con la mayor el número 32,600, que por cierto no estaba en poder del señor de Fábregas.

El hombre se desesperaba y se arrepentía infinito de haber gastado su *chaucha;* vociferaba atrozmente contra las loterías, asegurando que estafaban al público, etc., etc.

Y en estas y las otras preparábase ya el irritado don Liberato á romper el billete, cuando su primo Juan Fé, que estaba revisando el programa, le dijo en voz de triunfo :

—Mira, mira, atufado, espérate, ¿ termina tu número en dos ceros ?

—Sí, y ¿ qué hay con eso ? La Aritmética dice que el cero no representa valor ninguno.

—¡ Qué está premiado !

—¿ Con cuánto ? Juanito, dámelo, pero pronto ¡ ay ! ¡ será cien sucres siquiera ! . . .

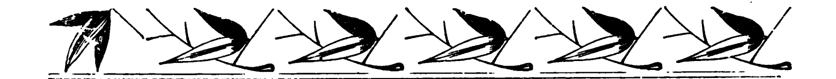
—¡ Hombre, no te apures mucho; con un sucre por asimilación, gracias á los dos ceros !

– ¡ Vaya, peor fuera . . . ¡ Y esa malvada Aritmética que afirma y dice una y otra vez que el cero no vale nada ! . . .

III.

Desde ese día don Liberato ha tenido con el maestro de escuela de su barrio discusiones acaloradísimas, acerca del valor del cero. Sin ir muy lejos, en días pasados, en el *Parque Seminario*, le oí que, disputando con tres jóvenes cursantes del tercer año de Filosofía, afirmaba una y mil veces, con su cabeza, que la Aritmética miente cuando dice que el cero no tiene valor ninguno; que á él, por dos de ellos, le dieron diez reales y que por lo tanto cada *cero* representa un valor igual á cincuenta centavos de sucre.

Y morirá con esa persuasión, no hay duda, porque don Liberato de Fábregas, *niño* de sesenta años, es hombre de *convicción propia*, de arraigadas ideas.



PABLO EL MARINO.

I.

El tiempo estaba hermosísimo. El lindo color azul del cielo parecíase á los límpidos ojos de una virgen del septentrión.

Pablo, el simpático Capitán del "Daiser", gallardo vapor mercante del comercio de ***, recibió la bendición de su buena madre, que era una excelente señora, cuyo ajado rostro había recibido ya la brisa apacible de sesenta primaveras.

—¡ Yo te bendigo, hijo de mi alma : que Dios te lleve con felicidad !—dijo la amante madre, haciendo con la diestra el signo de la Cruz sobre la cabeza del joven marino que se había arrodillado.

—¡ Adiós, amor de mis amores !—exclamó Pablo, levantándose;—quiera la Providencia concederme esa dicha, para tener el gusto de volverte á ver, querida mamacita.—Después se oyó el eco de un beso. . .

El ósculo de una madre á su hijo, es el signo del verdadero amor: no engaña jamás; pero el que viene de otra que no sea nuestra madre, es el beso de Judas, muchas veces : traicionero y pérfido.

II.

El Capitán sentía una honda melancolía, una ansiedad horrible, una gran pena, de la que no podía darse cuenta.

¿Qué era lo que pasaba en su corazón? ¿Sería tal vez porque iba á emprender un largo viaje? ¿Pero no estaba acostumbrado á ello hacía muchos años, desde que comenzó su carrera de marino? A pesar de todo, el corazón de Pablo latía violentamente; sentía su gran carácter como desfallecido ante una pena desconocida, ante una causa que él no llegaba á definir.

Al despedirse de la madre, una lágrima rodó por sus mejillas, casi sin advertirlo.

¿Qué pasaba, pues, en el corazón del joven marino?

III.

Cuando después de abrazos y besos se separó Pablo de su anciana madre, dirigióse á casa de su amada. La púdica niña de hermosos ojos y de dulces sonrisas, que había sabido la partida de su futuro, estaba llorando.

—¿Por qué lloras Inés?—le dijo el Capitán.—¿No ves que me partes el alma? ¿no ves que sufro mucho, muchísimo, cuando te veo llorar.

—No me lo impidas, Pablo,—contestó la hermosa con una voz dulce y apacible, pero triste. Siento un no sé qué en mi corazón; mi espíritu está acongojado, así como debe estar el de la tierna palomilla á la que acaba de dejar viuda el certero disparo de errante cazador; sí, Pablo mío, no te vayas, por Dios te lo suplico, porque me dejas sumida en la más amarga desesperación . . . ¿No habíamos convenido en escoger un día de la próxima semana para la celebración de nuestras bodas? . . .

—Es verdad—contestó el Capitán en pensativa actitud;—es verdad, dulce amiga mía; pero es un compromiso del cual no puedo evadirme ¡qué hacer! ¡así hay cosas en el mundo! . . . ; pero, Inés, al día siguiente de mi regreso, que será, á lo más, dentro de un mes, celebraremos nuestras nupcias, y empezará á lucir para nosotros, en el apogeo de su esplendor, el sol de la felicidad . . Te doy, pues, mi palabra, Inés del alma, y—tú lo sabes—mi palabra es juramento. ¿Por qué te opones á mi partida? ¿Acaso voy á naufragar? ¡Oh! de mi querido buque estoy orgulloso. ¡Adiós! . . . ¡Adiós! . . . ¡piensa en

mí, consuela á nuestra santa madre y hasta la vuelta, que será muy pronto !

. . . .

—Que no me olvides, Capitán—dijo la niña.

Pablo preparándose á salir, estampó un beso de amor en los entreabiertos labios de su amada.

IV.

El "Daiser" se encuentra en pleno océano. Lleva seis días de feliz navegación.

El Capitán, después de impartir algunas órdenes, se encierra en su camarote en el cual recuerda aquel triste día de su despedida; recuerda á su anciana y adorada madre y á Inés.

¿ Por qué sentí tanta pena ?—se pregunta Pablo—¿ Por qué un manto de melancolía cubrió mi alma cuando me despedí de los dos séres á quienes más amo en el mundo ? No lo puedo comprender, no acierto á discurrir por qué presentí, entonces, un porvenir tan nebuloso. Verdad es que el océano no necesita hora fija para desencadenar sus furias, se dice el Capitán; pero el intrépido marino no considera esto como una causa que justifique el desaliento, la pena horrible que sintió su corazón el día de la partida del puerto de ***.

El corazón humano tiene un lenguaje especial : da el aviso para que se ponga en guardia el individuo; pero no sabe decir por dónde vendrá el golpe.

¡ Quién tuviera la dicha de leer en lo porvenir !

V.

El mar está tranquilo como la conciencia de un justo.

El gallardo "Daiser" corta las olas con gran rapidez y ruido; y éstas, como si protestaran contra la atrevida quilla y tomaran el desquite, azótanla fuertemente : de estos choques deja el buque tras sí espumosa estela, así cual queda tras la mortal vida del hombre, la estela agitada del recuerdo.

Seis días lleva de viaje el "Daiser", sin que haya tenido el más ligero contratiempo. Llega la noche del séptimo.

Es una noche negra como la ingratitud. Se oyen retumbar imponentes, aterradores, algunos truenos.

Eléctricos relámpagos, rompiendo el negro manto con que se cobija el horizonte, aclaran, á intervalos, aquel cuadro sombrío.

Gruesas gotas de lluvia principian á caer.

Los relámpagos, los truenos, se suceden más á menudo.

El temporal es terrible.

La oscuridad es completa: no se ve ni la palma de la mano!

Nadie habla: sólo se escucha la enérgica voz del Capitán, interrumpida, á veces, por el infernal estruendo de los desencadenados elementos, que ordena las providencias salvadoras.

VI.

La tempestad se ha desatado de una manera horrible. La lluvia es torrencial. Los rayos ensordecen y hieren, á menudo, la inmensa y agitadísima superficie del océano, cuyas olas embravecidas, cual pueblo oprimido, rugen sordamente, con ese rugido tétrico, lúgubre, que á veces ¡ay! es el preludio de la muerte.

El vigor de la marinería decae. Han trabajado con heroismo más de tres horas; pero . . . son hombres, y al fin se rinden á la fatiga y al sufrimiento; y casi paralizan, por completo, el trabajo salvador.

El Capitán se esfuerza por dar valor á sus marinos; pero es imposible: oyen, indiferentes, la resuelta voz de su jefe; no pueden trabajar más en tan ímproba tarea, y, lo que es peor, comienza á faltarles la esperanza . . .

La tempestad sigue en toda su fuerza, en todo su furor.

VII.

Cuál recuerda á sus tiernos pequeñuelos, á sus tiernos hijos del corazón que van á quedar huérfanos, y llora; cuál á la fiel compañera de su vida que quizás en aquel momento sueña con él; cuál á su virtuosa hermana que, al despedirse de él,

le ofreció encomendarlo á Dios; cuál al amigo querido, cuál, en fin, á la mujer á quien debe el sér, que siempre lo ha mirado con cariño, que siempre lo ha consolado en la desgracia, que siempre ha tenido para él las más dulces sonrisas . . .

Pablo, que á pesar de la desesperación, del atolondramiento que en su buque reina, no ha perdido la serenidad; con el objeto de que se tuviera noticia del triste fin que les espera, toma un grueso papel y un lápiz, y, á la tenue luz de un mojado farolito, escribe, con temblorosa mano, lo siguiente :

" Estamos á la altura de X . . . hacemos rumbo N. E.
" Vamos á naufragar.

" La tempestad es horrible : no hay esperanza de salva-
" ción.

" La marinería ha trabajado con heroismo; pero ya no
" puede más : está cansada, abitada, desolada . . .

" La pérdida del "Daiser" es segurísima.

" La máquina, completamente dañada, no funciona.

" El timón despedazado, no gobierna.

" ¡ Adiós !

" *Pablo Darío de Montevard*,
" Capitán. "

Luego dobla el papel y lo introduce en una sólida botella, la que, cerrada herméticamente, es arrojada al mar . . . Esta operación la repite Pablo varias veces.

El naufragio es un hecho.

La tempestad se mantiene inexorable, terrible, indiferente al gemido del infeliz marino que piensa en su tranquilo hogar que está allá . . . lejos, muy lejos . . .

El Capitán manda disparar un cañonazo pidiendo auxilio; pero ¿ á quién ? . . . Si hay otros buques en el océano estarán en tan apurada situación como el "Daiser".

Entre la tripulación circula, de boca en boca, sembrando terror, estas fatídicas palabras : " ¡ Estamos perdidos ! "

VIII.

El peligro crece por momentos.

El "Daiser" empieza á llenarse de agua y, por fin, á hundirse con gran velocidad.

Cuatro botes y una chalupa se arrean inmediatamente, y principian á ser el juguete de las olas. La tripulación, loca, desesperada, muda de espanto, busca en ellos la salvación..

Pablo quiere perecer junto con su pobre buque. Es un buen Capitán y no quiere abandonar su querido barco; pero los empleados de á bordo se oponen á ello, y casi á viva fuerza es embarcado Pablo en la chalupa, que es tripulada por el contramaestre Ignacio Mesón y cuatro antiguos marineros del "Daiser", los que sólo han podido embarcar un cántaro de agua y unas cuantas galletas.

Las cuatro débiles barquillas que se echan al mar, zozobran en el acto; se hunden por el excesivo peso; todos pretenden hallar la salvación en los botes . . .

De improviso el "Daiser", formando un gran remolino, se sumerge para siempre en las profundidades inmensas del océano . . .

Y como por encanto, cesan los gritos, las lamentaciones, los gemidos de desesperación . . .

Es que el mar ha comenzado su obra destructora . . .

IX.

Todo ¡ ay ! se ha acabado. Del "Daiser" y de sus tripulantes sólo queda el recuerdo. Recuerdo tétrico, desolador, sombrío : recuerdo de lágrimas y sangre.

Todo lo ha destruido el mar; tan sólo la chalupa del Capitán se mantiene ilesa, por decirlo así : el mar la combate sin compasión, las olas la agitan fuertemente; ya una como montaña la levanta á gran altura, ya otra la precipita á una profundidad, en la cual parece que la va á sepultar para siempre; pero no sucede así : la pequeña navecilla resiste, invencible, las aterradoras furias de las ondas marinas.

X.

El horizonte se despeja. Cesa la tempestad. Viene la calma.

El huracán ha desaparecido completamente; sin embargo la pobre chalupita está á punto de zozobrar.

Alzan los bravos marinos al Todopoderoso sencilla, pero ferviente oración . . .

A lo lejos, y protegidos por la incierta luz del alba que despunta, pueden divisar las náufragos un hermosísimo buque que, indudablemente, pasará muy cerca de ellos.

El buque que puede salvarlos está muy lejos aún; pero la esperanza de salvación reanima á los marineros y presta fuerza y vigor á sus abatidos espíritus.

¡ Bendita esperanza, bendita ! ¡ Cuánto vale tu benéfica influencia, cuánto vale ! ¡ Infeliz del mortal que te ha perdido, oh esperanza, infeliz !

"La esperanza,—dice Rivavol,—es un empréstito que se hace á la felicidad."

XI.

El buque se acerca más y más.

Los tripulantes de la chalupa se desesperan y gritan pidiendo auxilio. ¡ Gritos desesperados que se los lleva el viento !

Pasan algunos minutos, minutos de ansiedad indefinible.

Los del buque se fijan en la pequeña chalupa. Un bote lanzado al mar, de orden del Capitán, recoge á los náufragos.

Una vez á bordo del "Tolouse", que no es otro el hermoso buque salvador, reciben generosa hospitalidad los seis infelices de la tripulación del "Daiser".

Mr. Le Sage, aunque francés, habla correctamente el castellano, y entabla con Pablo una sostenida conversación, quien le refiere, con todos sus detalles, el horrible trance por el que acaba de pasar.

Tanto Pablo, como el contramaestre Ignacio Mesón y los cuatro marineros, son tratados espléndidamente en el vapor francés.

Al cabo de siete días de feliz navegación, el "Tolouse" fondea en el hermoso puerto de la Habana.

El Capitán Montevard, después de agradecer infinito á Mr. Le Sage, por su generoso comportamiento para con él y sus subalternos, salta, acompañado de éstos, que no quieren desampararlo, en la bella ciudad de la Habana.

Viéndose en tierra extraña, en un estado tan calamitoso, indigentes, enfermos, se entristecen: no tienen á quien volver sus ojos; su Agente Consular es presa del detestable vicio de la embriaguez y no pueden tratar con él; se les dificulta, por lo pronto, el regreso á la Patria, y buscan trabajo para poder subsistir.

XII.

Cuatro años han pasado de los hechos narrados anteriormente. De los cinco intrépidos salvadores de Pablo Darío de Montevard, sólo uno—Ignacio Mesón, el contramaestre del "Daiser"—vive. Los cuatro marineros han sido víctimas del vómito–negro, mortal enfermedad de carácter endémico en la Habana.

XIII.

Cierta hermosa mañana del mes de Abril, desembarca de un buque inglés que acaba de llegar al puerto de ***, un apuesto mancebo acompañado de un individuo.

Si nos fijáramos en el rostro del viajero, notar podríamos, á pesar de las arrugas de su cara, que es Pablo, el Capitán del "Daiser", el prometido de la bella Inés.

¡Cuánta diferencia en cuatro años! La mayor parte de sus negros cabellos se han vuelto blancos, muy blancos y brillosos, como si fuesen de plata . . .

El sufrimiento envejece al hombre antes de tiempo.

Pablo durante su larga ausencia, no ha tenido noticias de su buena madre, ni de su Inés, y al volver á sus lares, ignora que es de los séres amados.

Ya se comprenderá, con lo dicho, el ansia de Pablo al divisar la casa en que nació. Corre hacia ella, más que corre,

vuela, va á saludar á su querida madre, va á colmarle de caricias, va á tranquilizar aquel corazón maternal que late por él con violencia . . .

Llega á la casa donde pasó su infancia; pero está vacía . . . no sale la madre cariñosa á bendecirlo . . . no sale . . .

¿ Me habrá olvidado mi madre ?—piensa Pablo— . . . ¡ Nó ! . . . las madres no olvidan nunca. Estará en casa de Inés, dice, mi fiel prometida la habrá llevado á su lado para consolarla, sí, eso es, yo le encargué al despedirme de ella, en un día como este, el cuidado de mi santa madre . . .

Y llena la cabeza de mil pensamientos, se dirige á casa de Inés, la niña de voz dulce y apacible, pero triste.

XIV.

Frente á la casa de Inés, se encuentra Pablo con un antiguo amigo muy querido para él, y después de los saludos de estilo, le interroga el Capitán por su madre y por Inés.

El amigo enmudece y se pone pálido.

No pasa esto inadvertido para Pablo, quien vuelve á suplicar á su amigo le cuente, sin omitir ningún detalle, todo lo que hubiere pasado.

—De mi madre, especialmente,—exclama Pablo,—dime ¿ qué es de mi madre ?

El amigo, por fin, se decide á hablar.

—¿ Tu madre ?—dícele,—oye. Hacen hoy cuatro años, si mal no recuerdo, que zarpó de este puerto un hermoso buque —el "Daiser"—su Capitán era Pablo Darío de Montevard. En alta mar naufragó el buque, ó al menos estuvo á punto de naufragar, según el aviso que, dentro de una botella, encontraron los pescadores del vecino pueblecito de R***. La noticia del naufragio se divulgó con gran velocidad, los periódicos también la dieron y ¡ está claro ! la nueva llegó á oidos de la madre de Pablo; porque te advertiré, querido amigo, que el Capitán del "Daiser" tenía madre, una santa anciana á quien hirió de muerte la noticia fatal. La melancolía que se apoderó de aquel tierno corazón maternal fué terrible, y á las pocas horas después que conoció la nueva, ardía con mortal fiebre y era presa de materno delirio. A las veinticuatro horas falleció : su

muerte fué la de una santa, quedóse como dormida exclamando, eso sí, hasta el último momento :—"¡ Hijo, hijo del alma. . . tu madre te bendice!" . . . .
. . . .

Pablo está como loco; lívido, demacrado, tristísimo.

Con su pañuelo enjúgase las primeras lágrimas que, por el fallecimiento de su idolatrada madre, brotan de sus ojos.

Después de una pausa, y á petición del joven Capitán, que desea saber todo, el amigo continúa así :

—Pablo el marino amaba á una joven con delirio. Cuando se recibió en este puerto la noticia del naufragio, lloró por un momento y, aún creo que estuvo triste algunas horas . . . Después, secáronse las lágrimas de sus hermosos ojos por completo y la pena pasó para siempre, así como pasan, veloces, las ilusiones de la juventud; la amó otro joven á quien ella correspondió y celebraron las bodas . . . Hace de esto algo más de dos años : un par de niños, rubios y hermosos como serafines, hacen más feliz ese hogar, ese dichoso hogar que debió ser el de Pablo, á quien la bella Inés no recuerda ya.

El amigo calló.

Había hablado lo bastante para hacer volver loco al Capitán, quien, más muerto que vivo, como se dice, se separó del antiguo compañero de su infancia, que tantas cosas tristes le había comunicado, y se fué al hotel, donde se había hospedado en compañía de Ignacio Mesón que lo había oído todo, y que era su confidente y su más leal y querido amigo.

¡ El Capitán y el contramaestre eran los únicos sobrevivientes de la numerosa dotación del gallardo "Daiser" ! ¡ Cuánto mejor hubiera sido—pensaba el Capitán desesperado—que las olas furiosas del océano me hubiesen sepultado para siempre !

XV.

Pablo, enfermo de cuerpo y alma, tuvo que guardar cama durante algunos días.

Cuando se hubo restablecido casi completamente, gracias á los exquisitos cuidados que le prodigaba el fiel Ignacio y pudo salir á la calle, sus primeros pasos fueron con dirección al campo-santo. Ante el sepulcro de la madre oró largo ra-

to . . . recordó á aquella santa mujer que nunca lo olvidó, y recuerdos infantiles, mil recuerdos felices de tiempos que fueron, se agolparon en su cerebro enfermo.

Hizo que, á su presencia, se colocara la hermosa lápida mortuoria que había mandado hacer para la tumba de su querida madre.

Encargó á su antiguo amigo—el mismo que le comunicó las fatales nuevas que conocemos—el cuidado de la tumba. El Capitán lloró mucho, muchísimo, como debe llorar todo hijo amante ante la fría losa que cubría los mortales despojos de la madre: el corazón se le despedazaba de dolor al recordar á la santa mujer que lo llevó en su seno.

Cuando con el alma traspasada de pesar justísimo, regresaban á la ciudad Pablo y el contramaestre, dijo el primero:

—Hoy, Ignacio, saldremos para Irún, la ciudad nativa de mi padre, ó saldré yo solo, si es que tú no tienes voluntad para acompañarme; en aquella ciudad tengo una anciana tía que me consolará . . . Allá, en España, puede ser que pase más tranquilos los días que sobreviva á mi madre.

—Mi voluntad, Capitán—así trataba el contramaestre á Pablo—es la de Ud. y bien sabe que mi único placer es agradarle y poderle ser útil en algo,—respondió á su antiguo jefe á quien había tomado un verdadero cariño.

XVI.

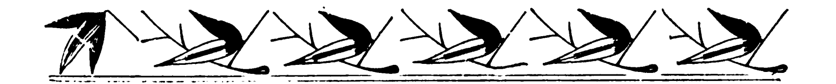
Efectivamente, aquel mismo día tomaron los boletos de pasaje y, al anochecer, estuvieron á bordo.

Una vez embarcados, Pablo se encerró en su camarote y lloró como un chiquillo . . . ¡Cuántos pensamientos venturosos de otros tiempos despedazaron su noble corazón! ¡Qué gran dolor debió sentir el corazón del marino, al recuerdo de la adorada mujer que en un tiempo llamó "madre"! . . .

A la media noche el magnífico vapor levó anclas, la potente hélice comenzó á funcionar, y aquel hermoso buque se alejó rápidamente de aquella ribera tan aciaga para Pablo, el marino, en la cual había amado á una ingrata, y en la que no hubiese querido dejar ni los mortales despojos de sus padres . . .

Durante algunos minutos, pudiéronse contemplar, desde la orilla, las luces del vapor, que á cada instante iban disminuyendo, hasta que al fin, como una visión, desaparecieron en el horizonte.





CUENTO ORIENTAL.

A Arturo A. Ambrogi.

Junto á la triste peña de Marthos, solitaria roca de históricos recuerdos, cerca de la cual estuvo, há más de cuarenta centurias, un palacio de nácar del Gnomo rey, está Anita, la de los cromáticos pensamientos, la romántica dama oriental.

Recuerda á Eudoro, el príncipe bello, el encantador mancebo de los cabellos rubios, que tiene unos ojos muy azules, como el sueño de un enamorado, como las ilusiones de un "poeta enfermo". Recuerda á Eudoro y llora ... porque le es ingrato, porque le es infiel, porque no sabe corresponder al amor que ella le profesa desde el fatal momento en que por primera vez le vió.

Y ¡ay! la desprecia ¡cuando ella se lo ofrenda todo! ¡cuando todo por su amor le ofrece: oro, palacios, piedras preciosas y algo más valioso ... su persona ... tesoro riquísimo de valor incalculable!

Y llora ... ¡Pobre Anita!

***

En medio de un campo hermosísimo, que ostenta rica alfombra verde tapizada por extrañas florecillas de vistosos colores y bajo un cielo azul como una caricia maternal, reposa, en dulce abrazo á Blanca unido, el príncipe ingrato ... el encantador mancebo de los cabellos rubios, el infiel Eudoro, por quien llora y sufre la enamorada Anita, la de la peña de Marthos.

El ya no se acuerda de ella, ya no la ama . . .
Y Blanca qué alegre y feliz!
¡Pobre Anita!

*
* *

Pasa veloz el tiempo, cual la corriente de un caudaloso río y, como él, va pasando ligera la vida de Ana, la doncella enamorada y tierna como una palomita, y se acerca al sepulcro, y por una fuerte pasión de ánimo, camina hacia él con gigantescos pasos.

El lindo príncipe del país de los ensueños, la ha abandonado por completo . . . y se siente desfallecer.

. . . Su Eudoro, en dulce compañía con la pérfida Blanca, abandona las riberas de la patria.

¡Pobre Anita!

*
* *

¡Príncipe ingrato! ¡príncipe infiel! Quizás cuando desengañado de un falso amor, de una fingida simpatía, vuelvas en ti y regreses á tu suelo, ya no encontrarás á Anita, á la romántica y amorosa dama, á la linda mujer que solía pasar las horas devorando sus tristezas y llorando su suerte, junto á la tétrica roca de Marthos, que el viento azota . . .

Ya no la encontrarás ¡oh ingrato príncipe del país de los ensueños! sino buscando su nombre—nombre que te arrancará muchas lágrimas—por entre la infinidad que estampados están en los lúgubres blancos nichos del cementerio que se descubre en lontananza.





EL PROYECTO DEL SACRISTÁN. [1]

Al señor General don Juan Francisco Morales.

I

A pocas leguas de la ciudad de Ibarra, capital de la provincia de Imbabura y una de las más florecientes de la República, existe un pueblecillo.

Llámase Tusa [2]. Sus moradores son buenos, dóciles, hospitalarios y muy creyentes, como lo son, casi por lo general, todos los habitantes de allende los Andes.

Pues bien, en este hermoso rincón del Ecuador, pasó una escena que tiene sus ribetes de cómica, y que yo que ando á caza de cuentos viejos, no trepido en confiarla á los cuatro vientos, es decir, á las hojas de estas cuartillas que, al fin y al cabo, se las llevará el viento. Advierto, eso sí, que no respondo por lo verídico del caso: no quiero cuestiones con la Curia, que deben de ser muy molestas; cuento lo que sé al que se tome el trabajo de leerme, y . . . basta de exordio y vamos al grano.

Hace ya algunos años fué nombrado Cura del pueblo de Tusa, un joven sacerdote que acababa de ordenarse.

Era un buen hombre: sencillo, virtuoso, modesto, en fin. "El Cura Juan", nombre con que se le conocía en el pueblo, era una alhaja, uno de aquellos sacerdotes que cumplen con

[1] Este relato—lo mismo que algún otro—se publica en este folleto con algunas pequeñas correcciones que hemos juzgado convenientes.
[2] Hoy San Gabriel.

sus deberes en todo y por todo. Su ilustración no era mucha; pero tampoco puede decirse que era un ignorante.

El cura Juan, pues, era muy querido por sus feligreses, quienes se complacían en tener un pastor de tan relevantes cualidades.

El cura Juan, diré yo, sólo tenía un defecto: el de ser muy débil, muy condescendiente, muy sencillo; accedía con mucha facilidad á cualquiera petición.

En cambio, el sacristán era uno de esos hombres despavilados é industriosos que no se duermen en las pajas.

Las entradas del curato eran tan exiguas que apenas podía atender el cura Juan con sus rentas á las necesidades más urgentes de la vida.

Aquel curato, pues, no era rico como otros que son verdaderas minas de oro.

El infeliz cura de Tusa casi no tenía para alimentarse: los habitantes de aquel pueblecillo son muy poco amigos de obsequiar, así es que el pobre curita pasaba días muy negros, y aun creo que ya pensaba en renunciar el tal cargo.

El sacristán se ganaba la vida para él, su mujer y dos hijos que tenía, cazando; porque adoraba la caza aquel "apañaceras".

Cierto día Anacleto, que así se llamaba el sacristán, se internó por el monte corriendo tras una liebre, y le cogió la noche por aquel lugar.

Le fué preciso, por lo tanto, pernoctar allí.

Triste, sombrío, desalentado andaba el sacristán de la iglesia parroquial de Tusa, buscando un sitio conveniente para albergarse, cuando de improviso le vino, como de lo alto, una sublime inspiración, un gran pensamiento. ¿Cuál era? Veámoslo.

Delante del sacristán destacábase una hermosa loma, cuya cúspide le pareció inaccesible, pues se hallaba á considerable altura.

—¡Ah!—exclamó Anacleto—¡qué hermosa idea! ¡qué lindo proyecto! ¡si yo pudiera llegar hasta esa cúspide! . . .

Luego observó, ideó, buscó . . .

II

Dios dice: Ayúdate, que yo te ayudaré.

Y esto pasó con nuestro sacristán-cazador.

A fuerza de buscar y rebuscar, encontró subida hasta donde él deseaba.

—No hay cuidado, exclamó levantándose;—no importa que me haya caído: he conseguido lo que quería.

Cerró la noche por completo, y el buen sacristán tuvo por bien acostarse en su improvisado lecho; pero no pudo dormir, y si durmió, fué tan poco, que el pobre cazador amaneció al día siguiente cariacontecido.

Pero aquello no importaba.

Tenía entre manos un gran proyecto que para él valía más que el dormir.

O al menos así lo creía el astuto sacristán.

Al día siguiente, muy por la mañana, Anacleto se marchó á su casa, y tuvo un gran altercado con su mujer, porque había pasado la noche fuera del hogar; pero él la calmó con muy comedidas palabras y se evitó una catástrofe.

Después de tomar su matutino *gloriado* (1) se fué al cura Juan, le contó cuanto le había pasado en el monte y luego agregó:

—Nosotros tenemos aquel Cristo viejo en el altillo de la iglesia hace ya veinte años, desde que yo era muy muchacho y venía á tirar de las campanas cada vez que había misa; aquel Cristo ya no nos sirve para nada, y sin embargo puede servirnos de mucho, sí, de muchísimo.

—¿De qué manera, Anacleto?—dijo el Cura, fijando una escrutadora mirada en el proyectista sacristán.

—Voy á decírselo á *su mercé*. Esta noche me llevo yo ese Cristo viejo que aquí no nos sirve para maldita la cosa, y lo coloco en la eminencia aquella que vi anoche; una vez bien acomodado arriba, según mi idea, ya nos sirve de mucho . . .

—¡No sé cómo!

---

[1] Agua hervida con azúcar y aguardiente, desayuno muy usado en la sierra.

—Pues que sí, ¡vaya si nos servirá de mucho! Figúrese *su mercé*, que dejo al Cristo donde yo pienso, y me vengo muy fresco, y no me ve nadie—porque nadie me ha de ver.—Mañana pasará por aquel lugar cualquier aldeanillo, y verá al Señor, y se asombrará, y,—¡está claro!—dirá que ha bajado del cielo . . . La noticia de la aparición de un Cristo correrá por todos estos contornos, y, ya se ve, será un Cristo milagroso; *su mercé* tendrá que celebrar muchas misas, muchas novenas, porque de seguro, *su mercé* se verá en el caso de escribir una novena, y para los gozos, ocurriremos al hijo del escribano que sabe hacer versos. Por supuesto que yo también ganaré mi comisión.

--Pero . . .

—Nada, nada, señor Cura, que entonces no nos moriremos de hambre, porque tendremos plata y el que dinero tiene, no pasa necesidades.

El sacristán calló: estaba fatigado de haber pronunciado un discurso tan largo, y, admirádose al mismo tiempo de haberse expresado tan bien. Verdad que toda la noche no había pensado sino en eso.

El señor Cura se opuso formalmente al proyecto de Anacleto; pero éste alegó en defensa de su idea tan valiosas razones—el estómago, por ejemplo,—que á la postre venció su elocuencia los escrúpulos del joven Cura de Tusa.

III

Así pues, al anochecer, Anacleto cubrió con un manto negro al Cristo, se lo echó á cuestas, y emprendió el camino hacia el lugar en que había estado veinticuatro horas antes.

Una vez en el sitio, escaló la eminencia, colocó convenientemente al Cristo en una parte muy visible, y, protegido por las brumas de la noche, regresó al pueblo.

El plan surtió el efecto deseado.

Todo cuanto el sacristán predijo cumplióse literalmente.

A los dos días de permanecer el Cristo en la loma, pasaron unos campesinos y vieron al Señor.

Esto bastó.

La noticia de la aparición de un Cristo en los alrededores

de Tusa cundió por todas partes. "¡Ha aparecido un Cristo!"—se decían, con admiración, aquellas sencillas gentes.

Formóse en Tusa una comitiva, presidida por el señor Cura y el sacristán, y salieron en busca del Santo Cristo.

El acto fué solemne.

Cuando la procesión regresó al pueblo aclamando al Cristo "que había aparecido", las campanas de la iglesia parroquial se echaron á vuelo, proclamóse al *nuevo* Cristo Patrón Protector de Tusa, y hubo jolgorios y grandes fiestas durante tres días. No era el caso para menos.

Anacleto estaba satisfecho. Su proyecto se había realizado al pie de la letra.—"¡Yo soy muy inteligente!", se decía para sus adentros.

Para el cura Juan Pérez inauguróse una nueva era.

Era feliz de abundancia, de riqueza, de bienestar.

Lo propio diré de Anacleto, el cazador-sacristán. Unos querían misas; otros novenas; otros daban para el alumbrado; Fulanita encabezaba una suscrición para levantar un gran altar al Señor: en fin . . . ¡la mar con sus peces!

EPILOGO.

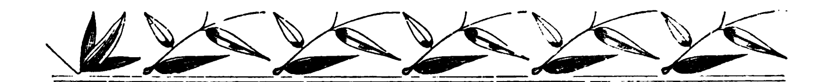
Han pasado algunos años desde la aparición del "Cristo de Tusa", como lo llama el pueblo.

El cura Juan Pérez es poseedor de una hermosa casa en la ciudad de Ibarra.

Anacleto, el perínclito proyectista, posee dos, muy regulares, en Tusa, su pueblo natal; de esto, pues, se colige, que no debió de ser poca cosa la comisión que le tocó.

Cuando Anacleto va á Ibarra, llega á casa del ex-Cura de Tusa, que vive en la bella capital de Imbabura; y cuando el sacristán le recuerda *algo* acerca de la aparición, no puede menos de soltar estrepitosas carcajadas, en las cuales le hace coro el ex-cazador.

—Ese es un pequeño carguillo de conciencia que tenemos los dos, mi buen Anacleto,– le dice el religioso, limpiándose, con su gran pañuelo colorado, las lágrimas que, á causa de la risa, han brotado de sus ojos.



ATUPARQUI.

I.

En cierto pueblecillo de esta hermosa República, mi Patria muy querida, vivía, hace ya muchos años, un matrimonio indio: él se llamaba Atuparqui, *el hombre-fiera*, y ella, Tona, mujer hermosa, arrogante, que frisaba en los dieciocho años de edad.

La historia de los cónyuges era muy sencilla: Atuparqui, indio de raza pura, había abandonado su suelo natal, el desierto, hacía mucho tiempo; y Tona, india también como su esposo, era una hija perdida que, de tres años de edad, apareció en Napotoa—así se llamaba el pueblo,—sin saber de dónde venía ni á dónde iba. De lástima la recogió un acomodado comerciante de la población, y allí había vivido, ignorando quiénes eran sus padres, hasta que se unió á Atuparqui.

En Napotoa se les tenía por muy dichosos y más de cuatro envidiaban su suerte.

Los primeros dos años de su matrimonio los pasaron llenos de contento, disfrutando de los dulces placeres que Himeneo proporciona. Sin embargo, una pena aquejaba á los esposos: la falta de pequeñuelos que aquel hogar alegraran, pues Tona era estéril.

Atuparqui, cuyo sueño dorado era tener hijos, comenzó por aburrirse de su suerte, y esta fué la causa para los primeros disgustos con su joven esposa, á quien, por otra parte, adoraba.

II.

Pucaré, hermoso indio de veintidós años, habitante de un caserío cercano á Napotoa, conoció á Tona casualmente el mismo día en que ésta completaba el tercer año de su enlance con *el hombre-fiera*.

El joven Pucaré, aunque de raza indígena, era uno de esos hombres simpáticos que se captan la voluntad de las personas con sólo la mirada.

Pucaré y la esposa de Atuparqui simpatizaron muchísimo: ambos eran huérfanos y no conocían su procedencia, no conocían á sus padres; ambos se encontraban jóvenes, vigorosos, llenos de robustez, de vida, de ilusiones, y ambos, como no deja de suceder, llegaron á amarse ardientemente. Además, Atuparqui, hombre de más de cuarenta años, aunque estimaba en alto grado á su consorte, no podía prescindir de su carácter frío, indiferente, apático, en una palabra, todo lo contrario de Pucaré. La juventud, esa reina de la vida, busca siempre á la juventud; por eso es que yo no comprendo, no puedo comprender cómo se efectúan esos matrimonios de viejos con jóvenes. Esos matrimonios, generalmente, sólo se hacen por el amor al oro, por el vil interés.

Tona, en lo íntimo de su alma, comparó las prendas que adornaban á Atuparqui y Pucaré: al primero le halló muy viejo, feo, de genio inaguantable y fuertemente antipático; al segundo, joven, elegante, alegre, hermoso . . .

Y el corazón de Tona, desoyendo la voz del deber y de la lealtad, dió la palma de su amor al joven que tanto le hechizaba.

En Napotoa la conversación general no versaba sino sobre los amores de Pucaré y Tona, que hizo públicos doña Terencia, veterana habladora que descubrió un día la falta de la esposa del viejo Atuparqui.

Solo una persona había aún que dudaba de las conversaciones de las gentes: *el hombre-fiera*.

Pero un día pudo desgraciadamente convencerse de los motivos que las gentes tenían para ocuparse de su joven compañera . . .

Grande fué la emoción del infeliz Atuparqui al descubrir en su esposa el criminal afecto de que la acusaba la voz pública.

El hombre-fiera idolatraba á su esposa, y por lo mismo, al cerciorarse de que tan vilmente le traicionaba, se llenó de tristeza y de cólera; recordó su selva querida, su desierto, su Patria, en la cual debía existir su fiel Mangana, su primer amor . . . Allá, en su suelo, debía hallarse aún Mangana, á quien él ¡ay! había abandonado después de haber visto nacer al segundo fruto de sus dulces amores.

III.

Era una hermosísima mañana de verano.

El cielo estaba despejado, y aquel bello azul purísimo que tanto entusiasma á los poetas soñadores, se podía contemplar esplendoroso, magnífico, sublime.

Era Domingo, día de ocio, de tranquilidad.

Atuparqui amaneció de muy buen humor, lo cual era bastante raro en él, y convidó á su cónyuge á un paseo á *Huaira-Pungo* [1], linda hacienda, distante dos leguas de Napotoa.

Tona aceptó gustosa el convite, aunque no la dejó de extrañar, por cuanto tales paseos jamás le había propuesto su esposo. Miles de pensamientos pasaron volando por el cerebro de la joven; pero aparentó un inmenso placer que, inútil me parece el decirlo, estaba muy lejos de sentir.

Con su carácter jovial y bullicioso, pretendió Tona convidar para la excursión á algunos amigos y amigas, á lo cual se opuso formalmente Atuparqui.

Algo tarde se pusieron nuestros paseantes en camino; mas en vez de tomar el de la hacienda, se dirigió Atuparqui por otro escabroso, que iba á dar á una profundísima quebrada, por la cual pasa, como asustado, un riachuelo que los indios llaman *Chiri-Yacu* [2].

---

[1] Puerta del viento.
[2] Río frío.

IV.

Siempre se halla desierto este lugar, ningún habitante de los más cercanos pueblecillos suele pasar por allí.

Tal es lugar al cual conducía *el hombre-fiera* á su infiel esposa; pero ésta, más perspicaz de lo que parece, penetró algo del pensamiento de su esposo y le dijo:

—Mira, Atuparqui, ¿á dónde vamos por este camino? Por aquí no se va á *Huaira-Pungo.*

—He resuelto seguir este sendero—contestó el esposo, mal de su grado, al oir aquella significativa pregunta,—porque me parece el más apropiado para unos paseantes como nosotros.

Tona, que conocía aquellos contornos tan bien como su esposo, ve claro el engaño; pero ¿qué iba á hacer una débil mujer, sola, sin protección alguna, en despoblado ya, con un hombre como Atuparqui que, aunque viejo, tenía la robustez de un joven? Nada, absolutamente nada.

Tona comprendió esto y calló. Conocidísimo es aquel refrán que dice: "Mal que no tiene remedio, hacerle buena cara."

Algún tiempo caminaron sin cruzar una palabra.

Atuparqui apuraba el paso.

Tona le seguía.

Llegaron, por fin, á la quebrada. La joven se detuvo súbitamente y con frenesí exclamó:

—¡Yo no bajo allí!

—¡Baja!—díjole Atuparqui con un acento imperativo, enérgico, brutal, con un acento que revelaba al hombre que nada teme y que está dispuesto á todo.

Tona se detuvo aún.

—¡Baja, yo te lo ordeno mujer!—gritó *el hombre-fiera* exasperado.

La esposa obedeció. Ella se dijo para sí. Ya abajo, él me perdonará . . . sí . . . y sobre todo no sé aún qué es lo que se propone al hacerme bajar . . . algún capricho de esos tan comunes en los hombres . . . sí, bajaré, quizás el desobedecerle sería peor . . .—¿Se aquivocaba la adultera?

Después de algunos minutos de descenso llegaron á lo más hondo de la quebrada, por donde pasa como asustado el *Chiri-Yacu*.

V.

—Bien, muy bien,—guturó Atuparqui;—hemos llegado.

—¿Llegado?—repitió la aterrada Tona;—y ¿á dónde?

—¡Aquí!—contestó el esposo, dando un fuerte golpe con el pie sobre el suelo—¿no lo ves?; aquí, donde sin duda una mujer infiel, ingrata y torpe, pagará con la muerte su deslealtad.

Y diciendo esto, sacó un pedazo de *sapán* y ató fuertemente por detrás las manos á su joven esposa, quien veía y sentía todo esto sin decir una palabra, sin dar la menor muestra de dolor, sin exhalar el más débil gemido, sin mirar siquiera á su verdugo.

Atuparqui, una vez que acabó de amarrar á Tona en estado de dejarla sin el menor movimiento, mirándola horriblemente, le dijo:

—¡Infame! va á acabar hoy tu vida miserable. ¿Lo oyes bien? Morirás dentro de breves instantes; pero antes quiero decirte por mi boca tus infamias, para que te acobardes; quiero decirte por qué te mato, por qué te asesino, por qué beberé tu sangre, por qué me gozaré en tu agonía, por qué reiré ante tus angustias de muerte . . . cuando vayas ya á entregar á Dios el último suspiro . . . Al llegar aquí, el temible Atuparqui tomó una expresión feroz, carnívora; el *hombre* tomó al aspecto de la *fiera;* y después, como queriendo reanudar sus terribles anteriores palabras, exclamó:

—Morirás, mujer, morirás, morirás!

Tona, á pesar de su color moreno, estaba blanca como una cera, y sólo decía:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Atuparqui no hizo caso de estas palabras y como hablando entre sí murmuró:

—¡Sí! ¡Sí!, es preciso que muera, estoy decidido!

Al oir estas palabras, Tona tembló de pies á cabeza; tembló y un sudor frío cubrió su frente pálida.

—¡Por Dios, Atuparqui, la vida!

Tampoco hizo caso de estas palabras el terrible Atuparqui, quien continuó así:

—¡Oye, vil hembra, mujer sin corazón y sin conciencia, sin amor ni lealtad! . . . la esposa infiel merece la muerte, y en ese caso estás tú . . . Todo lo sé, todo lo he visto, todo me consta; recuerdas . . . el lunes . . . mañana hará ocho días . . . ¿lo recuerdas? ¡Ay! mujer maldita, por ti cometo este crimen; por ti cometeré otro más . . . ; por ti subiré tal vez las gradas del cadalso; todo por ti, mujer mil veces maldita, que me quitaste el honor y manchaste con tu crimen inaudito el lecho conyugal . . . .

—¡Por . . . Di . . . .

. . . .

No alcanzó á pronunciar la palabra: el agudo puñal del viejo Atuparqui le había atrevesado el corazón . . .

VI.

El hombre-fiera despedazó en mil partes el cuerpo de la adúltera, tuvo la satisfacción de emplear su tremenda arma en cortar miembros aún tibios y arrojarlos al *Chiri-Yacu*, cuyas límpidas aguas se tiñeron con la sangre de la víctima.

Por la noche regresó á Napotoa, y lo primero que hizo fué encaminarse hacia la morada de Pucaré; penetró, no sé cómo, al interior de la habitación por una altísima ventana, y, hallándole dormido, le sepultó en la garganta el mismo puñal con que ultimó á Tona.

Se había vengado, había satisfecho su sed de venganza.

VII.

Después, Atuparqui, *el hombre-fiera*, temiendo la acción de la justicia, huyó para siempre al desierto, lo que hizo aquella misma noche. En él murió poco tiempo después consumido de pesar, de tristeza, de mil remordimientos; pues allá, en la selva, llegó á saber por Quismi, el viejo *Curaca*—sin que de ello la menor duda le quedara—que Tona y Pucaré, á quienes había asesinado, ¡fueron sus propios hijos, frutos de sus primeros amores con Mangana, allá en su juventud! . . .



MODELO DE ESPOSOS.

De mis amigos de Guayaquil, Agapito Zelear es el más desgraciado, porque es el más pobre de espíritu, el más escaso de facultades intelectuales, el más tonto en doscientas leguas á la redonda ¡y cuenta que doscientas leguas á la redonda es algo!

De Zelear se cuentan cosas rarísimas.

La voz pública dice que desde que tomó estado se ha vuelto loco. Yo le conocí hace poco tiempo: me dijo que llevaba dos años de casado, que su señora era hermosísima y que él la amaba ardientemente.

Juana—que así se llama la esposa de Agapito—es una chica graciosa, vivaracha, y con ojos más vivarachos todavía. Pero, á lo que juzgar puedo, ella no corresponde como debiera al amor de su esposo.



Ernesto Martín es un joven sastre que tiene su taller junto á la morada de los esposos Zelear.

Entre Juana y el maestro existe mucha simpatía: esto es público y notorio; las muchachas del barrio lo cuentan y las *mamás* lo ratifican.

Y Agapito Zelear, que es muy bueno y que quiere mucho á su esposa, no dice esta boca es mía.

Y el público, que muy breve juzga y sentencia, le ha calificado de *loco*.

Conviene advertir que entre el esposo de Juan y el maestro sastre reina una fraternal amistad.



Zelear va una noche al teatro, y, como es natural, regresa á su casa un poco tarde.

Llama por repetidas ocasiones á la puerta, en la cual debe estar su esposa, y no obtiene contestación.

—¡Pobre mi Juana!—dice lleno de profundo pesar;—de tanto esperarme se ha dormido. No la despertaré.

Y el buen hombre se tira en un rincón del portal y allí pasa la noche.

Al siguiente día muy por la mañana ve venir á su querida consorte en agradable compañía con su gran amigo Ernesto, el sastre del taller contiguo á su casa.

—¡Pero, hija, qué noche tan pésima la que me has hecho pasar! ¡Sea por Dios!

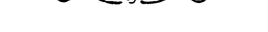
Martín saluda ligeramente á Agapito, y se va tranquilamente á abrir su taller.

Y esto lo sabe el público, que juzga y sentencia en un instante, y dice: ¿qué más puede ser Zelear que un loco?



Mientras estos casos— que valen á Agapito su fama de loco—se verifican, el cura de la parroquia se ocupa en predicar á sus feligreses sobre lo santo, lo sublime de la unión conyugal.

Y á los maridos malos les saca de ejemplo á Agapito Zelear, modelo de esposos, que lleva—dice—con paciencia, resignación y buena voluntad, la cruz del matrimonio.





LOS CANTORES.

Sabían unas canciones muy hermosas.

Aquella *troupe* constaba de cuatro personas: una mujer, ya vieja, y tres niños. En cada esquina, en cada calle lanzaban al aire su canto acompañado de una flauta que tocaba la mujer, quien, según parecía, era la madre de los niños. Después de la cantata recibían algunos centavos, que la mujer guardaba, con inmenso júbilo; seguían el camino, y, seguramente, la escena se repetía en la calle inmediata.

En Guayaquil, todos creían que la señora era la madre de los tres niños. Tenían una voz dulcísima, y acompañados de la flauta que tañía magistralmente la mujer, formaban una compañía de cantantes bastante regular.

El mayor de los niños, que se llamaba Carlos, tendría, á lo más, doce años; su semblante era simpático y tenía una ex celente voz.

Cierta ocasión me dirigía á mi oficina cuando en una calle vi agrupada mucha gente.

Eran los cantores.

Me acerqué y oí una canción lindísima que entonaban tristemente.

El grupo de gente era inmenso, y sin embargo apenas pudieron recoger dos reales aquellos desgraciados.

La mujer guardó las monedas y siguió la marcha hacia la calle contigua.

Yo me apegué al chico, á quien había visto varias veces, y entablé con él el siguiente diálogo:

– ¿Cómo es tu nombre?

—Carlos, señor.

—¿Esa señora que toca la flauta es tu madre?

—¡Oh! no, señor, esa mujer no es mi madre; nos inspira odio y terror, tanto á mí como á mis dos compañeras, quienes son también muy desgraciadas . . . Cuando el día es malo y no se recoge gran cosa por más que cantemos, nos maltrata mucho.

—¿Y esa mujer? . . .

—Es una infame, es nuestro cruel verdugo; yo estoy desde la edad de cuatro años en su poder, no sé cómo, seguramente robado á las caricias de mi madre, de mi verdadera madre, de quien no podré olvidarme jamás. Lo único que me acuerdo, señor, es que una vez, un día desgraciado, me dormí en el regazo de mi madre y cuando desperté me hallé en poder de esa malvada mujer que ve caminar Ud. adelante, con la flauta . . .

—¿Y esas dos niñas, tus compañeritas?

¡Ah! señor, esas, según lo que he podido averiguar, son robadas también, con la diferencia de que ellas lo fueron después . . . acá en América.

—¿Y tú no eres sud-americano?

—No, señor, yo soy de España;—contestóme el niño, enjugándose una lágrima.

—¿Y la mujer, la de la flauta?

—Francesa. Y perdóneme Ud., señor; me he atrazado algo de *ellas* y ya hemos llegado á la esquina . . . ¡Adiós, señor!

—¡Adiós!

Aquel sencillo diálogo quedó impreso en mi memoria. ¡Pobres niños! cuán desgraciados eran!

Proseguí mi camino á la oficina, con el corazón lleno de tristeza.

Y cuando ya me alejaba llegó hasta mi oido el dulce preludio de una linda canción.

Al día siguiente la *troupe* de cantores abandonó á Guayaquil y se dirigió al Sur, echando así por tierra los planes que yo tenía para arrancar del poder de aquella francesa sin alma que tañía la flauta, á esos inocentes niños, robados á sus madres.



CRISPIN TITON.

I

Doña Zapaquilda, vieja solterona y antojadiza, poseía un geniazo de cincuenta y más legiones.

Para mal de sus culpas tenía un ahijado de nueve años de edad que era hecho—según la veterana—de la mismísima piel del demonio. Doña Zapaquilda no podía ya soportar al malvado granuja que la desesperaba horriblemente, y de vez en cuando, le zurraba la badana de lo lindo.

Crispín, que así se llamaba el pequeño, se *rascaba* la *comezón* por un momento y á las pocas horas después estaba ya urdiendo otra *mataperrada*. El chico era incorregible.

Había veces en que para desenojar Crispín á la incómoda madrina le daba un besito con mucha gracia y le decía :—¡Qué bonita habrá sido mi madrina en su juventud!—y otras lindezas por el estilo, y la señora de brava como fiera se transformaba en mansa oveja y calmaba su enojo al glorioso recuerdo de su pasado. ¡Cuánto puede la vanidad!

El chico, que no tenía un pelo de cándido, sabía sacar provecho, y muy bueno, de tal recuerdo; y por repetidas ocasiones se vió salvo de buenas reprimendas, gracias á su viveza.

Doña Zapaquilda, que aunque un poco fatua era una buena mujer, profesaba bastante cariño á Crispín, y hasta cierto punto el afecto que le mostraba fué la causa para su insubordinación.

A los siete años de edad, Crispín Titón era una alhaja: obediente, amante de su madrina, estudioso, en fin, el niño de todas las virtudes, razón por la cual le estimaban todos.

La madrina, llena de orgullo, ponderaba, delante de él, las bellísimas cualidades de su ahijado y aún le faltaba lengua —lo cual no es poco decir,—y de la noche á la mañana se volvió Crispín el peor chiquillo de la vencidad.

II

Doña Zapaquilda, á fuer de veterana y buena solterona, se las daba por criar animalitos á los que tomaba después un acendrado cariño. Bastante larga es ya la lista de animalitos criados por doña Zapaquilda y *desgraciadamente* muertos, para que nosotros nos ocupemos en enumerarlos; vamos, por lo tanto, á tratar de uno, el último que tenía y que era nada menos que un lindo gato, al cual la madrina de Crispín cuidaba y quería con pasión, ni más ni menos que si hubiese salido de sus propias entrañas. Y á la verdad que aquello era digno de verse. ¡Con que dulzura le hablaba! ¡cuánto gozaba viendo tomar al engreido gato el enorme tazón de blanca y espumosa leche, todas las mañanas! ¡cómo le acariciaba! Si estas solteronas tienen unas cosas . . .

El *michu* era muy bonito, blanco como el algodón y con un rabo del mismo color que—á los ojos de doña Zapaquilda,—le hacía más hermoso.

III

—¿Qué nombre le pondré?—preguntóle un día al Alcalde del pueblo, quien tenía fama de ser hombre inteligente, muy instruido y ocurridísimo para aquello de poner nombres.

—Señora, que se llame *Mumú*—contestó el interpelado, que se acordó de una novelita de Devillers, autor francés.

—¡Qué *Mumú* ni que *Mumú*, señor Jordán—dijo la veterana indignada,—que yo me tengo la culpa por estar pidiendo nombres para mi querido gatito, para ese pedazo de mi alma, á académicos, á doctos como usted, que se burlan de mí. ¿Qué

es eso de *Mumú?* ¿qué quiere decir? burla y nada más que burla, señor Jordán.

-¡Señora, qué dice usted! Yo no acostumbro burlarme de nadie,—replicó el Alcalde con tonillo afectado.

—¡No me haga hervir la sangre, no me indigne más y váyase inmediatamente de mi casa, don Lorenzo Bragas, don Alcalde de melcocha, que el destinillo que por látima le han dado no da para tanto! ¡Fuera, fuera de mi casa!

La autoridad salió *de estampía* echando verbos y hediendo á azufre como el demonio y haciendo juramento de no meterse jamás á poner nombres á gatos, ni á perros, ni á ningún animal, que aunque *animales*, lo eran menos que la ignorante de doña Zapaquilda.

IV

Pocos momentos después de esta escena llegó Crispín de la escuela y en el acto notó que algo muy grave le había pasado á su madrina, quien sentada en su antiquísimo sillón de vaqueta, con el gato en la falda, murmuraba aún furiosamente contra el señor Alcalde del pueblo.

—¿Qué ha habido?--se atrevió á preguntar el chico, viendo la gran excitación nerviosa de que era presa la pobre veterana.

Doña Zapaquilda le contó á su ahijado el desagradable incidente, y agregó:

—Y á ti, Crispín, ¿no se te ocurre algún nombre para mi gatito?

—Tengo ya uno, madrinita, que le viene muy bien, al pelo.

—¿Cuál?

—Pues . . . *Gato rabón*.

El nombre hizo su efecto, le gustó muchísimo á la interesada y el muchacho obtuvo un verdadero triunfo.

Desde aquel momento el lindo gato tuvo nombre.

V

Algunas semanas después de la escena que acabamos de narrar, Crispín le asestó á la madrina un pequeño *aruño*, el

cual fué nada menos que de dos pesetas antiguas que doña Zapaquilda guardaba como un recuerdo de sus buenos tiempos, por ser obsequio de un joven á quien ella amó con delirio, y que hubiera sido su esposo, si la fiera parca no se lo hubiese arrebatado.

La indignación de la señora fué espantosa al descubrir el hurto, y en atención á la gravedad de la falta cometida por su ahijado, resolvió arrimarle una buena *soba* en cuanto viniese de la escuela.

Dieron las cuatro de la tarde en la viejísima campana de la iglesia del pueblo, y los muchachos empezaron á salir de la escuela.

Diez minutos habían transcurrido, cuando doña Zapaquilda oyó los precipitados pasos de Crispín en la escalera, y armada de una buena rama de *manteca de novillo*, se ocultó tras la puerta.

Crispín Titón entró muy alegre saboreando el último bocado de un rico pastelito, cuando de repente sintió que caía sobre él una fuerte lluvia de chicotazos.

—¡Canalla! ¿y las monedas godas? ¡El recuerdo de mi Juan! Dime, dime, mal muchacho: ¿dónde están las dos pesetas?—gritaba doña Zapaquilda exasperada, echando fuego por los ojos, mientras sacudía el polvo á los viejísimos calzones del granuja.

El crimen acobarda, la cobardía quita hasta el habla, y Crispín se hallaba en este caso.

Como la disciplina seguía y el furor de la solterona no cejaba, el pobre chico, retorciéndose con el dolor de los azotes y llorando amargamente, no tuvo otra idea salvadora que, con la velocidad del pensamiento, apoderarse del mimado, indiferente gato que, perezoso y bien comido, dormía encaramado en una mesa.

Ver la madrina el gato en poder de su ahijado y cesar la *sobada*, todo fué uno. Doña Zapaquilda debió sin duda considerar que podía tocarle un buen chicotazo á su querido animal, pero como el muchacho no estaba á cabo de saber lo que su madrina discurría, pensando que la *broma* seguiría adelante, escudóse con el mimado animalito gritando fuertemente:—¡Perdón, perdón, por el *Gato rabón!*

Y la severísima madrina acabó por calmarse completamente, y Crispín Titón por aplicarse sendos paños de árnica en ciertas partes algo magulladas . . .

—¡Cuánto valen los pastelitos! –decía después graciosamente el granuja.

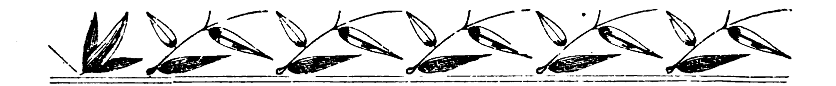
CONCLUSION.

Actualmente Crispín hace lo que quiere, seguro de que nada puede sucederle; en cuanto ve que doña Zapaquilda toma el azote, él se abraza del *Gato rabón*, dice las palabritas consabidas y . . . se libra del castigo.

Y como le falta *rocío*, el muchacho está cada día peor.

Allá se las haya la solterona con su ahijado, que á los benévolos lectores de este folletito y á mí, poco nos importa.





EL BESO DE LA MUERTE.

A Joaquín y Emilio Gallegos del Campo.

I

Dolores y Julio se amaban tiernamente.

Eran jóvenes y tenían la mente llena de mil ilusiones hermosas.

Esperaban, impacientes, el plazo fijado para la celebración de sus bodas, que debían ser soberbias, magníficas.

Todas las mañanas se veían, se hacían nuevas promesas, nuevos ofrecimientos, no hablaban sino de su matrimonio y de su felicidad futura; se decían muchas cosas muy dulces y se besaban . . .

II

El plazo deseado se acercaba. El traje riquísimo de la novia estaba preparado.

Poquísimo tiempo faltaba ya para que aquellos dos corazones se juntaran para siempre.

Cada día, cada hora, los amores de Julio y Dolores eran más entusiastas, más arrebatadores.

Ambos no pensaban sino en el día de su enlace; ambos lo deseaban vehementemente.

—Muy pronto serás mi esposa,—decíale á menudo el arrogante Julio á su linda Dolores.

—¡Y tú mi esposo! ¿Verdad, Julio, verdad?

III

Una mañana amaneció Dolores muy mal de salud.

Los padres de la niña y Julio se alarmaron muchísimo.

Los facultativos no pudieron . . . la Ciencia fué impotente . . . y Dolores falleció presa de traidora dolencia.

Y fué estrenado el riquísimo traje de novia . . . . . .

IV

El dolor de Julio fué indescriptible.

Ante el cadáver de la que fué su novia, juró no olvidarla jamás.

Cuando la caja mortuoria iba á ser tapada, Julio, el arrogante joven, llorando como un niño, estampó un beso, un beso que fué todo un poema, sobre la lívida frente de su novia . . .

V

Todas las noches, de once á doce, un joven pálido, decentemente vestido, se encaminaba solo al cementerio.

Atravesaba muchas tumbas hasta que encontraba una de mármol blanco, en la cual se podía leer en grandes letras de oro este nombre: "Dolores".

Se postraba reverente ante aquella fosa y oraba breves momentos; luego se levantaba y miraba fijamente el nombre grabado en letras doradas . . .

¿Qué pasaba entonces en ese corazón?

Sólo Dios lo sabe.

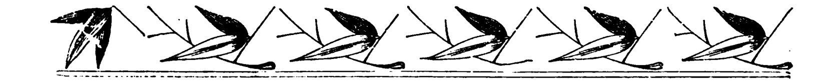
VI

Julio cumplió como buen amante el juramento que hiciera ante el cadáver de su novia.

Durante cinco años no dejó de visitar, ni una sola vez, la triste tumba de su Dolores.

Durante cinco años no la olvidó un solo instante.

Y como una pena, cuando es muy honda, al fin y al cabo mata, hoy duerme Julio el sueño eterno al lado de su virgen . . . más blanca y hermosa que el mármol regio de las trmbas y las osas de los jardines de su patria.



FELICIDAD . . .

A Miguel Luna y Pedro Pablo Garaicoa.

I

A lo lejos se divisaba una casita muy blanca y muy humilde, rodeada de corpulentos árboles, verdes como la esperanza.

Aquella era la morada de Lilí, la linda y virtuosa niña, la madre de los pobres en aquel desamparo inmenso.

Los padres de Lilí fomentaban el genio eminentemente caritativo de *su niña*, y pasaban una vida feliz y tranquila, lejos de la sociedad, á la cual pertenecían, dedicados al trabajo y á derramar el bien por todas partes.

Don Roberto y la señora Carmen, padres de Lilí, eran verdaderos modelos de virtud. La más completa paz reinaba en aquella simpática mansión; Lilí, la bella niña, era la única dueña de los corazones de sus padres, á quienes, á fuer de buena hija, veneraba y complacía en lo más mínimo.

II

Un día, cuando ya el sol declinaba, entró muy sobresaltada Lilí al comedor, en el cual se encontraban don Roberto y doña Carmen.

—¿Qué ocurre?—le preguntaron los esposos con cuidado al mirarla tan pálida.

—¡Ay! mis queridos padres,—contestó la niña, esforzándose por contener el llanto—María Cruz, la buena señora que

á Emilio cuida, me acaba de comunicar que está aquel joven muy grave, y que el señor Manuel, el médico, dice que tal vez no amanece

—¡Qué desgracia!,—dijo compadecido don Roberto;—ese joven tan bueno, tan modesto, tan inteligente ¡va á morir! y quién sabe si por falta de auxilios! ¡Oh! eso no puede ser, estando nosotros aquí y pudiendo serle útiles.

—¡Vida mía!—exclamó con maternal ternura doña Carmen;—no conoció á su madre, es huérfano; es nuestra obligación, querido esposo, mirar por ese pobre joven, traerle á casa y curarle seriamente. La conciencia nos acusará siempre, si así no lo hiciéramos.

—Muy bien dicho, Carmen, tú, como Lilí, eres un ángel. Opino contigo: que venga el pobre Emilio á mi casa, que aquí encontrará todo lo que necesita para su curación. Confío en Dios; sanará.

Al oir estas palabras, á pesar de la gran tristeza que Lilí experimentaba, notarse pudo un estremecimiento de placer en el cuerpo de la niña; una ráfaga de luz, de alegría, de satisfacción iluminó el blanquísimo rostro de la doncella y su corazón palpitó con violencia.

Lilí y Emilio se profesaban un inmenso cariño, se amaban tiernamente; pero aquellos castos amores nadie los conocía, á excepción de María Cruz, la negra anciana que cuidaba á Emilio, el joven huérfano.

III

Emilio fué instalado aquella misma tarde en casa de don Roberto, en la cual recibió los más solícitos cuidados de parte de la virtuosísima doña Carmen y de Lilí, su angelical enamorada. Quince días después estuvo el enfermo completamente restablecido, y, agradeciendo infinito su noble proceder á los esposos y á *su niña*, volvió á su antigua habitación.

Pero los amores seguían más apasionados cada día.

Lilí se había desarrollado completamente y era toda una beldad, irresistiblemente voluptuosa.

Sus ojos, que eran negros, y sus fresquísimos senos, que

hacían soñar en placeres celestiales, daban á su talle la esbeltez aristocrática de un lirio.

IV

Así pasaron tres años de locos y apasionados amoríos, jurándose siempre lealtad y felicidad mutua.

De repente falleció el buen don Roberto, y pocos meses después, de melancolía, la virtuosa doña Carmen.

Lilí quedó sola en el mundo, y contrajo nupcias con Emilio, con quien pasó algunos meses de felicidad. Lilí era siempre la misma, es decir, amaba ingenuamente á su esposo; no así Emilio, que cambió completamente.

Las malas amistades le indujeron al juego, y, por ende, á la embriaguez.

Un día realizó, como pudo, todos los haberes de su esposa para pagar una deuda de honor.

Y hasta llegó ocasión en la cual, despechado de su mala suerte y ébrio de soberbia y de alcohol, maltrató cruelmente á Lilí . . .

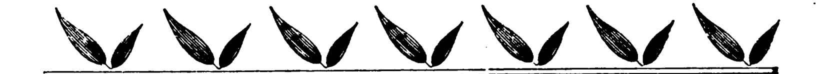
La pobre joven sufría miserias, palos, malas razones y, lo peor, se sentía ya madre: su pobre hijo no tendría un porvenir, sólo poseería la herencia del deshonrado apellido de su padre. ¡Qué horror! ¡Qué desesperación inundaba el alma de Lilí cuando pensaba en el sér que sentía agitarse en sus entrañas!

V

El Cielo sin duda, ó las almas de don Roberto y su esposa, libraron á Lilí de mil pesares en el mundo.

Al dar á luz el primer fruto de sus castos amores, murió Lilí y también el niño, que sólo iba á tener por herencia en la tierra un apellido deshonrado y miserable.

Poco ó nada importó al ingrato Emilio la muerte de su angelical compañera; una sola idea le preocupaba: el juego; un solo amor tenía: el alcohol.



EL SACRILEGO.

Al distinguido escritor venezolano, General don Nicanor Bolet Peraza.

I

La provincia de Pichincha tiene en su seno á la histórica Quito, su capital, que en el año de 1533, fué conquistada pacíficamente por el capitán español don Sebastián Benalcázar.

La ciudad está rodeada de alegres quintas, lindos jardines, y con su hermoso "Panecillo" de recuerdos coloniales, complétase el magnífico, encantador panorama que se presenta á la vista del viajero. De la capital parten multitud de caminos, frecuentados siempre, y que conducen á otros tantos pueblecillos que, como guardia de honor, tiene en derredor de sí la ciudad de los Shyris.

Quito es la ciudad rica en recuerdos históricos; es una de las ciudades más antiguas de Sud-América; es la honra del Ecuador; es en ella que han visto la primera luz grandes hombres, y allí donde se han desarrollado inteligencias vastísimas que han sido el orgullo de nuestra joven República.

Hemos dicho que es la honra del Ecuador, y, ¿cómo no serlo? La ciudad ínclita que dió el primer grito de Independencia en 1809, no honra á la Nación cuya capital es?

En la hermosa ciudad de San Francisco de Quito, ahora muchísimos años—bien á mi pesar no puedo citar fechas, por no traerlas la callejera crónica,—pasó lo que voy á referirte, mi respetado lector, rogándote encarecidamente que dispenses si molesto tu atención; y antes que nada, haciéndote una adver-

tencia muy importante: el prójimo servidor tuyo y autor de este folletito no es escritor, ni mucho menos; ¡quia! ¡qué ha de ser! . . . Así, pues, pídote, que si algo de malo encuentras en esta narración, te hagas el de la vista gorda, ya que á cada paso tenemos que hacer lo mismo para ver tantas cosas feas como abundan en este mundo pecador, según dice Federico Proaño.

Y ahora sí, vamos á la novela ó á la tradición, como quieras, que para mí de ambas cosas tiene.

Una mañana, cuando la bandera de los colores de oro y sangre flameaba aún triunfante, soberana, orgullosa, por estas tierras, amaneció frente á la portería de la iglesia de San Agustín de Quito, una mula cuya carga consistía en un gran cajón.

¿Quién había guiado aquella mula hasta la portería del convento?

¿Quién había puesto sobre ella un cajón de grandes dimensiones, de peso muy superior al que buenamente podía cargar una bestia?

Sólo ha llegado á nuestro conocimiento que, cuando empezó á aclarar el día, los madrugadores que á oir misa se dirigían notaron en ello, y descargaron al animal, que agobiado por el peso del cajón habíase echado en tierra. Abierto el cajón, encontraron una obra maestra de arte, un retrato perfecto del Rey de cielos y tierra.

En cuanto la mula se vió libre de su pesada carga, emprendió estrepitosa carrera; y sin embargo de que varios hombres del pueblo intentaron seguirla, fué vano empeño, porque no pudieron darle alcance.

En vista de esto vino el Obispo, tomaron parte las órdenes religiosas, y resultaron inútiles cuantas diligencias se practicaron para averiguar por el dueño ó guía que había conducido á aquella mula hasta la puerta del convento, con tan valiosa carga.

En el mismo sitio donde se paró la mula, erigióse una hermosa capilla, y desde aquella fecha, se llamó EL SEÑOR DE LA PORTERIA á aquella milagrosa y fiel imagen del Redentor [*].

---

*] **Histórico.**

II

Don Pedro Rodrigo era un infeliz hombre, casado, con seis hijos, y tan pobre, que había ocasiones en que le faltaba hasta lo más necesario para la subsistencia de él y su familia. Era un buen ciudadano y en la ciudad se le conocía con el nombre de don Pedro; apenas tendría treinta años de edad, pero los sufrimientos le habían puesto viejo y en sus cabellos dejábanse ver ya muchas canas.

La mala vida aniquila y envejece mucho, así como un perfecto bienestar la alarga y aún en la ancianidad le presta bríos.

Muchas veces, al llegar á su casa, había oido el desgraciado padre decir á sus pequeñuelos :—Papá, tenemos hambre, traednos pan . . .—Entonces el corazón del honrado don Pedro se oprimía; oía las súplicas de sus tiernos hijos y los ojos llenábansele de lágrimas . . . ¡Pobre padre!

Buscaba trabajo en todas partes, mas era vana toda diligencia: no lo había para él; pero no se desesperaba y sólo á veces solía exclamar :—¡Oh, Dios mío! hazme sufrir á mí, que soy pecador y tanto te he ofendido; mas, Señor, á mis tiernos é inocentes pequeñuelos ¿por qué los haces padecer?

¡Cosa extraña! Sin embargo que este desgraciado estaba en una situación tan crítica y aterradora, jamás se desesperaba ni maldecía de su poca felicidad, porque era un hombre justo, temeroso de Dios y no había olvidado aún las sabias y benéficas enseñanzas de su buena madre. ¡Cuánto valen los buenos consejos maternales! Esas enseñanzas y consejos que los autores de sus días le habían inculcado en su joven corazón, servíanle ahora de lenitivo santo á sus desgracias, y, cual otro Job, recibía con paciencia envidiable los azotes de la suerte.

Ahora bien, por aquellos tiempos no se hablaba sino del milagroso Señor de la Portería y se contaban de él prodigios. Todo esto lo sabía don Pedro; como él era un buen cristiano y muy creyente, fué á la capilla, pidióle remedio para sus necesidades y salió de allí algún tanto tranquilo. Regresó á su miserable hogar y dirigiéndose á su esposa, la dijo:

—Vengo del santuario del milagroso Señor de la Portería, le he hecho ver nuestras necesidades, y le he pedido me proporcione una ocupación para ganarme la vida honradamen-

te, y no cesarán mis ruegos hasta que no consiga lo que deseo.

Y así sucedió. Nuestro hombre se acostumbró tanto á contar sus desgracias al Señor, que todas las mañanas, cuando quedaba la capilla sola, principiaba sus exclamaciones y lamentos en voz alta, como para que el Señor le oyera más claro y le tuviera más presente.

Debe saberse que el Señor de la Portería poseía un par de sandalias riquísimas.

Como don Pedro seguía con sus ruegos y no cesaba de hacer conocer al Señor su pobreza, he aquí lo que un día hizo el Salvador del mundo con el necesitado.

Como de costumbre fué por la mañana á la capilla, y así que ésta quedó sola, principió el hombre la acostumbrada narración, con sus ruegos ante la imagen del Señor: le hizo ver su desventura: le pidió de todo corazón algún alivio para su pobreza y con lágrimas le demandó un pan para sus tiernos hijos, y . . . ¡oh prodigio sin igual! . . . el Señor de la Portería arrojó una de sus magníficas sandalias . . .

El hombre se aturdió por un momento, pero se repuso bien pronto. Comprendió que el Señor había oido sus ruegos y quería remediar sus necesidades: dió las gracias como mejor pudo á su Divino benefactor, cubrió la valiosa prenda con un pañuelo y salió de la capilla. Llegado que hubo á su casa, contó á su esposa el acontecimiento y, dirigiéndose á los niños, les habló en los siguientes términos:

—Dad gracias al Todopoderoso, hijos de mi alma, porque ya no os moriréis de hambre. El Señor de la Portería me ha obsequiado esta sandalia que es de oro y brillantes, y ya no soy pobre y tengo un capital no despreciable para trabajar.

Los pobres niños bailaban de júbilo; la alegría se dibujaba, junto con la inocencia, en sus bellísimos rostros. ¡Ah! ¡qué felices! Ya iban á tener un pan seguro; ya no sufrirían las terribles torturas del hambre. Para los inocentes ternezuelos esta era la mayor dicha del hombre sobre la tierra: *tener qué comer*, y era por esto su júbilo, su contento. ¡Cuántas cosas buenas les daba el Señor de la Portería! ¡Cuán grande era la bondad de Dios!

Don Pedro fué á casa de un platero y negoció los brillantes que de antemano había sacado, quedando la prenda de oro

sin el adorno de las piedras preciosas que la esmaltaban. El platero quedó muy satisfecho de la compra, pues sin embargo de ser los brillantes muy buenos, sólo había pagado una exigua suma. El vendedor también experimentaba una gran satisfacción al pensar el gusto que tendrían su mujer é hijos á la vista de tanto dinero, y, puédese decir, que aquel desgraciado fué dichoso por unos momentos.

¡Infeliz! ¡No comprendía cuán cara y amarga le iba á costar esa momentanea dicha!

III

Aquel día pasó inadvertida por los padres del convento la pérdida de la sandalia. Al día siguiente notó la falta el sacristán, quien comunicó el hecho al Superior, y éste á su vez, á sus subordinados. Una beata oyó la noticia y puso el grito en el cielo, por no decir en los tímpanos de los fieles que oraban en la capilla. Los beatos hicieron otro tanto y afirmaban haberla visto el día anterior: frailes, beatos y beatas pedían á Dios perdón por el sacrílego.

La noticia se esparció por toda la ciudad en un santiamén, gracias á la lengua de los beatos que salieron del templo. Después de una hora no había ya en Quito quien ignorara el sacrilegio que se había cometido.

La justicia tomó cartas en el asunto y los interesados en el juicio eran todos los habitantes de la capital; excepto la mujer é hijos de don Pedro Rodrigo, cuya momentanea felicidad habíase transformado en la *desgracia eterna*, según la expresión de doña Carmen, la afligida esposa, quien llegó á creer que su compañero, llevado de la desesperación, había cometido por su familia un sacrilegio. La infeliz lloraba sin consuelo, los niños la imitaban, y don Pedro, el desventurado don Pedro que veía hasta á su esposa increpar su conducta, comprendía que la Providencia lo había destinado para el sufrimiento, para el pesar, para la tristeza. Pero hombre de fe, confiaba en la Divina Justicia que hace siempre salir triunfante al inocente.

Dejemos por un momento á esta desgraciada familia y echemos una rápida mirada, al través de los años, á aquel platero avaro que le gustaba comprar brillantes buenos y baratos.

IV

En una calle larga, fea y estrecha, tenía su platería don Sudjerio Petralva, hombre de blancos bigotes, espesa melena y antiquísimas gafas, amigas inseparables del viejo artesano.

Don Sudjerio había prosperado mucho en su negocio: el viento de la fortuna le favorecía, y ayudado eficazmente por su esposa doña Marcela, aumentaba cada día su capital; pero lo que más le producía al señor Petralva, no era, sin duda, estar con el martillo en la mano haciendo cucharas, sino la compra y venta de alhajas en la que tomaba parte activa doña Marcela. Si comprando, mientras su esposo regateaba por el precio hasta no más, ella se ocupaba en desprestigiar y hacer desmerecer el brillante ó la joya; si vendiendo, ínterin el maestro pedía el cuádruplo de lo que valía la prenda, ella hacía la apología de ésta, ponderaba lo bonita que era, lo elegante, lo rara . . . y tal maña se daban los esposos Petralva para vender sus alhajas, que era muy raro el que salía del establecimiento sin dejar en él muy buenos y relucientes pesos de plata pura, con el busto de Su Majestad el Rey de España.

El plan de campaña de don Sudjerio era muy sencillo: compraba barato, vendía caro y nunca fiaba un céntimo á persona alguna. Gracias á esto había podido reunir una regular fortuna que, como he dicho, aumentaba cada día.

En esta *casa* fué, pues, en donde vendió los brillantes de la sandalia don Pedro Rodrigo, el desgraciado padre de familia.

Aquellos bárbaros hicieron una buena compra. Les extrañó muchísimo ver tan valiosos brillantes en manos de don Pedro á quien conocían que era más pobre que una moneda de á centavo; pero él declaró á doña Marcela, que era la que más preguntaba por el origen de los brillantes, que un señor muy bueno se los había obsequiado viendo su necesidad.

Cuando don Pedro salió de la platería, don Sudjerio, examinando los brillantes, dijo á su mujer:

—Ciertamente que la compra no puede ser mejor, mas una cosa me preocupa mucho. ¿Qué señor será aquel tan bueno que hace limosnas de esta clase?

—Lo que es yo, Sudjerio, no hubiera celebrado el nego-

cio. En cuanto á aquel señor tan caritativo, se arruinará muy breve, si todas las limosnas que hace son como esta, aunque sea más rico que el Rey nuestro Señor.

—En fin—contestó el esposo de mal humor,—sea como fuere, hemos hecho un gran negocio y yo no sé más.

Al otro día llegó hasta los esposos Petralva la noticia del gran crimen que se había perpetrado.

No les quedó la menor duda de que los brillantes que les vendió don Pedro Rodrigo pertenecían á la sandalia y hubo un gran altercado entre los cónyuges.

—Sí, sí, tu tienes la culpa—decía doña Marcela;—si á mí me anunciaba el corazón algo, yo sé preveer las cosas, estudiarlas . . .

—¿Por qué no me lo dijiste, mujer?

—¡Calla, hombre, calla, que tú, sólo tú, eres la causa por la cual perderemos los doscientos cincuenta pesos que dimos ayer á ese ladrón de don Pedro! Yo no quería comprar los brillantes, y tú te afanaste, y el negocio se hizo . . .

—Mira, Marcela, dejémonos de discusiones, no sea que te rompa algo, y acompáñame á entregar estos brillantes al señor Obispo, declarando quien nos los vendió, para no comprometernos. ¡Qué remedio, mujer! Perderemos los doscientos cincuenta pesos, pero tendremos el gusto de ver ahorcar á ese infame de don Pedro.

—Sí, pero siempre perderemos la plata,—contestó doña Marcela casi con lágrimas en los ojos.

Los esposos fueron donde el Obispo, entregaron los brillantes que en el acto se reconocieron pertenecían á la sandalia del Señor de la Portería, y declararon que los habían comprado al señor Pedro Rodrigo por la cantidad de doscientos cincuenta pesos.

Fué llamado don Pedro, quien ratificó lo dicho por los esposos Petralva, y agregó que el Señor le había obsequiado esa sandalia en vista de su indigencia, de su absoluta pobreza.

Esta declaración exaltó mucho los ánimos. El pecado estaba patente; y don Pedro fué conducido inmediatamente á la cárcel, acompañado de un inmenso cortejo de pueblo que pedía la muerte para el sacrílego.

Don Sudjerio y su esposa, como ya no tenían más que hacer, regresaron á su platería, á la cual llegó doña Marcela con una fuerte jaqueca, por la pérdida que había sufrido con la compra hecha.

El sumario siguió con gran rapidez, el juez se apresuró á sentenciar y se impuso al sacrílego una pena terrible: la horca.

¡Y entonces sí que fueron los lamentos del pobre hombre!

—¡Señor! ¿por qué no me dejaste morir de hambre?—decía el infeliz.—¡Oh, Señor! Tú que eres el gran Juez, Tú que eres sólo Justicia y Misericordia ¿permitirás que me sacrifiquen creyéndome ladrón de la sandalia que me diste con tu voluntad?

Así pasaba don Pedro en la prisión, en estas y otras exclamaciones, días aciagos; pero jamás llegó á desesperar de la Justicia Divina. Imploraba al Todopoderoso y preparaba su viaje hacia la Eternidad.

¡Tristísima situación la de don Pedro! Su esposa con una gran duda en el corazón; sus tiernos hijos y ella misma en la orfandad, pues la pequeña suma recibida de manos del platero la había invertido casi toda en pagar viejas deudas; y él, dentro de pocos días, recibiría deshonrosa muerte en una horca.

Los habitantes de la ciudad hablaban con horror del sacrílego; las beatas se santiguaban al oirlo nombrar, y el verdugo se preparaba para desempeñar su repugnante oficio.

V

Después que fué conocido por el público el día y la hora señalada para la ejecución, se vieron los alrededores de la cárcel llenos de gente que pretendía, en vano, ver al sacrílego.

Cuando se impuso de su sentencia don Pedro, pidió que se le concediera la última gracia que solicitaba en la vida, y expuso su vehemente deseo de tener una entrevista con el Señor de la Portería, su Benefactor.

—¿Para qué deseará ver el sacrílego al Señor?—se preguntaba el Juez—¿Estará loco?—Pero con todo acabó por acceder á lo que el reo solicitaba.

Don Pedro, antes de entrar en capilla, se despidió de su esposa é hijos. Conmovedor, terrible, doloroso fué el cuadro que

se desarrolló dentro del húmedo y estrecho calabozo que le servía de prisión. La esposa le abrazaba y le prodigaba tiernas caricias; los pequeñuelos le abrazaban unos las piernas, otros los brazos, y el menor, con sus delicadas manecitas, pretendía desatar la fuerte cadena que con sus ligaduras martirizaba al padre... ¡Pobre hombre! ¡Aún quedaban sobre la tierra séres que le amaban mucho!

El oficial encargado de la guardia comunicó á la desdichada esposa que se retirara, porque había llegado el momento en que debía entrar el sacrílego en capilla.

La pobre mujer quiso pedir al oficial un momento más de espera, uno solo; pero los gemidos se le agolpaban á la garganta, se quería ahogar y no pudo pronunciar palabra. El oficial repitió la amonestación en voz alta, imperiosa, colérica, y como no tuviese resultado, se acercaron cuatro soldados á una señal del militar y á viva fuerza fué arrancada doña Carmen de brazos de su esposo, que le envió la última mirada, la última sonrisa; sonrisa de dolor, de resignación, de despedida; sonrisa que quiso decir mucho, sonrisa triste que legaba á sus hijos junto con su despreciable apellido, junto con su mancha eterna de sacrílego y ajusticiado.

La desolada esposa lloraba á gritos; los asustados niños lloraban también y seguían á su desgraciada madre que á viva fuerza, como he dicho, fué sacada de la prisión.

Así que la esposa de don Pedro, acompañada de sus seis pequeñuelos, salió de la cárcel, un murmullo de lástima dejóse sentir en el gran grupo de curiosos que estaba en la portada.

A algunas almas compasivas se les escapó un suspiro al contemplar á aquella mujer que iba á quedar viuda dentro de pocas horas; á aquellos inocentes niños que iban á quedar huérfanos, sumidos en la más terrible de las miserias y con un legado eterno de ignominia...

Pero á otros... una sarcástica sonrisa se dibujó en sus labios, y con profundo desprecio exclamaron:

—¡La mujer del sacrílego!

Entre estos últimos estaban el maestro Petralva y su consorte doña Marcela, quienes no podían olvidar, ni por un momento, la *gran pérdida* de los doscientos cincuenta pesos que dieron á don Pedro por los magníficos brillantes de la sandalia.

VI

Llegó el día de la ejecución, que debía ser á las cuatro en punto de la tarde.

El Señor de la Portería fué sacado en andas hasta la plaza de su capilla, por la cual debía pasar el reo para dirigirse al lugar del suplicio.

Las calles adyacentes á la cárcel estaban llenas de gente; miles de curiosos deseaban ver por la última vez al hombre que había cometido tan atroz crimen.

Media hora antes de las cuatro salió de la cárcel el reo y su fúnebre cortejo . . .

Don Pedro Rodrigo llevaba un crucifijo en las manos: sus ojos, turbios ya, no miraban á nadie, porque su mirada tierna, cariñosa, contemplativa, la fijaba en la imagen del Cristo moribundo.

Parecía el sacrílego la figura de la penitencia: su escuálido semblante revelaba un sufrimiento inmenso; sus ojos estaban diciendo que había derramado muchas lágrimas, lágrimas de arrepentimiento, de contrición, de dolor . . .

El porte humilde del sacrílego, las cadenas que aún le martirizaban, su tristísimo y pálido rostro causó lástima entre la multitud; y un compasivo ¡ay! escapóse de todos los corazones.

El cortejo siguió el camino hacia el lugar destinado para las ejecuciones. Don Pedro caminaba muy despacio cual lo permitía su calamitoso estado; llevaba el hábito del Seráfico de Asís y muchos sacerdotes á su lado que rezaban en voz baja y le auxiliaban en sus últimos momentos. El sacrílego oía con atención lo que le decían los ministros del altar, quienes se esforzaban por cumplir su santa misión; pero de sus labios no salía una palabra, ni sus ojos miraban sino al Crucificado que contemplaba tiernamente.

Caminaron por espacio de algunos minutos, hasta que llegaron al altar preparado *ad hoc*, en el que estaba colocado el Señor de la Portería.

La marcha hizo alto; todos deseaban presenciar tan singular entrevista, tan extraña escena.—¿Qué le va á decir el sacrílego al Señor?—se preguntaban todos con asombro. Reina-

ba el más profundo silencio, sin embargo de que había miles de almas.

Por fin avanzó hasta el pie del altar la humilde silueta del reo, cayó de rodillas y oró... Todos los corazones latían con violencia y pensaban que pedía al Señor perdón por sus pecados.

—Va á ver si le puede robar la otra sandalia para venir á vendérmela!—dijo una cascada voz. Era don Sudjerio, el maestro-platero de las gafas, quien así se había expresado. Algunas palabras despreciativas fué el premio que obtuvo por su conducta el avaro comprador; y muy en breve todos trataban de mirar al reo, que empezó á hablar.

Don Pedro, entre sollozos y gemidos, con voz balbuciente, ronca, fatigada; con el frío de la muerte que sentía ya en sus venas, dejó oir la oración de siempre:

—Señor, soy un pobre hombre cargado de familia, no tengo más patrimonio y amparo que Tú; pero esta vez, agregó: Me diste ¡oh piadoso Señor! tu sandalia, y me han tomado por sacrílego, me han juzgado y me van á ahorcar... ¿Cómo es esto posible, mi Divino Rey y Benefactor?...

Acabó su sencilla y tierna oración el sentenciado y ¡oh justicia de Dios! ¡oh portento!... El Señor de la Portería levantó el pie derecho y tiró á don Pedro la otra sandalia, á vista de todo el pueblo que, emocionado, lleno de admiración, sin darse casi cuenta de lo que pasaba, se postró de rodillas...

El sacrílego perdió el sentido por unos instantes; pero luego se convenció de que era una bellísima realidad lo que le había pasado, que no era un sueño, una ilusión vana, debida tal vez á su espantoso estado de debilidad.

. . . .

Don Pedro Rodrigo desde ese feliz momento ya no fué llamado *el ladrón*, *el sacrílego*, sino el Venerable, el Santo, el Justo.

Después de formar una especie de consejo entre los dignatarios eclesiásticos y civiles, declararon que don Pedro era inocente y que por lo tanto no tendría ya lugar la ejecución.

Item más: ordenaron que las dos sandalias fuesen pesadas, debiendo dar á tan santo varón, en oro, el peso que resultara.

La orden se cumplió en el acto, y sin embargo de lo poco que á primera vista parecían pesar, no cayó el platillo de la balanza hasta que se completó la enorme suma de treinta y tres mil pesos que fueron pagados por el Real Tesoro, una parte, y otra por la Iglesia y el pueblo. ¡Extraña coincidencia! ¡En treinta y tres monedas Jesús de Nazaret fué vendido por Judas!

Todos, todos en general querían manifestar á don Pedro su profunda pena por el pasado percance; y don Sudjerio Petralva, el maestro-platero de las gafas y su digna consorte, no fueron de los últimos. ¡Vil interés! ¡Cómo juegas con la voluntad del hombre!

Grande, arrebatador, inmenso fué el placer que experimentó la desolada esposa de don Pedro ante la buena nueva que la llevó un conocido y de la cual ella desconfiaba hasta lo último.

—¡Cómo—decía—ya no ejecutan á mi esposo! . . . ¡Es inocente! . . . ¡Ay, Dios mío! eso es falso! . . .

Cuando la buena mujer pudo convencerse de la veracidad de la noticia, se arrodilló, oró por largo rato y lloró mucho, porque el placer tiene también su llanto.

La noticia del milagro se esparció por todo el reino de Quito y aun traspasó sus fronteras. El Señor de la Portería existe en la capital de la República, y se cuenta también que desde aquel entonces tiene el pie derecho salido hacia afuera, como para demostrar á los tiempos venideros, á estas generaciones por excelencia incrédulas, la irreparable contraseña del prodigio que realizó.

De aquel tiempo acá muchos han pretendido que el Señor de la Portería les regale también sus valiosas sandalias, y sólo con ese objeto han concurrido á la capilla que le sirve de santuario, procurando imitar en todo á don Pedro Rodrigo; pero el Señor que sabe que aquellos no tienen el fervor ni la fe del primer agraciado, se está desde entonces con sus sandalias, ó al menos no he tenido conocimiento de que las haya vuelto á dar.

VII

Don Sudjerio recibió pocos días después de manos de don Pedro, los doscientos cincuenta pesos que le había dado;

cantidad que el platero tomó lleno de júbilo, dándose golpes en el pecho al ver que volvía esa plata á su poder, y por la cual había maldecido tantas veces al infortunado padre de familia.

Cierta mañana un gran grupo de personas se agolpaba en la larga, fea y estrecha calle de la platería de don Sudjerio Petralva. Era el espectáculo que en el interior del taller se veía, verdaderamente terrible: la tienda había sido completamente saqueada, y lo que era peor, el platero, desfigurado, casi desnudo, yacía ahorcado en su propio lecho, y el largo pañuelo que tan horrible muerte le había proporcionado, lo conservaba aún atado al cuello . . .

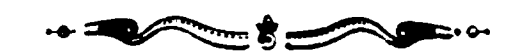
La justicia hizo lo posible por descubrir el autor ó autores de este crimen, y no tuvo contra quién fallar. El que falló fué el pueblo, pues dijo que las alhajas se las había llevado Mefistófeles, porque todo era mal adquirido; y que la mano invisible de aquel mismo personaje ahorcó al platero por mala lengua, por avaro, por infame.

¿Sería esto verdad?

Mi opinión ante estas aseveraciones es que, dicho está: "Vox populi, vox Dei".

Quedas inteligenciado, respetado lector de este folleto, si es que lo ignorabas, del gran milagro del glorioso Señor de la Portería; y cuando veas las imágenes de este Señor, sabrás ya lo que significa aquel reo que, cargado de cadenas, rodeado de soldados y con la muerte en los ojos, está contrito, humillado, penitente, postrado ante el altar.

Y para concluir dos palabras. Nuestro buen don Pedro vivió mucho tiempo cómodamente con su familia, merced á lo que le dió el Señor; pasó una renta mensual á la viuda del platero, que quedó en la más espantosa miseria; tuvo el gusto de asistir á las bodas de sus seis hijos, y fué abuelo de muchos chiquillos que le amaban entrañablemente; llevaba y hacía practicar á toda su familia una vida verdaderamente cristiana; y murió en olor de santidad en brazos de su amante esposa y rodeado de todos sus descendientes, á quienes bendijo paternalmente antes de entregar su alma al Creador.





CORAM POPULO.

A Federico Escobar.

I

La Gloria, . . . la Gloria: ¿qué es aquello?

Lo ignoro; sólo me consta que los hombres sucumben por obtenerla.

Debe ser algo muy bello.

No lo sé; pero todo ser consciente la desea, la busca, sueña con ella . . .

II

Acaba de llegar un gran General; ha ganado muchos combates, ha merecido cien medallas por sus proezas, mil coraceros resguardan su soberbia carroza. El pueblo le aclama frenético. Los cortesanos no le dejan ni comer, ni dormir, ni descansar siquiera. No puede salir á la calle sólo porque el pueblo lo ahogaría por verle, por aclamarle, por conocer á tan ilustre guerrero . . . ¡Le quieren tanto! ¡Es tan grande su fama y su poder!

III

. . . Y *eso* es la Gloria.

. . . Y por obtener *eso* sucumben los hombres á millares.

. . . Y ¿esa será una vida muy buena, esa de tener Gloria, Fama, Poder?

—No lo sé.

IV

GLORIA quiere decir TORMENTO, y yo no soy amigo de él, como creo que nadie lo será.

Pero es que la mayoría no lo ve, porque la Gloria despide una luz tan fuerte que hace cegar.

A Dios, de todo corazón le pido yo: que nunca me ciegue esa luz; que me deje vivir en mis tinieblas, pero sin tormentos; que me deje vivir en la oscuridad, pero sin sobresaltos que me torturen el alma.



HISTORIA DE UN NIÑO.

A L. Torres Abandero.

I

La madre de Arturito, de aquel pequeñuelo tan sabido que conocí durante mi permanencia en la bella isla de ***, estaba enferma, era presa de una dolencia mortal, y los dos facultativos que en el pueblo había, no daban la menor esperanza acerca de su salvación.

II

Paseábame una tarde por la orilla de la mar, contemplaba, melancólico, aquella llanura inmensa de color verde oscuro —¡aquella llanura inmensa que me separaba de mi Patria, de mi hogar y de mis amores!—agitada siempre, siempre bulliciosa, cual si fuera

"la atronadora voz de lo infinito";

y admiraba las maravillosas obras del Supremo Sér, cuando vino á sacarme de mi contemplación la voz de Arturo que, según su costumbre, me saludaba desde lejos.

III

Cuando hasta á mí llegó, notar pude que venía muy sobresaltado.

—¿Qué hay?—le dije—¿Ha empeorado tu mamá?—Contestóme el niño afirmativamente y se echó á llorar, pero de una manera tan tierna y desgarradora que me llenó el corazón de profunda tristeza y lo miré compadecido.

—¿Verdad que me quiere mucho mamá?—sollozó Arturo, limpiándose con el revés de la mano, las lágrimas que el llanto había hecho brotar de sus ojos azules.

—Sí—le respondí,—tu mamá te quiere mucho, te adora; dice que sólo tú eres su encanto y su consuelo, y que si tú murieras, ella también moriría de pesar. ¿Puedes creer tú que hayan madres que no quieran á sus hijos?

—Y ¿por qué llora cuando me besa?

—¡Ah! es que llora . . . porque te quiere mucho.

—¡Ay, Dios mío! y lo que mamá me suele decir, así de vez en cuando, que el día que ella muera me quedaré yo solito en el mundo y tendré que ir á donde la tía Marta!

IV

Aquel pobre niño, que apenas contaba siete años de edad, me inspiraba mucha simpatía, Parecíase á un hermanito mío á quien amaba con delirio y que tuve la desgracia de perder; por eso, al verme en tierra extraña, solo, indigente, proscrito, lejos de mi familia y de mi hogar, terriblemente atormentado por la nostalgia cruel que me torturaba el corazón; por eso, digo, consideraba una gran dicha para mí encontrar á un amigo fiel, á un inocente niño, que no tenía aún corrompida la conciencia y que no me volvería la espalda en los días de amargura y de tristeza . . . Desde el primer momento que vi á Arturo—que fué una hermosísima mañana de verano, á la orilla del mar,—me fué simpático, nos hicimos grandes amigos. Con su candor infantil me contó su historia, esto es, que la mamá estaba siempre enferma y que, sin que él supiera la causa,

cada vez que le imprimía un beso, se le llenaban los ojos de lágrimas. ¡Ah! pobre niño . . . no lo comprendía . . . era que muy en breve lo había de abandonar . . . Empezó á interesarme la historia de mi nuevo amiguito.

V

Arturo y yo nos llevábamos muy bien: el tiempo nos hacía más amigos. Llegué á tomarle tanto cariño que lo extrañaba muchísimo cuando no lo veía; él era mi invariable amigo, mi compañero inseparable de paseo por las playas del mar.

Un día me llevó á casa de la madre, y aún recuerdo aquel rostro escuálido, aquella amabilidad exquisita con que me trató la pobre señora; era joven aún, pero consumíala una terrible enfermedad, una mortal dolencia, la tisis.

Viuda pocos meses después de sus nupcias, vivía sola, triste, desconsolada, con sus recuerdos venturosos de otros tiempos, de los que sólo le quedaba Arturo, su hijo póstumo; no olvidaba jamás al hombre que un día la llevó al pié de los altares para jurarle amor.

Y por fin aquel profundo recuerdo, aquella continua pena que había tomado hondas raíces en el atribulado corazón de la madre de Arturito, tuvo su resultado fatal: la tisis.

Pero á pesar de su penosa enfermedad y de sus sufrimientos, sólo dos pensamientos embargaban el alma de aquella fidelísima mujer: el de su esposo y el de su hijo.

¡Amores sublimes! ¡Amores santos!

VI

Estábamos en pleno invierno.

Las mañanas, por lo general, eran frías, tristes, melancólicas.

Pues bien, en una de aquellas mañanas de invierno, tan sombrías que inspiran miedo á las almas enfermas, en una de aquellas nebulosas mañanas falleció la madre de Arturo, mi pequeño confidente y amigo.

VII

En cuanto me comunicaron la fatal noticia, aunque era muy temprano y llovía á cántaros, vestíme apresuradamente y me dirigí á casa de mi inseparable compañero de paseo por la orilla del mar.

VIII

¡Qué cuadro tan desgarrador se presentó á mi vista al traspasar los umbrales de aquella humilde habitación!

Jamás lo olvidaré, porque se ha quedado impreso en mi memoria: el cura y dos ó tres mujeres del pueblo—inclusa la señora Marta, parienta lejana de la fallecida,—acompañaban el miserable féretro; y Arturito, aquel amante hijo, aquel hermoso niño de ojos azules, "azules como el cielo", azules como los alegres pajarillos que cantan sus amores revoloteando por entre los árboles de nuestras vírgenes selvas, abrazaba llorando y cubría de besos ¡ay! el yerto cadáver de la madre muerta.

IX

Transcurrió una semana desde el infausto suceso, y luego otra y otra.

Arturo, tal como la madre lo había previsto, sin tener ninguna otra clase de familia á quien volver sus ojos, pasó á casa de la señora Marta, de la cual obtuve permiso para visitar al niño un momento todos los días.

Cada día encontraba á Arturo peor de salud. Se iba consumiendo de aflicción y de tristeza.

X

La desgracia inspira compasión y simpatía, á la vez; y la suerte de aquel niño me interesaba más cada día.

Arturo seguía mal. Estaba enfermo de cuerpo y alma. Sólo pensaba en su querida mamá, en aquel inmenso bien que había perdido para siempre.

Todo puede encontrar el hombre por segunda vez sobre la tierra: el honor puede reivindicarse; la fortuna puede volverse á obtener; una buena esposa—verdad que son casos rarísimos,—puede ser dignamente reemplazada; pero la madre... La Providencia tan sólo una nos concede, la cual una vez perdida, jamás se recupera.

¡Y qué dulce, y qué consolador es el nombre de madre!

Él mitiga nuestras penas.

Él nos recuerda nuestros primeros tiempos, los tiempos queridos de la infancia, los adorados tiempos que pasaron . . .

Él es, en fin, "El nombre más tierno de cuantos encierra el Diccionario", según la feliz expresión de Severo Catalina.

XI

Como he dicho, mi amiguito empeoraba por momentos: el hermoso color de rosa de su semblante, habíase transformado en una intensa palidez: los lindos ojos azules, "azules como el cielo", azules como los sueños de amor de una virgen, habían perdido su extraordinaria viveza y estaban enrojecidos por el llanto.

Cierto día encontré á Arturo gravísimo. Una fuerte fiebre lo tenía subyugado de tal manera que ni hablar podía, porque aun para ello le faltaban las fuerzas: la debilidad era extremada, la catástrofe segura.

No conversamos nada aquel día.

—Quiero ir donde mamá,—fué lo único que me dijo.

Luego quedóse profundamente dormido.

XII

Durante algunos minutos estuve contemplando al pobre huérfano, y mil pensamientos acudieron á mi calenturienta imaginación.

¡Cuántos hijos hay que sienten muy poco, ó nada, la muerte de los autores de sus días!

Pero aquellos hijos son unos desnaturalizados.

Desgraciado el hijo que no respeta á sus padres, que no los venera, que no propende á su felicidad, á su bienestar, á su

dicha, á hacer dulces y pasajeros los últimos días de sus padres. Aquel hijo debe estar maldito de Dios, porque los hijos malos merecen la maldición eterna.

Jesucristo, el gran filósofo de Galilea,

"El que la frente erguida levantaba
Más que de Horeb la cumbre",

como dice el abate Marchena, nos enseña á amar á nuestros padres. El Hijo del Eterno adoraba á su santísima madre y debemos imitarlo.

¿Qué felicidad más grande para el hombre que tener madre?

Bendita una y mil veces, "con todas las bendiciones del cielo y de la tierra", esa mujer querida á quien llamamos MADRE.

XIII

Si algo de divino existe en este valle de miserias; si algo sublime se encuentra en este inmenso fango, perenne "carnaval de lodo"; si hay algo verdadero en medio de tanto engaño; si hay debajo del sol algo puro, ingenuo: ese algo sólo es el amor de una madre. "La prueba más evidente de la existencia y de la bondad de Dios, escribe Soto Hall, es el amor maternal".

De los amores, atrévome á decirlo, es el único verdadero.

Todos los demás sólo son fantasías, veleidades y farsas y mentiras.

No quiero merecer el calificativo de *pesimista;* concedo que hayan algunas excepciones, pero muy pocas, lector, muy pocas.

Al fin pude salir del ensimismamiento que me dominaba y volver á la realidad.

Me despedí de la señora Marta, y salí de aquella casa de campo fuertemente impresionado. Sentía la cabeza grande, bajo mi cráneo se había desarrollado una tremenda tempestad, como aquella de que nos habla el gran Víctor Hugo en una de sus inmortales novelas.

XIV

Al día siguiente, cuando me encaminaba á la casa de la señora Marta para ver á Arturo, me encontré con ésta en el camino y con gran pesar me comunicó que Arturito, que aquel hermoso niño de ojos azules y blondos cabellos, acababa de espirar . . .

—Ha muerto de amor, señora,—fué lo único que le dije;—la separación eterna de la madre, á la cual quería entrañablemente, lo ha conducido al sepulcro.

XV

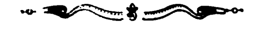
Y así era en efecto.

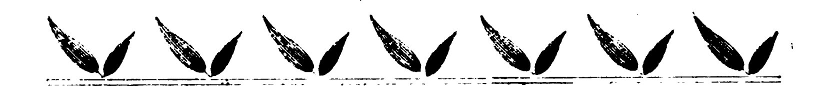
Aquel tierno arbolillo tuvo que sucumbir porque le faltó el bienhechor rocío, porque en la infancia se vió privado de las tiernas caricias, del dulce ósculo, del calor perfumado del seno maternal.

Por eso sucumbió al comenzar la vida y encontró abierta la fosa á pocos pasos de la cuna.

No quiso seguir el camino de la existencia sin esa amante amiga, sin esa angelical mujer que tanto nos ama, que tantos cariños nos prodiga y que, solícita, sacrificara hasta su propio sér por nuestra felicidad.

No quiso emprender solo el camino de la vida, de espinas y de abrojos lleno, y prefirió morir . . . ¡No tenía MADRE!





LA MADRE DEL SOLDADO.

A Luis Vernaza.

Ya los ecos lejanos del cañón no suenan. El combate ha terminado. El campo de batalla presenta un espectáculo desolador: aquí un muerto; allá un herido que se queja amargamente, y pide agua para apagar la sed que le domina, que le atormenta, que le mata; allá á lo lejos el vencedor. Las dianas atruenan, suenan las músicas, y los alegres sonidos filarmónicos son la oración fúnebre de los heridos que expiran dipersos en el campo, anegados en su propia sangre . . .

A lo lejos se divisa una mujer.

Es la anciana madre que busca al hijo, que tal vez ya no existe; es la tierna madre de un soldado.

Recorre el campo. Reconoce á los cadáveres uno por uno, para ver si encuentra el de su hijo . . . Mas no le halla.

—¡Virgen Santísima!—exclama de pronto la anciana—¿qué veo? . . . ¿ése . . . ése no es mi hijo? . . .

—Sí, madre mía, sí, yo soy su hijo; estoy herido . . . tráigame usted un poquito de agua, para calmar la sed que me mata más que la herida.

—Corro, hijo de mis entrañas, corro en busca de agua. . . ¿oyes? . . . ya vuelvo.

Y la anciana se dirige á una pobre casucha que á lo lejos se ve.

Y no encuentra agua.

Se dirige á otra; tampoco halla el agua que tanto desea...

Corre la pobre madre hasta el pueblo vecino, y regresa al campo con el agua, en busca de su hijo . . .

Pero éste no pareció.

—¡Dios mío! ¿qué es de mi hijo?—exclama la madre desesperada. . . .

Pasa un oficial del Ejército vencedor, y le dice la anciana :

—¡Señor! ¿podrá usted decirme á qué parte ha sido trasladado el herido que estaba aquí?

—Sí, señora, murió ya y á esta hora debe ya estar incinerado . . .

La anciana duda aún, se cree engañada, y, con un jarro de fresca agua en la mano, recorre el campo en busca del hijo de sus entrañas . . .



EL POLVO AZUL.

Paseábame una noche por el *Parque Seminario*, aburrido con el calor que en esta bendita tierra tiene á todo prójimo medio lelo, y daba vueltas por las bien pavimentadas avenidas de aquel elegante paseo, buscando á alguno de mis compañeros de Bohemia con quienes suelo reunirme, cuando al pasar por la Glorieta vi un papel en el suelo, carta al parecer, y después de convencerme de que nadie me observaba, pues el Parque estaba casi desierto, me apoderé del manuscrito, lo guardé cuidadosamente y me dirigí á mi casa con el objeto de imponerme de su contenido. Hé aquí lo que decía :

"Quiero confiar al papel lo que me sucedió hace un año : soy un joven muy tímido y las muchachas coquetas me asustan. No pensaba jugar con Angelina Orbós el tal carnaval, ese maldito juego que he detestado siempre; pero como Pateta mete su rabo en todo, el último día de carnestolendas vino un amigo trayéndome un poco de polvo azul y

—Mira—me dijo—déjate de estar encerrado en tu cuarto con la cara triste, hoy que todos estamos más alegres que un cura de pueblo rico. ¿Entiendes?

—Y ¿qué debo hacer?—contesté con mi calma habitual.

– ¡Hombre! no demora la señorita Orbós, que viene á jugar con tus vecinas, y ella me ha manifestado deseos de encontrarte allí.

—Bien—exclamé ya tentado, porque Angelina no es del todo despreciable,—si ella lo desea . . .

—Sí, chico, sí, no seas tan tímido, tan tonto, que mu-

chas cosas buenas vas perdiendo ya por tu carácter . . . Ya sabes, pues; así que Angelina suba, sales con el polvo y la dejas nueva . . .

—¿Convenido? . . .

—Convenido—dije resueltamente.



En efecto, no habían transcurrido diez minutos del diálogo anterior cuando sentí en la escalera la argentina voz de Angelina, que venía

"vestida de blanco,
con cinta rosada".

Yo, que estaba bien armado, salí de mi cuarto, la saludé afablemente, tomé mi polvo azul y . . . ¡zis! . . . ¡zas! la dejé más azul que una estrofa de Rubén Darío ó Julián del Casal.

Y ¿qué piensan ustedes que hizo *la niña?* Pues se me avalanzó como una fiera, de un tirón me deshizo el lazo de la corbata, me arrancó también el cuello postizo, de la camisa, se entiende; me obsequió con un buen aruñón en el carrillo izquierdo; casi me extrangula, pero felizmente le faltaron las fuerzas, y decía mirándome horriblemente:

—¿Habrá cochino igual? . . . ¡Vean ustedes cómo me ha puesto! . . . ¡Con azul no juegan los caballeros! . . . ¡Pedazo de malcriado! . . . ¡Mozo estúpido! . .

Yo estaba fuera de mis casillas, colérico, irritado, al verme ultrajado tan bárbaramente por una señorita á quien las polleras hacían inmune . . . y, á un descuido de mi terrible adversaria, me entré en mi cuarto y cerré la puerta inmediatamente, con la cabeza caliente y los pies fríos, para no sufrir nuevas humillaciones . .

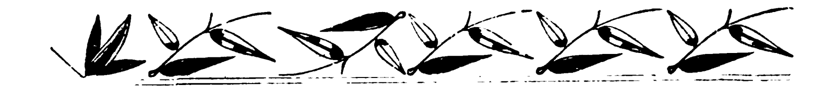
Y como á mí todo lo que me sucede me gusta apuntarlo para tenerlo presente y para mi gobierno en lo porvenir, escribo estas líneas y tomo esta resolución: no jugar carnaval ni con mi abuela.

P. P. W."

Así terminaba aquel manuscrito que me interesó más de lo que ustedes piensan y volví á salir de mi habitación decidido á averiguar, á sacar en limpio quién era el tal P. P. W.; y después de muchas pesquisas y de mucho atar cabos, he venido en conocimiento de que el hecho que relata el escrito, es histórico; que P. P. W. hizo las paces con Angelina Orbós; que hace dos meses recibieron la bendición del cura; y que—no hay que dudarlo, lector amigo,—en este carnaval se untarán polvo azul hasta que San Juan agache el dedo, como dicen; y ni Angelina volverá á aruñarle el carrillo izquierdo, ni don P. P. W. se verá precisado, con la cabeza caliente y los pies fríos, á cerrar la puerta de su cuarto para evitar nuevas humillaciones . . .

SEGUNDA PARTE.

ARTICULOS VARIOS



LOS TIEMPOS DE LA INFANCIA.

A Ricardo Aguirre.

¡Feliz aquel tiempo en que se comienza á vivir!

¡La primavera de la vida!

En esa edad bendita todo nos parace hermoso como los sueños del poeta.

No podemos distinguir aún el bien del mal y somos dichosos, "como Adán y Eva en el Paraíso antes del pecado".

Nuestro corto número de años no nos permite discurr'r ni pensar y sólo indistintamente, con lengua pesada, floja, insegura, apenas podemos balbucear este dulce nombre: ¡Mamá!

¡Oh! y ¡cuánto gusto para nuestros padres al oirnos hablar! ¡Sus corazones rebosan de alegría ante la primera palabra que han pronunciado los labios de su hijo adorado!

¡Qué felices, qué grandes, qué encantadores son los tiempos de la infancia! . . .

Empezamos á vivir é ignoramos cuánto se sufre habitando en el mundo.

Porque el mundo es un valle de lágrimas y todos tenemos que sufrir . . .

¿Quién es el que goza en el mundo? ¿El qué posée riquezas?

¡No! . . .

Todos sufrimos, porque la tierra es un valle de desdi-

chas y desventuras y no puede haber felicidad completa donde se llora . . .

***

¡Benditos sean aquellos tiempos felices en que recibía los dulces y amorosos ósculos de mis padres!

¡Han pasado ligeros, fugaces, veloces, como pasan todas las cosas del mundo, pero quédame de ellos la memoria que es imperecedera!

¿Quién no tiene un recuerdo grato de su niñez? . . .

¡Siempre quedan impresos en nuestro corazón con caracteres indelebles ciertos recuerdos infantiles que no se borrarán jamás!

En la infancia está el hombre á salvo de feos pecados.

Los niños no tienen envidia.

¿Acaso tienen envidia los ángeles? . . .



Y . . . ¿no hay razón para bendecir nuestros primeros meses? ¿Esos meses que los pasamos entre mantillas y arrullados en el regazo maternal?

¡Oh sí! . . . de los días de la vida del hombre esos han sido, sin duda, los más apacibles, hermosos y encantadores!

Esos días en los que nuestros padres cariñosos nos colmaron de solícitos cuidados para que no se apagara la débil y macilenta luz de nuestra existencia.

Si "recordar es vivir", como ha dicho un reputado vate, yo vivo al recuerdo de los tranquilos días de mi infancia . . .

Contémplolos hoy tan lejos . . . sin poder impedir que se alejen más y más, no sea que los olvide . . . pero ¿cómo? ¿quién detiene la marcha de los años? ¡Ay! . . . ¡se alejan! . . . ¡se alejan sin cesar!

Y ¿acaso se los puede olvidar?

¡No! esos recuerdos forman parte de nuestra existencia y no se pueden olvidar jamás, sino recordarlos . . . recordarlos siempre con lágrimas de ternura . . . recordarlos siempre para bendecirlos . . .

¡Días felices de mi infancia: yo os bendigo!



LO PASADO.

Los siglos á los siglos se atropellan;
Los hombres á los hombres se suceden,
En la vejez sus cálculos se estrellan,
Su pompa y glorias á la muerte ceden.
. . . .
. . . .

ESPRONCEDA.

¡Con qué respeto se mira lo pasado!

¡Lo que ya pasó se mira con respeto, porque lo merece!

Reflexionemos un momento en los tiempos que fueron y veremos desfilar ante nosotros esa multitud de ilustres nombres de personas que ya no existen.

Lo pasado, lo antiguo, inspira respeto y veneración.

Las edades pasadas, nuestros mayores, merecen veneración y respeto.

Las edades, los hombres, las cosas, se suceden sin interrupción. Ahora somos jóvene , sanos, robustos, hasta cierto número de años; transcurrirá el tiempo, y nosotros, á semejanza de ellos, también iremos á lo pasado.

Nuestros negros cabellos, nuestro rosado semblante, nuestros miembros con la energía vital de la robustez: tenemos la apostura de un gallardo mancebo.

Eso es la juventud, es decir, el período florido de la existencia.

Y ¿después? . . .

¡Ah! . . . Después vendrán los años . . . ¡Veremos

sucederse ante nosotros navidad tras navidad, invierno tras invierno, mes tras mes, y nosotros, impasibles, confiados, serenos como hasta hoy, caminaremos hacia la eternidad! . . . Después, nuestros cabellos negros como el azabache, se tornarán blancos como la nieve, merced á la influencia de los años. En nuestro rostro se dibujarán grandes y profundas arrugas, y se pintará la gravedad en nuestra faz; nuestro alegre espíritu adquirirá la tristeza del alma y la congoja será nuestra fiel compañera. Nuestras fuerzas, nuestra robustez, todo, absolutamente todo, se destruirá con los achaques propios de la edad madura: nos volveremos molestos y pesados como si hubiéramos vuelto á nacer. Y quien sabe si algún niño mimado á una exigencia nuestra osará decir "viejo tan fastidioso . . ."

Oh, niño! no digas tú eso, respeta la ancianidad, ofrécele tu apoyo y serás feliz. Ese anciano de cabeza blanca como la espuma del mar, de paso tardo é inseguro, cuerpo encorvado por el peso de los años, fué niño como tú. Poseyó en un tiempo cabellos muy negros, podía andar con vigor y ligereza, tuvo la frente levantada y erguida cual esbelta palmera en la flor de sus años; jugó cuando niño, y, como tú, durmió arrullado por aquellos inocentes cantos que para hacernos dormir entonan nuestras madres con melodiosa voz . . . tenía padres cariñosos que lo amaban mucho y le llamaban su "serafín", su "ángel", su "niño". Después . . . han pasado los años, ya no tiene padres cariñosos, ya no duerme arrullado como en sus primeros años por los inocentes y melodiosos cantos que entonaba la autora de sus días, ya pasaron aquellos tiempos venturosos que él recuerda con lágrimas, ya no recibe los besos puros, ingenuos, verdaderos, de la mujer á quien debiera el sér.

Los años han pasado; la madre, siguiendo la inevitable ley de la naturaleza, ha bajado á la tumba.

Ahora él es un viejo, ha vivido mucho tiempo en el mundo, ha pasado días muy funestos y sabe los desengaños y las amarguras de la vida . . . ¡Respétalo! . . . ¿Por qué le dices "viejo" con tanto desprecio como si lo insultaras? ¡Oh, niño! tú también llegarás á la senectud y serás decrépito como ese venerable anciano. Lejos de enfadarte, préstale tu ayuda, bríndale tu brazo para que le sirva de apoyo, ¡tú que estás joven y lleno de vida!

Después . . . ¡ah! . . . después transcurrirán más años. De este anciano que tanto ha vivido no quedarán sino las cenizas, y tú, como él en otro tiempo, necesitarás de un brazo generoso que te ofrezca su apoyo y te sirva de báculo.

¡Esta es la vida humana! ¡Esta es la causa por la cual respetamos la ancianidad!

Algún día todos nosotros, amigos y enemigos, bajaremos á la tumba y en ella terminarán para siempre nuestros odios y rencores, nuestros pensamientos y esperanzas . . .

Estamos caminando hacia la enternidad: cada año, cada mes, cada día que pasa ante nosotros, es un paso más en el camino de lo ignorado.

Las horas se suceden sin interrupción, pero no vuelven: un minuto, un segundo, pasan para no volver más.

Nosotros bajaremos al sepulcro unos primero, otros después, pero todos seguiremos por el camino y sólo quedará como recuerdo nuestro las buenas obras si hemos sido justos, y si perversos, el eterno baldón é ignominia junto con las frías cenizas.

Como los primeros, figuran en la Historia la veneranda memoria de Cristóbal Colón, la de Isabel la Católica, cuyo recuerdo los hombres han consagrado en la auréola de la inmortalidad. Entre los segundos, está Herodes el Idumeo, el bárbaro Emperador romano que se llamó Nerón, y tantos otros de los cuales no quedan sino recuerdos tristes, aciagos, sangrientos.

***

Nosotros miramos tan lejos las edades que fueron siglo XV . . . XVI . . . ; así nos mirarán también lejos, muy lejos, nuestros descendientes del siglo XXV . . . á nosotros, los que existimos en el siglo de la civilización, de las luces, en el siglo XIX.

Con ellos pasará lo mismo.

¡Esto es la eternidad!

Por eso miramos con tanto respeto las tumbas, porque ellas simbolizan las edades pasadas, los hombres que fueron . . . Allí, entre los que ya no existen, están nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros parientes y amigos. Por eso aquella

veneración santa y sublime que nos inspira lo pasado, por eso aquella reverencia por lo antiguo.

Solamente hay un Sér que no pasa nunca, ni se envejece, ni muere, porque es Divino: un Sér infinitamente grande y bueno que nos ha creado, que nos protege y vela por nuestra felicidad, que nos ha adoptado como á hijos, y nos espera con el premio ó el castigo, según nuestras acciones durante la peregrinación por este mundo, tan lleno de miserias y veleidades.

¿Sabéis quién es aquel Sér?

DIOS.



LA ENVIDIA.

A J. B. Jouvín Arce.

Hé aquí una de las más feas pasiones humanas: la envidia ¡qué vicio tan horrible!

La envidia conduce al hombre á vergonzosos hechos; es causa de infinidad de crímenes; por ella es muy desgraciada la humanidad, por ella han descendido muchos desgraciados al cadalso.

Por la envidia hay demonios.

Luzbel se rebeló contra Dios por envidia, y cayó al insondable abismo del Báratro.

La envidia fué causa para el primer fratricidio que se cometió en el mundo. Caín era envidioso de las virtudes de su hermano Abel, y lo sacrificó en aras de su pasión.

Desde entonces ¿cuántos Caínes no ha habido en la tierra? . . .

La envidia termina por concluir con el pérfido pecho que la alimenta.

¡Cuántos hay que por la envidia viven dentro de su pecho ahorcados!

Porque la envidia roe el corazón humano, lo pervierte, lo pudre hasta que acaba de destruirlo por completo.

El envidioso sufre con la dicha ajena.

El envidioso es un sér que causa repugnancia.

Si en el envidioso pendiera, no permitiría en el mundo á persona que gozara de más comodidades que él. No hay co-

sa que tanto degrade al hombre como la envidia, ha dicho Cicerón.

¡Ah! La envidia . . . ¡qué palabra tan grandemente aterradora! . . .

¡Dios nos libre de esas víboras humanas que se llaman envidiosos!

***

El envidioso es el mayor enemigo de sus semejantes. Es la envidia pesadilla eterna para el infeliz que se deja poseer de ella.

La vida del envidioso está llena de sinsabores y de amarguras; encuentra enemigos en cuantos le rodean; su ánimo no puede disfrutar nunca de la bendita paz.

A cada paso encuentra motivos de disgusto.

¡Pobre hombre! . . . no sabe cuán benéfico es el bienestar; no puede gozar jamás de la tranquilidad del alma, que es la mejor de las tranquilidades.

Su espíritu está siempre abatido buscando víctimas para su hórrida pasión.

"La palidez—dice Ovidio—está sentada en su rostro, en su cuerpo todo la flacura; mira siempre con atravesados ojos, sus dientes están cárdenos, reboza hiel en su corazón, en su lengua no hay más que ponzoña, y la risa está desterrada de sus labios, excepto cuando se goza en los dolores del que padece."

¡Qué pecado tan feo es la envidia!

¡Y que pueda abrigar el corazón del hombre tal afecto!...

¡El, que fué creado para fines tan grandes!

***

No hay honra, no hay virtud para la lengua del envidioso; se vale de calumnias y artificios para acabar con su víctima.

En lo más puro, en lo más reluciente, en la reputación más bien sentada, derrama su baba asquerosa, pestilente, mortífera, sembrando la desolación y el llanto en derredor . . . Compañero de Luzbel, envidioso voraz, sobre ti pesa una gran responsabilidad.

Las lágrimas de los que lloran por tu causa caerán sobre tu cabeza como gotas de plomo derretido y sentirás sobre ti la justiciera mano de la Providencia.

Levanta testimonios y calumnias, injuria al inocente, que día llegará en que tiembles ante la presencia del Juez inexorable que te pedirá cuenta de tus obras.

Has desacreditado la virtud por la envidia.

Por la envidia has calumniado la honradez.

¿Habrá perdón para ti? . . .



LA MAYOR RECOMPENSA.

¿Véis allí aquella triste cruz, símbolo santo de la redención del hombre, toscamente labrada, sola, sin laureles, sin glorias, sin recuerdos? ¿La véis?

Es una tumba. Es el sepulcro de un héroe, sí, de un héroe, de un mártir . . . Y sin embargo . . .

—¿Cómo,—me diréis,—así son las tumbas de los héroes, tan solas, tan humildes?

—Sí: era soldado. Luchó con bravura por su caasa, por la exaltación de la Justicia y el Derecho; luchó muchísimo por la libertad de su querida Patria, que esclava yacía . . . fué un valiente; sucumbió en la demanda . . . y . . . hé ahí su tumba! . . .

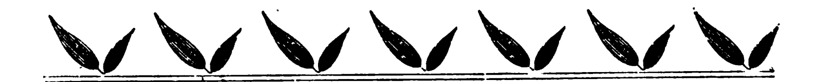
Así es la tumba del guerrero valeroso, del soldado, para quien no alumbra la luz esplendente de la gloria . . .

Así es la tumba del héroe inédito, así, así como esa ¿la véis? una triste cruz, toscamente labrada, sola, sin coronas, sin glorias, sin recuerdos . . .

—¿Y esto por qué?

—Porque ese héroe fué soldado; y el soldado, por más valiente que sea, por más patriota, si sucumbe en la lucha, es la mayor recompensa que esperar puede: una triste cruz, sola, muy sola . . .





ILUSIONES Y ESPERANZAS.

A Marcos B. Espinel.

¡Cuántas ilusiones hermosas no ha tenido el hombre desde que la luz de la razón iluminó su cerebro!

¡Ilusión es la vida! ¡Ilusión es el amor!

Todos tenemos ilusiones y esperanzas, todos forjamos pensamientos hermosos y bellos como una rosa de primavera.

¡Ilusiones y esperanzas benditas! sin vosotras no podría vivir el hombre, sin vosotras no tendría con qué alimentarse el alma!



Una joven bella como la diosa del amor, pero que no tiene esperanzas ni ilusiones, es ¡ay! como una linda flor de vívidos colores, pero que no despide el aroma que completa su hermosura . . . ¡pobre niña! . . . está muerta moralmente: no hay fuego en su corazón: no siente su alma!!

Para ese espíritu enfermizo está el horizonte de la vida negro, muy negro . . . quizá como sus ojos. ¡Pobrecilla! . . .

Sílfides hermosas de labios de coral, si no tenéis ilusiones, si en vuestro corazón no tiene cabida la esperanza, si vivís como séres exóticos, indiferentes al amor y á la felicidad; estáis muertas ¡en la juventud! cuando debíais brillar con luz inmarcesible, cuando debía quedar esa estela luminosa, siempre brillante, de vuestra edad florida.

La juventud, cuando no tiene ilusiones ni esperanzas, es un infierno; merece compasión.



De ilusiones se compone la vida del hombre; de esperanzas se mantiene.

¿Quién es aquél que nunca ha tenido ilusiones?

¿Cuál el que jamás ha sentido latir su corazón al influjo de venturosos pensamientos?

Nosotros pensamos que ninguno, porque para todos hay momentos en que la imaginación, en alas de un poder superior desconocido, se forja hermosas y divinas ilusiones.

La esperanza cura la nostalgia, las ilusiones dan vigor al corazón: esperanzas é ilusiones abren en lo porvenir, á nuestro espíritu abatido, nuevos caminos esplendorosos y brillantes.

Es casi imposible que una persona pueda existir sin tener ilusiones y esperanzas; ellas son indispensables para la vida, así como es indispensable para la lozanía de las plantas, el rocío de las nubes.



Pero una ilusión perdida, una esperanza frustrada, es á no dudarlo, una gran fatalidad . . .

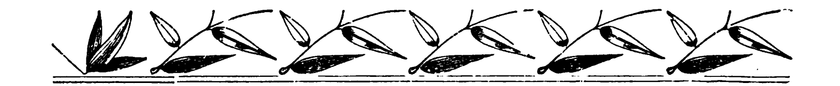
¡Con cuánta razón dijo el poeta:

. . . .
. . . .
"Las ilusiones perdidas
"¡Ay! son hojas desprendidas
"Del árbol del corazón!"

Porque son decepciones terribles que muchas veces han ocasionado la muerte á séres débiles y de apocado espíritu que no han sabido sobrellevarlas con valor. No han confiado en la esperanza que luego había de venir á prestarles nueva vida y á hacer revivir, de entre las cenizas, como el ave Fénix de la fábula, sus magníficos ensueños . . .

¡Qué benéfica es la esperanza!

Y es que la ilusión es hermana de la esperanza, y siempre deben estar juntas, así como deben estarlo, siempre, la belleza y la virtud.



EL CAMPO Y EL MAR.

A Rosarito de la Torre.

¡Felices, sí, felices los que han admirado la belleza incomparable del campo; los que han gozado de sus suaves y perfumadas brisas; los que han contemplado aquel majestuoso silencio que á meditar convida; los que han disfrutado de aquella hermosa libertad que sólo el campo nos ofrece!

En el campo es todo puro, encantador, delicioso como el ambiente que se respira, como la límpida fuente que murmura, como las bellísimas flores silvestres que pululan por doquier.

En el campo es muy hermosa la existencia: lejos de aquella deletérea atmósfera de las grandes capitales, pasa el hombre muy felices las horas de la vida, que se deslizan ligeras casi sin sentirlas, como pasa el viento por entre las ramas de los árboles, dejando apenas, como señal de su paso, un leve ruido, grata música que nunca fastidia y al son de la cual ¡ay! ¡cuántas veces ha cantado sus amores una pareja enamorada!

¡Sencillez sublime la de la naturaleza!

¡Bellísima soledad la del campo! En el desierto, así como en el mar, está reflejada la sabiduría inmensa, el poder infinito del Hacedor Supremo.

El cielo de la tierra es el campo; cielo lleno de himnos armoniosos, "gigantes y extraños" con los que, á su Autor, rinden homenaje las innumerables bandadas de pájaros cantores.

Ningún lugar más bello como el campo para adorar á Dios y admirar su grandeza.

El alma se extasía contemplando, en un plenilunio, el grandioso espectáculo del cielo en el cual brillan, á centenares,

las estrellas, y admirando el delicioso panorama del campo que nos convida á amar la libertad y á bendecir á Dios.



El campo y el mar: he aquí, en estos dos vocablos, encerrados los objetos más bellos, más grandiosos de todo cuanto encierra la naturaleza.

Desde el punto de vista estético, si exceptuamos el firmamento, no hay cosa más sublime en el Universo.

En el campo y el mar, es todo poesía.

En el campo y el mar, se medita y se ama.

En el campo y el mar, se recuerda, se contempla, y también ¡ay! se tienen tristezas y se derraman lágrimas, ya de placer, ya de dolor.

Porque el hombre, como dice Restrepo, llora en cada jornada de su vida.

En este valle lo único verdadero son las lágrimas.



¡Qué grandeza la del mar! ¡Aquella inmensa cantidad de agua, siempre en movimiento, sirviendo de morada á infinidad de séres vivientes que se albergan en su tenebrosa profundidad; aquella inmensa cordillera de montañas de agua; aquel cuadro bellísimo y terrible, á la vez, de contemplar tan sólo agua y cielo . . . y el horizonte negro que anuncia la aproximación de la tempestad . . . ¡Oh, qué escena! ¡qué terror el que se apodera del corazón entonces! . . .

Muy lindo es el mar, pero tiene peligros infinitos.

El campo es hermosísimo también, mas no tiene las terribles amenazas del Océano.

En pleno mar no se pueden mirar las riberas; la vista es impotente para descubrir la lejana orilla de la patria, á la cual, en muchas ocasiones, no regresó más el atrevido navegante, que confió en la perfidia de las olas . . .

En pleno campo la vegetación se presenta más exhuberante y bella y no encierra los peligros del mar.

El mar tiene cóleras, cóleras terribles que cuestan muchas víctimas.

El campo no tiene sino su ambiente puro y fresco y perfumado por las silvestres flores de que están cubiertas las llanuras.

El mar es voluble é hipócrita.

El campo es siempre el mismo: no tiene cóleras, como el mar, y siempre nos cautiva, nos convida á amar su soledad, nos ofrece sus sazonados frutos, sus sabrosísimas producciones.



Y sin embargo de todo, el mar es también de absoluta necesidad al hombre.

Por el mar se comunican lejanos países, unos con otros.

Por el mar nos viene la civilización de pueblos más ilustrados que los nuestros.

Por el mar nos vienen los productos del Asia, del Africa, que aquí no se cosechan; en una palabra, por el mar nos servimos de todo aquello que no nos dan nuestros hermosísimos campos.

¡Qué sublime sabiduría la del Creador, que proporciona todos los medios necesarios para el bienestar y perfeccionamiento de la familia humana!

¡Felices los que en el campo habitan, felices los navegantes que pueden admirar tan á menudo la sin igual grandeza del Supremo Sér y su bondad sin límites!





MONOLOGO DE UN TIRANO.

¡Todos me abandonan! ¡Unicamente la desgracia es mi inseparable compañera!

Mi ejército, derrotado completamente; los generales más adictos á mi persona, muertos . . .

¡Pobre de mí, caigo para siempre!

¡Adiós gratas esperanzas, ilusiones risueñas, adiós! ¡Y de qué manera caigo ¡oh suerte impía! Lleno de miedo y vergüenza, lleno de remordimientos grandísimos que me torturan el alma! ¡Moriré solo, pobre, desconocido en tierra extraña, sin volver á gobernar esta mísera Patria mía, á la cual he causado innumerables males! ¡Adiós para siempre ¡oh Poder! no podré vivir sin ti! . . .

Yo, que estaba acostumbrado tan sólo á mandar; yo, que tenía histriones, sumisos servidores que en todo me obedecían; yo, que manejaba á mi soberana voluntad y disponía á mi antojo del tesoro público, es decir, del sudor de este manso pueblo que no me despedaza; yo, en fin, que he sido siempre adulado, siempre respetado, siempre temido . . . voy á caer para no volver jamás á levantar. Y me encuentro solo, completamente solo en este despacho de mi casa, tan risueño en otros días. ¡Ay!

Llamo y no obtengo contestación. ¿Dónde están mis histriones, dónde están mis empleados á quienes mantenía á costa de mis extorsiones para arrancar al pueblo el pedazo de pan que se llevaba á la boca? ¿Dónde están mis esbirros? . . . ¡Ah, infames hombres, pobres cobardes, han huido de mi lado, por-

que ven mi inevitable caida, la furia popular que me destrona; porque me ven ya envuelto en este lodo inmundo que me ahoga!

Sí, sí, estoy solo, abandonado de todos menos de mi negra conciencia, de mis tétricos recuerdos . . .

¡Quisiera no tener memoria para no acordarme jamás de mis infamias!

Pienso huir, abandonar para siempre esta pobre Patria que tuvo la desdicha de contarme entre sus hijos, y no volverme á acordar más de ella; pero ¿qué acabo de decir? ¡Maldito de mí! no podré vivir nunca tranquilo, porque aunque vaya al fin del mundo, allá, siempre terrible y presentándome mis crímenes, tendré á la conciencia, terrible juez que me condena y á la memoria, desgraciada facultad, que me hace ver claros, muy claros mis asesinatos, las víctimas por mí sacrificadas, mis infamias; sí, mis asesinatos, porque el fusilamiento en política es un asesinato.

Pueblo de mi Patria: yo os odio á muerte y quisiera pulverizaros; mas ¡ay! soy impotente.

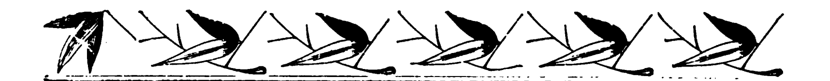
Periodistas de mi país, que denunciáis mis crímenes al mundo y levantáis con vuestra pluma la ola redentora que ha de perderme: quisiera degollaros uno á uno para mitigar así un poco mi vengaza.

Adulones míos, vasallos míos, histriones de mi palacio que besábais mis manos: á vosotros también os odio . . . . .

. . . .

¡Sombras aterradoras de mis víctimas: no me atormentéis en mi caida . . . ¡Ah! Qué furor, qué desesperación embarga mi alma! . . .





PENSAMIENTOS (*).

Aprendamos á conocer este mísero valle de lágrimas, por lo que les pasa á nuestros semejantes; aprovechemos de los ejemplos que nos ofrecen las vicisitudes de la vida de los otros, á fin de no caer en las mismas redes que ellos. ¡Feliz el hombre que tiene en cuenta lo que le pasó al vecino y sabe preservarse!



De entre la lobreguez de las prisiones; de entre los dolores que causan las esposas y los grillos; de entre el hambre, la sed y la desnudez, surgen los grandes caracteres y los *indomables*.



Visita sin anuncio, no vale; las visitas deben anunciarse siempre, ó al menos así suelen hacerlo las personas educadas. La muerte, pues, es una señora que no conoce ni por el forro el Carreño: jamás anuncia su visita, y, lo peor, es que el hombre se ve precisado á recibirla. ¡Qué señora tan malcriada es la Muerte!



Es innato en todo sér consciente, desear aquello que es difícil de conseguir, ó que jamás ha de obtener.

(*) Se publicaron por primera vez en *El Pensamiento*, revista litera de esta ciudad, en los números 1 y 2.



En las épocas de conmociones políticas, debemos creer *una* por cada *cien* noticias que nos digan, porque en estos tiempos el más estólido resulta *novelista*. Cuando llueve, todos nos mojamos.

⁂

Los pueblos son como aquellos volcanes apagados que, cuando menos se piensa, hacen explosiones terribles . . .

Así como un río cuando sale de madre todo lo invade y arrolla á su paso, así es el patriotismo popular, que una vez desbordado, echa abajo tronos, destruye coronas, *lincha* á mandatarios infames que han empañado su honra y oscurecido su porvenir, y sin respetar los diques de bayonetas que le cierran el camino, se lanza á la lucha y acaba con las más grandes tiranías.



Imperios que se levantan y llegan al apogeo de su esplendor para luego caer.

Ciudades hermosísimas, cuna de las ciencias y las letras, que son destruidas por el capricho de los más fuertes.

Hijos que se sublevan contra sus propios padres, por el deseo de ceñirse una corona.

Padres que luchan con los hijos.

Hermanos que se odian á muerte y se disputan un trono en los campos de batalla: ¡guerras horrendas, terribles, asoladoras, entre miembros de una misma familia!

Miles de hombres que perecen luchando por la ambición y el capricho de otro hombre.

Odios inveterados, aterradores, sangrientos, que se heredan á la par que el trono y la corona: odios que se suceden de padres á hijos, de generación á generación; inquinas eternas, como la que existió entre Carlos V y Francisco I.

Naciones que conquistan para ser conquistadas á su vez.

Crímenes infinitos.

Luchas y más luchas; intrigas y perfidias diplomáticas.

Y, por último, hombres superiores—guerreros, políti-

cos, sabios—que aparecen en el escenario de tiempo en tiempo, y que brillan como astros de primera magnitud, dejando su nombre al siglo en que vivieron.

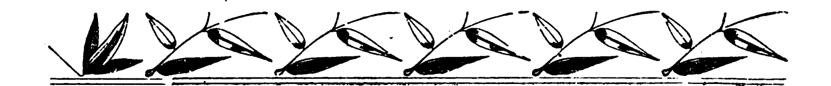
¡Hé ahí la historia de la humanidad!



Ayer oimos á una beata, á una de aquellas personas que no saben ni á cuántos llega el siglo en que vivimos, que juzgaba á Juan Montalvo; y—¡cosas de beata!—hablaba *pestes* contra el ilustre ambateño. ¿Habrá otra cosa peor en el mundo preguntamos nosotros, que oir el dictamente de los estúpidos?

Cuenta la Historia, que cuando á principios del siglo XIII, salieron los mongoles de las regiones de Asia, al mando, de su Rey Temidgín—el mismo que después, engreido por sus grandes conquistas, tomó el nombre de Gengis-Kan,—la Europa entera se consternó ante esta terrible invasión, y se agitó "más bien para pedir al Cielo, que para defenderse, habiendo añadido la Iglesia á sus letanías esta deprecación: *A furore tartarorum, libera nos Domine*".—Pues bien, si en nosotros pendiera, á imitación de los buenos cristianos del siglo del Seráfico de Asís, agregaríamos á nuestras letanías, lo siguiente: "*A furore brutorum, libera nos Domine*".

—¿No te parece buena la idea, lector amigo?



DIVAGACIONES.

"Yo afiligrano ropajes regios de princesas orientales; yo narro los cuentos de las hadas blancas; yo templo el arpa eólica de las sílfides enamoradas, que miran, bellas é indiferentes, sus formas seductoras retratadas en las límpidas aguas del lago al cual acuden á sumergirse y chacotear con las ondas; yo siento en mi pecho aquel no sé qué del Bohemio que sueña glorias, dichas, felicidades desconocidas, ansias infinitas . . .; yo sueño cosas bellas y palpo realidades amargas, tan amargas como una desilusión; yo admiro la altura, desde la cual se ven á los hombres muy pequeñitos, muy raquíticos; yo quiero la altura porque causa vértigos y porque inspira respeto. Yo, á veces, escribo un cuento muy alegre, y estoy muy triste; otras cuento cosas desgarradoras, y estoy alegre . . .

"La vida es una gran continuidad de grandes extravagancias; todos tenemos algo de escépticos, de vez en cuando. Ni todo es alegría, ni todo es tristezas. Siempre se ha dicho y se dice que en el mundo más se sufre que goza; es la verdad, y una de las verdades más grandes que he oído.

"A veces un sabio deseara ser ignorante, para no sufrir, para no pensar tanto. Un patán es casi siempre muy feliz: nada le importa á él la Química, la Física, la Astronomía, la Historia, la Meteorología, la Geografía, la Gramática . . . Se ha descubierto un cometa, ¿qué le importa al patán? La Academia de la Lengua, en su afán de fijar y dar esplendor, dicta nuevas reglas para la acentuación de los vocablos: al patán nada le importa . . . Y así en todo.

"Pero no, no es en todo así el patán, digo mal, para una cosa no es indiferente, para ganar dinero, para la materialidad.

"Mientras tanto muchos no piensan en *eso*. El poeta cincela rimas armoniosas; el narrador nos deleita con una magnífica descripción; y nadie paga al poeta sus rimas, ni sus descripciones al narrador: sólo leen y aplauden—esto es lo más—tal vez porque piensan que un sér que escribe versos tan bellos, es divino, y no necesita de alimentos, y á los que describen cosas tan hermosas no les puede hacer falta el pan . . . Al *quidam* sí, se le paga su trabajo, porque suda y se agita; pero al que sólo maneja la pluma ¿por qué se le ha de dar ninguna recompensa? ¿acaso suda? ¿acaso la pluma pesa mucho? ¿acaso escribir versos y descripciones es trabajar? . . .

"¡Qué equivocados están los que tal piensan!

"El poeta, con la pluma en la mano, el papel por delante y en pensativa actitud, trabaja mucho, muchísimo más que un patán con un quintal de cacao al hombro. El trabajo intectual es superior al material, desde cualquier punto de vista.

"Pero no se reconoce esta clase de trabajos, en esta santa tierra del materialismo y el cálculo, en la cual se considera más al último tenedor de libros que al más brillante poeta . . . ¿Para qué sirven los versos?

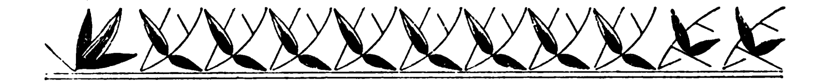
"¡Ah! los versos, señores incautos, sirven para dar espansión al espíritu, y para recordar lo grande y lo sublime y lo bello; los siente el alma que sufre; los comprende y admira el corazón de la virgen espiritual que sueña ver los rostros blancos de los ángeles . . . Pero el positivista, el materialista, no los podrá comprender jamás, porque tiene el alma muerta para lo espiritual, porque la Poesía no es oro inglés—aunque vale más.



"Yo siento en mi pecho aquel no sé qué del Bohemio que sueña glorias, felicidades desconocidas, ansias supremas . . . ."



Así habló el poeta . . . Después cerró los ojos, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y su imaginación se remontó á los espacios infinitos donde moran las almas de los poetas que fueron, lejos ya de las calamidades y tristezas de este mundo miserable.



EL GRAN MARISCAL. [*]

A mi querido padrino, el señor General don Rafael Barriga.

I

Poco más de un lustro faltaba para que el siglo XVIII terminara su carrera cuando en Cumaná, ciudad de Venezuela, vió la luz el hombre que, con su fama, llenaría el mundo americano.

El día 3 de Febrero de 1795, nació, para ventura de los hijos de este suelo, don Antonio José de Sucre, gran luchador de nuestra Independencia.

¡Muy en breve, pues, celebraremos el primer centenario del natalicio del ilustre vencedor de Pichincha y Ayacucho! Bendigamos su memoria augusta; celebremos sus homéricas hazañas, pues á él le debemos, en no poca parte, el poseer libre el hermoso suelo que nos vió nacer!

Si la gratitud se impone á los pechos nobles, cumplamos con este deber. Somos sus deudores; pues paguemos esa deuda sagrada celebrando sus hechos heróicos y evocando, agradecidos, su memoria veneranda; porque el Adalid extraordinario, cuyo nombre lleva la Capital de una República hermana, el Genio Guerrero, el digno compañero del Libertador, y que, como éste, "más miraba por su honor que por su gloria", merece nuestro rendido homenaje, nuestro acatamiento, nuestro corazón.

[*] Este artículo fué publicado en *El Tiempo* de Guayaquil, pocos días antes de la celebración del centenario.

II

Bolívar y Sucre son los dos grandes próceres de la Historia americana.

Aquellos dos grandes hombres se ayudaron mutuamente. Ambos sufrieron los más rudos vejámenes, las más amargas decepciones.

Bolívar bajó al sepulcro con el corazón lacerado por la cruel calumnia, hija de la más sórdida de las envidias.

Sucre, "el Abel de Colombia", cayó traspasado por el plomo maldito cuando, precisamente, iba en busca de su adorada familia, ansioso de disfrutar de aquella tranquilidad benéfica de la cual se había visto privado durante tanto tiempo. ¡Crimen inaudito y cobarde que ha sido ya juzgado por la Historia! (*)

¡Solitarias y tristes montañas de Berruecos! vuestro sólo nombre inspira terror, odio y venganza: vuestro pedregoso suelo manchado está con la sangre del justo. ¡Qué desdichada suerte la que os cupo!

Todo pasa con el tiempo, dicen; pero ni los años, ni los siglos borrarán las huellas del espantoso crimen que se cometió en tu suelo, así como ni los años, ni los siglos, podrán soterrar en el olvido la gran victoria que obtuvo el Mártir, en Pichincha.

Hay hechos que no se olvidan nunca: éstos son de aquéllos.

III

Un ilustre azuayo, gloria del Ecuador y honra de América (Fray Vicente Solano), hablando de Bolívar dice: " Ni el hielo de los Andes, ni lo escarpado y rígido de las serranías de Colombia, ni el calor de los valles del Perú, ni los sitios pocos ventajosos para el triunfo, pudieron servir de obstáculo á su genio emprendedor y marcial". Lo mismo que este eminente escritor podemos decir nosotros de don Antonio José de Sucre,

[*] Entre otros, los historiadores venezolanos Baralt y Díaz han tratado largamente sobre este infame asesinato, lo mismo que don Antonio José de Irisarri en su *Historia crítica sobre el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho;* parece, pues, que están dilucidadas las dudas acerca de quién pudo ser el asesino del Héroe Cumanés.

porque á nuestro humilde modo de discurrir, el Vencedor de Canterac y el del Virrey La Cerna, son dos figuras colosales de nuestro continente que muy bien pueden parangonarse.

Aquellos dos genios hermanos tuvieron las mismas aspiraciones, las mismas ideas y combatieron juntos persiguiendo un mismo fin: la libertad de América. En aquellos dos nobles corazones jamás tuvo cabida la torpe emulación; jamás la gloria del uno causó envidia al otro, y, nótese, que de estos casos, pocos ejemplos nos presenta la Historia.

"Él (Sucre) era el alma del ejército en que servía; todo lo metodizaba, todo lo dirigía; pero con aquella modestia, con aquella gracia con que hermoseaba cuanto hacía; él era el mediador, el consejero, el guía, siguiendo siempre la buena causa, corrigiendo el desorden y sin dejar de ser el amigo de todos sus compañeros de armas". ¡Hé aquí cómo juzgaba á su Teniente uno de los primeros Capitanes del siglo: Simón Bolívar! ¿Puede pedirse más hermandad, más buena armonía entre nuestros dos ilustres Libertadores?

Y sin embargo ¡oh repugnante calumnia! ellos, los inmaculados; ellos, los generosos; ellos, los grandes adalides de la magna guerra; ellos, decimos, fueron groseramente vilipendiados! . . .

¡Qué cruel es el Destino!

IV

"Hagamos justicia, seamos imparciales—prosigue Fray Vicente Solano—La independencia de Sur América jamás se habría verificado sin el Libertador". Esto es muy cierto; pero nadie nos podrá negar que, sin la poderosa cooperación de Sucre, que secundó eficazmente los esfuerzos de Bolívar, se habría demorado al menos, por mucho tiempo más, la fecha gloriosa de nuestra redención política.

¡Oh Bolívar! ¡Oh Sucre! Vosotros fuísteis los perínclitos guerreros, los nobles pensadores, los ilustres héroes, los valientes redentores de una gran parte de la "Virgen del Mundo." Vuestra gran obra es digna de la epopeya: nosotros os admiramos, os bendecimos; y nuestros hijos y nietos harán otro tanto siguiendo nuestro ejemplo: vosotros seréis, pues ¡oh

grandes titanes de nuestra Independencia! admirados, bendecidos, glorificados, mientras haya en el mundo americanos.

El primer centenario del natalicio del Gran Mariscal será celebrado por nosotros; er. el segundo cumplirán con este deber nuestros nietos, impulsados, impelidos por aquella misma gratitud que nosotros; porque el amor y la gratitud de los sudamericanos hacia sus libertadores, no se evapora jamás, no es veleidoso, ni fencce con el tiempo; sino que se trasmite, puro y brillante, como la doctrina del Crucificado, de padres á hijos, de generación á generación, de siglo á siglo. Las nobles é hidalgas matronas de esta tierra, junto con los primeros rudimentos de lectura enseñan á sus pequeñuelos los nombres, respetados y queridos, de Bolívar y Sucre.

"Sólo el bien perdura", ha dicho Vargas Vila, el recomendable escritor de "Hispano América".

Y por eso no mueren nunca los Redentores de la Patria.

Y por eso eternamente vive en el corazón del pueblo su memoria.



¡ PATRIA !

A la memoria del mártir cubano José Martí.

¡Patria! Palabra sublime, exclamación brillante, vocablo divino, que penetra hasta el corazón del hombre, le toca en la fibra más delicada, le enternece el alma y le hace derramar lágrimas . . . ¡Patria!

Voz ternísima . . . ¡Patria! Apenas hay otra palabra que se le parezca, otra palabra que más sonora sea para nuestros oídos, otra palabra que más cariño nos inspire, que sea más tierna, que sea más simpática, más melodiosa . . .

Patria quiere decir madre.

Patria quiere decir vida.

Patria quiere decir amor.

Patria quiere decir lo que de más noble, de más caro posee el hombre sobre la tierra.

Es una de las afecciones más hermosas, la de la Patria.

Es uno de los amores más santos, el de la Patria.

¡Patria! después de MADRE, es lo mejor que [illegible] en este valle de desdichas. ¡Patria! ¡Patria! dulcísimo compendio de las afecciones más gratas, más santas, más sublimes, más nobles del corazón humano.



Cuando lejos del nativo suelo se encuentra el desgraciado, devorando, impaciente, el amargo pan del ostracismo;

cuando se han perdido ya las más caras ilusiones, y nuestras risueñas esperanzas han desaparecido al terrible empuje del huracán del desengaño; cuando pobre y sin amigos devora el extranjero, en suelo extraño, nostálgicas tristezas; cuando lejos del sol que por primera vez iluminó nuestro semblante, allá en los recordados tiempos de nuestra infancia, sólo se miran los nubarrones negros de una noche horrible de proscripción y de amargura; cuando hasta nosotros llega el doliente gemido de la Patria, que yace oprimida por un yugo cruel, entonces ¡ah! entonces el hombre no se acuerda de su vida, ni de su familia, ni de su suerte: el amor á la Patria le ciega, y se lanza á la lucha por salvarla. Si sucumbe defendiéndola, no importa; morir defendiendo á la Patria es sólo tarea de héroes, de mártires á veces, pero siempre de gloria. Si nuestra Patria amagada se ve por ambicioso extranjero; si nuestra Patria sufre las horribles torturas del despotismo de un inmundo tiranuelo, nada más noble, nada más santo, nada más justo, nada más satisfactorio para un corazón patriota que morir defendiéndola.

Porque la Patria simboliza todo cuanto hay de bueno para el ciudadano.

Nuestro primer amor, nuestro primer afecto: simboliza la Patria.

Nuestras primeras lágrimas, nuestros primeros gorjeos, nuestros primeros pasos: simboliza la Patria.

El amor de nuestros padres, sus desvelos, sus aflicciones por la conservación del hijo querido: simboliza la Patria.

Todo lo de la Patria es grande, es hermoso, es divino.

No hay palabras que expresar puedan todo lo que es la Patria.

No hay pluma, por brillante que sea, que pueda describir, que bosquejar pueda todo cuanto es la Patria, todo cuanto vale, todo lo que le debemos, todo lo que nos consuela, estando lejos de ella, tan sólo su recuerdo.

Cuanto se diga, cuanto se escriba, cuanto se pondere, es poco; resulta tenue, sin color, sin galas.

***

¡Patria! esta sola palabra es todo un poema.

¡Patria! no hallo frases suficientes para decirte todo lo que eres, todo lo que vales, todo lo que mereces, todo lo que te quiero, todo lo que te ofrendo . . .

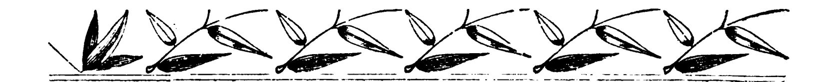
¡Patria! palabra de entonación rítmica inventada por los dioses para consuelo del hombre: yo te admiro, yo te venero, yo te amo.



TERCERA PARTE.

BOCETOS

A VUELA PLUMA



MANUEL ACUÑA. (*)

Es el poeta suicida: sér superior, encontró el mundo muy deforme, muy indigno, muy raquítico . . . y se alejó de él; se arrancó la vida que sólo luchas le ofrecía, que sólo sufrimientos le brindaba.

El suicida tiene también su gloria.

MANUEL ACUÑA nació para vivir en lo grande, en lo esplendente, en lo sideral; MANUEL ACUÑA era todo espíritu, sentimiento, y por eso se arrojó en los brazos de la muerte, que tan temida es y que, según el decir de un ingenio, es el principio de una vida superior; por eso dió un adiós eterno á su juventud, á su lira de poeta, y, despreciando los placeres que de vez en cuando el mundo proporciona, se perdió entre las sombras del sepulcro.

(*) Para la colocación de estos ligeros *Bocetos*, se ha observado el orden alfabético.





DON PEDRO CARBO.

Fué el gran liberal; el enemigo irreconciliable de los tiranos; el Hijo de la Libertad.

Fué el ciudadano conspicuo y sin mancha. De don Pedro Carbo podemos decir lo que el sabio Solano de Bolívar: "Más miraba por su honor que por su gloria".

Después de una larga vida consagrada, toda entera, al servicio de la Patria—de esta Patria que tanto amó,—bajó al sepulcro, dejándonos saludables ejemplos que imitar, y un nombre inmaculado que es y será siempre una gloria para esta República.



La muerte inexorable hirió aquella cabeza encanecida que sólo se inclinó ante el abrumador peso de los años, y cayó como bueno: descendió á la tumba como buen gladiador, como buen ciudadano; soportó sufrimientos, pero jamás fué vencido.

"El ave canta aunque la rama cruja.
"Como que sabe lo que son sus alas" (*)

Don Pedro Carbo bajó al sepulcro—como dijo el señor doctor César Borja en un hermoso discurso,—"con las plantas ensangrentadas, pero con las manos puras".

¡Felices los que, como don Pedro Carbo, descienden á la huesa legando á la posteridad una memoria inmaculada!

---

[*] Salvador Díaz Mirón.—*Gloria*.



¡Don Pedro Carbo!

¡Hé aquí un nombre querido del cual jamás se olvidará el pueblo ecuatoriano!

El pueblo de la ciudad de Olmedo, ansioso de honrar la memoria de sus grandes hombres; levantará, no muy tarde, una estatua al ilustre guayaquileño.

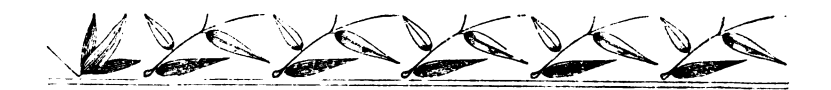
El bronce perpetuará aquel noble rostro, aquel porte caballeroso del anciano, sobre cuya majestuosa frente caían, como una auréola, sus cabellos blancos; el bronce perpetuará aquella respetable faz, adusta pero cariñosa, grave pero amable; el bronce perpetuará la memoria esclarecida del Patricio inmaculado.

Mas ¿necesitará don Pedro Carbo de estatuas, de retratos, para perpetuar su memoria? . . .

No: esa memoria veneranda sobrevirá siempre sin necesidad de estatuas, ni de retratos. La veneranda memoria del Grande Hombre vivirá, sí, vivirá eternamente: no necesita de que el bronce la inmortalice; porque, á nuestro modo de ver, el solo nombre de don Pedro Carbo vale más que todas las estatuas que se levanten en su honor.

El solo nombre de don Pedro Carbo es una apoteosis.

Pero Guayaquil quiere honrarse con la Estatua del Gran Ecuatoriano, y, del bolsillo del pueblo, es decir, de las erogaciones que voluntarirmente ha depositado, se levantará el magnífico monumento que pondrá de manifiesto ante todo el Universo, que los guayaquileños saben rendir justo homenaje á las descollantes figuras que, como don Pedro Carbo, se han hecho acreedoras á la veneración general, á la gratitud de todo un pueblo; los guayaquileños pondrán de manifiesto, por una vez más, ante el mundo entero, que saben apreciar el mérito y, reverentes, inclinarse ante la Virtud.



JULIAN DEL CASAL.

Es el dulce poeta que fué.

¡Y murió joven! ¡Cuando la vida le sonreía y las Musas le amaban!

Sus versos parecen dictados por mistoriosas hadas; tal vez por aquellas mismas con las que tenía amores el poeta; tal vez por la que más le quería!

¡Murió el cubano Julián del Casal, el *bohemio* amado de las Musas, el dulce poeta ardientemente disputado por las hadas!

La vida fué para él un sueño, una quimera.

Sintió, amó, y escribió sus versos, dictados por las hadas bellas que le amaban y por los gnomos que le querían también.

La muerte cruel, esa tétrica amiga de los que lloran, le arrebató al amor de las hadas y al cariño de los gnomos . . .

¡Y murió joven! ¡Cuando la vida le sonreía y las Musas le acariciaban!

¡Morir joven! ¡Qué horror, Dios mío! ¡Yo no quiero morir joven!

¡Morir, cuando apenas se empieza á conocer la Dicha, la Felicidad, el Placer, el Amor!

¡Morir cuando se empieza á ser hombre, á gozar de la vida!

¡Morir, cuando la mente está llena de rosados ensueños, sedienta de Gloria, de Fama, de Renombre; cuando se sueña con mil bellezas, con mil deidades, con mil cosas ignotas!!! . . .

¡Ah! Entonces . . . entonces ¡qué triste debe ser la muerte, qué repugnante y horrible su beso frío sobre nuestra frente llena de mágicos ensueños, sobre nuestra frente joven que aspira los laureles de la gloria, y junto con los besos de su madre, el beso de su amada! . . .

¡Ah, qué triste y frío el beso que en su frente recibió Casal!

La Parca fiera le arrebató ¡cobarde! al amor de sus hadas y de las Musas.

La vida fué para él un sueño, una quimera.

Hoy reposa su tumba sombría á la orilla del mar, en una tierra hermosa que lucha por salvarse; hoy reposa en su tumba, guardada por las hadas, que recitan sin cesar sus versos y evocan, llorando, su memoria.





ALEJANDRO DUMAS, HIJO.

Siguió ya al padre en el camino de la Eternidad.

El gigante de las letras francesas murió ya.

Armando Duval y Margarita Gautier, la meretriz regenerada por el amor, están ya en el mundo de los espíritus; y sólo queda, como una inmensa pirámide de gloria para el ilustre muerto, su novela magnífica.

¿Quién no ha leído *La Dama de las Camelias?*

¿Quién no ha recorrido esas páginas sublimes?

¿Quién no ha admirado alguna vez al escritor Alejandro Dumas, hijo, al compatriota de Víctor Hugo el grande?

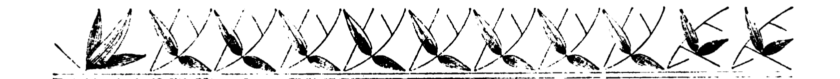
¿Quién no conoce el nombre de Alejandro Dumas, el gran francés que acaba de morir?

¡Ah! ese cerebro privilegiado ya no trabaja; ese corazón generoso ya no late, ya no siente . . .

Armando Duval ha muerto . . .

Ya está en el mundo de los espíritus, al lado de Margaita Gautier, la cortesana regenerada . . .





GREGORIO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ.

Amó y cantó, y sus versos resuenan hoy por toda la América Española y por el Viejo Continente, traducidos á diferentes idiomas y elogiados por los primeros literatos del siglo.

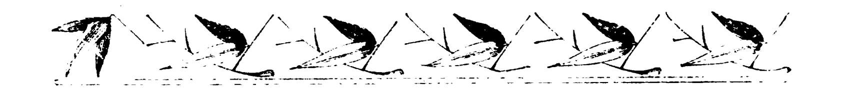
Gutiérrez Gonzalez está considerado como uno de los poetas más eminentes de América.

Tuvo una Lira regia.

Y este rico talento, este afortunado mortal, murió pobre de dinero, muy pobre, en una humilde casa de campo . . . y rodeado de una numerosísima familia á la cual no dejaba más herencia que sus versos . . .

Así terminan su peregrinación por el mundo los grandes hombres: "Pobres de oro, pero ricos de Gloria."





GUTIÉRREZ NÁJERA.

¿Cuál de vosotros, benévoles lectores de este folleto, no habéis leído en alguna ocasión las bellísimas poesías del dulce cantor mejicano?

¿Cuál de vosotras, ¡oh amables lectoras de estas humildes páginas! no os habéis recreado alguna vez ante las magníficas producciones del hijo mimado de las Musas, de Manuel Gutiérrez Nájera?

¡Oh! yo creo que ninguno de vosotros, lectores, desconoceréis los melifluos versos del *Duque Job*.

Sus poesías tienen algo de divino, de desconocido; sus versos todos, todos sin excepción, están impregnados de olores deliciosos, de aromas embriagadores que extasían, conmueven y hacen soñar dulcemente. Ora son amorosos, y en este género muy pocos habrá que aventajen en melodía y dulzura á Gutiérrez Nájera; los versos amorosos de este bardo tienen la pureza de los lirios del valle, el murmullo de la fuente cristalina que entre la verde yerba corre libre, la pasión de Desdémona, la mujer enamorada, de Julieta, de María, la de Efraín . . . Ora son bellos y dulces como el arrullo de la paloma, como las caricias maternales . . . Ora son altivos, y valientes y soberbios como su magnífica imaginación de poeta, como su galana y correcta pluma de escritor.

Todo lo del *Duque Job* me encanta y me entusiasma, porque sus versos están llenos de colorido, de brillante luz.

Sus versos dejan unas ideas, unos ecos, que jamás pueden borrarse; tienen un no sé qué de homéricos; un no sé qué

de extraño, que el corazón siente, al oirlos, metamorfosis desconocidas . . .

Pero su Lira ya no produce los sonidos blandos y encantadores, que llevaban dulces tristezas al corazón.

Su Lira está muda.

Él ha muerto.

Y su poderosa imaginación, su privilegiado cerebro, su corazón generoso y tierno, son hoy . . . ¡nada! porque se han hundido en el insondable abismo de lo Desconocido.

¡Triste condición la del hombre!

De Gutiérrez Nájera todo, pues, acabó; pero no, digo mal; dos cosas no han muerto ni fenecerán nunca: su blanca alma y sus versos blancos, como su alma.

JORGE ISAACS.

. . . . ¡Oh Musas todas,
Del noble vate deplorad la muerte:
Sólo escuchar vuestras sentidas voces
El Strimón en sus riberas debe.
Sean vuestros ecos de dolor aquellos
Que eleva el cisne cuando canta y muere!

MOSCO DE SIRACUSA, *Los funerales de Bión.*

La puerta tenebrosa del sepulcro se ha abierto ¡ay! para recibir el cuerpo inanimado de Efraín, el cantor caucano; para recibir los últimos despojos de ese poeta titán, de ese escritor gigante que tan bien supo aprovechar el vuelo de su poderosa inteligencia.

Las letras de la América Latina, mejor dicho, las Letras Castellanas, están cubiertas de lúgubre crespón, ante esta irreparable pérdida que acaban de sufrir.

¡Ha muerto JORGE ISAACS, el autor de MARÍA, el poeta ilustre, honra y prez de Colombia y de la Literatura americana!

¡Ya no palpita, no, el corazón noble de Efraín!

¡Yo no trabaja, no, aquel cerebro privilegiado, en el cual se anidó un día el magnífico poema de un amor inmortal!

¡Ya está Efraín al lado de la tumba de María, la niña encantadora!

A semejanza de ella ha recibido ya el beso frío de aquella mujer tétrica: la muerte.

Y en el mundo de las miserias sólo queda el recuerdo de Efraín y de María.

* * *

La calumnia, esa víbora deforme que se enrosca en las más bien sentadas reputaciones, no perdonó la de JORGE ISAACS.

Era un grande hombre, y la calumnia y la envidia no podían perdonarle.

Se dijo que MARÍA, la inmortal epopeya del amor, no fué debida á la pluma de ISAACS.

Se dijo que se había apropiado un trabajo ajeno.

Se dijo que era un usurpador.

Pero silencio . . . probado está ante el mundo que el galano autor de MARÍA fué más grande que sus detractores.

La calumnia no pudo mancharle; ni la envidia pudo arrebatarle sus glorias.

Y el nombre de JORGE ISAACS ha significado, significa y significará el de uno de los más ilustres hombres de letras americanos.

Los nombres de sus detractores han caído ya envueltos en el fango de su vil calumnia, de su torpe envidia.

El nombre de JORGE ISAACS brillará cada día más esplendente, más puro; y el tiempo agigantará mucho más su memoria. Su gloria será eterna.

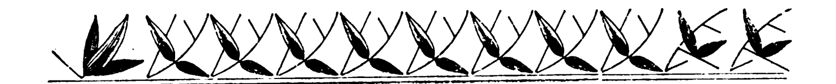
Las huellas inmortales del Genio jamás desaparecen.

***

¡Efraín! ¡Efraín! Dulce poeta americano: desde las orillas de mi Guayas, desde estas riberas que me son tan queridas, envío este humilde ciprés para vuestra amada tumba!

Mi recuerdo es muy humilde ¡oh Efraín! porque es hijo de una pobre pluma, cual la mía, que si alguna vez ha sentido ser tan deficiente, es hoy, por no haberos podido obsequiar otra cosa más bella, más digna de vos . . .





JUAN LEON MERA.

Cuando de entre la multitud se levanta un individuo tan sólo ayudado por su talento y apoyado en su propia fe, sin auxilio de ninguna clase, y pretende escalar, sin valerse más que de sus propias fuerzas, el templo de la Gloria; cuando de entre la multitud se levanta un carácter superior, debido tan sólo á sus propios esfuerzos, luchando y luchando sin cesar, y se conquista un nombre, y adquiere fama, y cosecha inmarcesibles lauros, es digno de que se le dé el calificativo de *Genio;* más aún, es un deber el dárselo, un deber ineludible, so pena de pasar por egoístas é ignorantes; porque quien se hace conocer por sí solo, quien se levanta sobre el nivel común y se abre paso tan sólo con su ingenio y con su clara inteligencia, es digno del aplauso y de la admiración.

Juan León Mera está en este caso.

Escritor y poeta distinguidísimo, ha sabido hacer su nombre respetado en América y en España.

Delicado novelista, ahí está, entre otras, su magnífica *Cumandá*, para prueba irrefragable de su genio.

Lo mismo que al colombiano Jorge Isaacs, la maledicencia y la envidia quisieron arrebatarle sus glorias. Se dijo que había plagiado en *Cumandá* . . .

Pero en medio de sus detractores, se alza magnífica, confundiéndolos, la bellísima producción del eximio literato ecuatoriano, Juan León Mera.

Las eruditas plumas de los eminentes españoles don Pedro Antonio de Alarcón y don Juan Valera, han tenido para él frases afectuosísimas.

Cortejón, el pulcro literato y discípulo de Menéndez Pelayo, le llama Patriarca de la literatura ecuatoriana". Y el sabio Fray Vicente Solano—esa lumbrera de mi patria, ese portento admirable de erudición,—en un juicio crítico sobre *La Virgen del Sol*, de Juan León Mera, se expresa así, después de copiar algunas estrofas de dicha obra: "Siento no poder trasladar aquí la continuación de la *Caza por Titu y Amarú*, á fin de no hacer difuso este escrito: dicha continuación es de igual belleza que la antecedente. Las imágenes sobre *la tempestad* contienen pinturas é imágenes que asombran".

Juan León Mera, después de una vida que tan bien supo emplear; después de haber dado lustre no sólo á las letras de su adorado Ecuador, sino á las de toda la América, ha bajado á la tumba dejando á sus hijos un legado precioso: su apellido.

Juan León Mera fué nombrado Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Lengua, á la cual dedicó, como sincera muestra de gratitud por tal distinción, su inmortal novela *Cumandá*, que le valió mil aplausos y también ¡ay! mil torpes calumnias.

Pero como la calumnia es mentira y de la mentira nada queda, hoy brilla pura y esplendente la Gloria del eximio novelista, del ilustre vate ambateño, que últimamente ha descendido á la huesa.

Su tumba está llena siempre de fragantes rosas, humildes ofrendas que dedican al poeta sus numerosos admiradores.

A esa sagrada tumba me acerco también yo hoy, enlutada mi tosca é incorrecta pluma, á rendir el homenaje que la juventud debe á los séres superiores.



JUAN MONTALVO.

Fué el gran escritor, el luchador infatigable de la América Latina.

Fué un gran carácter: uno de aquellos caracteres indómitos, tan difíciles de hallar en estos miserables tiempos. Con Montalvo no pudo ni la cruel amenaza, ni la vil ofrenda del oro corruptor.

Luchó desde muy joven; sufrió mucho, muchísimo, ora desterrado, lleno el corazón de aquella tristeza nostálgica que se apodera del proscrito, ora encerrado entre las cuatro paredes de infamante calabozo.

A semejanza de don Pedro Carbo, aborreció de muerte á los tiranos; á semejanza del Gran Guayaquileño, amó la Libertad y la Justicia.

¡La Libertad y la Justicia! . . . ¡Diosas benditas que sólo se conocen por el nombre en ciertas naciones sud-americanas!



En París, en la capital del mundo civilizado, fué objeto de múltiples honores, porque allá se reconoce el mérito, se premia la Virtud.

La "pluma de fuego de Montalvo" se ocupó de una lumbrera de la Francia, de Alfonso de Lamartine; y el escrito de nuestro Cervantes mereció la aprobación del ilustre francés.

Y todas aquellas glorias fueron para su adorado Ecuador, para su patria querida por la cual hubiera dado, gustoso, hasta la existencia.

Nacido en la bella provincia del Tungurahua, en aquella poética región de nuestra República; acostumbrado á mirar

siempre, desde su tierna infancia, la majestuosa "figura cónica" de aquel coloso de los Andes, puede decirse que Juan Montalvo tuvo la grandeza de alma que le inspiraba aquella inmensa mole eternamente cubierta de blanca nieve; y su corazón amó siempre lo grande, lo bello, lo ideal;– nacido en medio de una naturaleza tan pródiga, tan exhuberante, fué como ella su gran inteligencia; y su carácter invencible, invulnerable, como las crestas andinas, cuyas cúspides llegan hasta las nubes pareciendo desafiar al Cielo.—¡Hé aquí la cuna de Montalvo!



Juan Montalvo, como dice el autor de *Los Providenciales*, fué la protesta. Sí, fué la protesta: protestó contra todo lo malo, contra todo lo innoble, contra todo lo ilícito. Protestó contra tiranos pigmeos que, contando con las bayonetas de sus sicarios, se imponen por la fuerza, esto es, por medio del terror, por medio de maquiavélicas intrigas indignas de magistrados probos y honrados.

Se pretendió sobornar á Montalvo y se le hicieron mil ofertas; pero aquel carácter de hierro prefirió la pobreza eterna en que vivió sumido, antes que dejar á la Libertad, á la Justicia y al Derecho, á los cuales defendía con su bien tajada péñola. ¡Grandes ejemplos tenemos que imitar del ilustre ambateño! ¡Cuántas sublimes enseñanzas ofrece á la juventud la vida de los séres superiores!

Semejante á Sócrates, Montalvo bebió la cicuta horrible del sufrimiento, que le brindaron sátrapas inmundos. Su gran carácter, que jamás transigió con los tiranos, le valió mil persecuciones, infortunios sin cuento; pero él no pudo ser vencido jamás. El desafió las terribles venganzas de nuestros modernos Silas.



"Montalvo escribió para enseñar".

Ahí están sus sublimes escritos, ahí están sus obras, ahí está la colección de *El Cosmopolita*, periódico redactado por Montalvo en pleno período de García Moreno, probando este

aserto. Ahí están los escritos de ese hombre "clásico por su autoridad y austeridad", como dice el escritor venezolano Pablo Antonio Ortega.

"En filosofía—ya que las ideas son mutables en casi todos los cerebros que se embalsan en todas las religiones y se embeben en todos los autores—prosigue Ortega,—¿qué escritor no tambalea constantemente entre la duda y la fé? Y sin embargo, Montalvo hizo de sus creencias, no un ídolo, sino una virtud. En ninguna de sus producciones lo sorprendió la fantasía: para aparecer siempre á la altura de su talla, puso un dique entre las exigencias de sus aspiraciones del momento y su corazón: la fuerza de su eminente filosofía".

Los escritos de Montalvo prueban que no se anonadó jamás ante las amenazas ni las dádivas; prueban que fué invencible, invulnerable, que tuvo un gran corazón y una grande alma; prueban que "era puro y fuerte, sin mancha y sin desmayos", como dice el colombiano Vargas Vila al tratar de aquella alma gemela de su alma. Entre Montalvo y Vargas Vila encontramos mucha analogía.

Lo que los cantos guerreros del poeta ateniense Tirteo para los espartanos, fueron los escritos de Montalvo para los ecuatorianos; aquellos infundieron ánimo y convencieron á los hijos de Esparta de la justicia de una causa santa, cual era la de defender su patria de la ambición de los mesenios; éstos, fueron los que hicieron emprender al pueblo ecuatoriano *que yacía dormido* . . . la jornada de la redención, cuyo desenlace fué el sangriento suceso del 6 de Agosto de 1875.



Se ahogaba Montalvo en su querida patria, en donde, por desgracia, no se respiraba el vivificador ambiente de la Libertad; y buscó, desesperado, ese aura benéfico en la privilegiada tierra de Chateaubriand y Víctor Hugo, en la cual le sorprendió la muerte . . . lejos del suelo que le vió nacer . . . lejos de su familia y de su hogar . . .

¡Salve á ese coloso de las Letras!

¡Gloria para ese "sabio austero", para ese distinguido ecuatoriano que ha penetrado en el templo de la Inmortalidad!



JOSE MARTI.

Encontró la muerte luchando. Cayó envuelto en la santa bandera de su Cuba adorada . . . ¡Salve al héroe!

Combatió sin descanso; era inquebrantable su fe de luchador.

Poeta y guerrero, hacía cobrar ánimo á sus legiones con su Lira, y su espada les enseñaba el camino de la gloria.

¡José Martí! ilustre hijo de Cuba, guerrero valeroso, poeta magnífico: vuestro nombre no sólo es una gloria para vuestra Patria, es un orgullo para toda la humanidad, que ha visto representada en vos la dignidad del hombre.



RAFAEL NUÑEZ.

"Es el cantor de lo grande y lo sublime," como dice don Daniel J. Reyes.

Es uno de los poetas más ilustres de Colombia.

Sus producciones se distinguen por aquel no sé qué de sombrío que en ellas se encuentra y que revela las eternas dudas de un hombre pensador.

¿Que sais jé? se titula *con la frase de Montaigne* una de sus mejores producciones, la cual le valió dignísimos aplausos y crueles censuras.

A mi madre, *En un Memorándum*, es también una delicada y tierna poesía, cuya lectura me deleita.

Poco tiempo hace que Rafael Núñez falleció; murió él: la persona, la materia, que se acaba; pero para perpetuar su nombre, para que su memoria no fenezca también como la materia, quedan sus versos que serán admirados siempre por todo amante del Arte, por todo el que sepa apreciar lo bello y rendir tributo al talento.





JOSE JOAQUIN OLMEDO.

A través de los años ¡oh admirable cantor! aún resuena el "trueno horrendo" de tú producción inmortal.

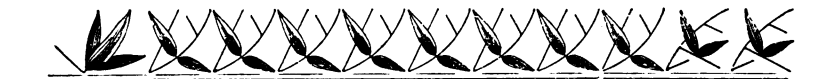
A través de los años ¡oh dulce poeta! se escuchan aún las estrofas inimitables de tus cantos gigantes.

Tu pueblo, el pueblo guayaquileño que te admira, te ha levantado una estatua, prueba irrefragable del amor que te profesa, de las simpatías que tú le inspiras.

Y el turbio Guayas, tu amado río al cual cantaste, repite sin cesar en su murmullo los bellos versos de tu Lira divina.

Todo es gloria para ti.

Y tus glorias son las de la Patria.



FEDERICO PROAÑO.

Murió, como Montalvo, lejos de su suelo y como él, obtuvo mil aplausos en extrañas tierras.

Su sonrisa era triste, como la nostalgia que le abrumaba el corazón.

Su pluma traviesa y brillante: era hijo de Cuenca.

La noticia de su muerte contristó todos los corazones que saben amar lo bello y admirar el talento.

Y la Literatura lloró la pérdida de escritor tan distinguido.

Y Cuenca envió un gemido de dolor á un nuevo sepulcro que se abría en Quezaltenango.

A un nuevo sepulcro que era el de su hijo proscrito . . .



VICENTE PALLARES PEÑAFIEL.

Fué el hijo modelo, el esposo amante, el padre cariñoso.

Fué también poeta.

Su Lira produjo solamente sonidos blandos, como la brisa arrulladora de las selvas patrias.

No fué poeta luchador, ni filósofo con ribetes de blasfemo que impreca al Omnipotente, ni en sus versos se dejó traslucir jamás la doctrina del incrédulo.

Fué el bardo creyente y cariñoso.

Quiso conquistarse un nombre para legarlo á sus ternezuelos.

Y lo consiguió.

Su peregrinación por el mundo fué muy corta, y sucumbió al principio de su carrera, en la plenitud de su vida, con sus ilusiones de poeta en la mente . . . con sus dorados ensueños de Gloria.



FRAY VICENTE SOLANO.

Pare tratar de este eminente ingenio ecuatoriano deseáramos poseer una pluma como la de Chateaubrian, Lamartine, Castelar ó Juan Montalvo; deseáramos ser sabios y eruditos . . .

Fray Vicente Solano es uno de los hombres más ilustres que ha tenido no sólo el Ecuador sino la América toda.

La erudición, la sabiduría, la inteligencia de Fray Vicente Solano son incomparables, como su modestia.

Sus obras, elegantemente impresas en España, andan por todo país donde se habla el castellano: el naturalista, el físico, el crítico, el político, el literato, el cristiano, encuentra en ellas estudios profundos, datos preciosos, modelos perfectos, consejos mil, porque el Padre Solano es una fuente admirable de ilustración y de virtud.

Las obras del sabio franciscano son monumentales, como los montes de los Andes, como su alma grande y generosa, como su humildad incomparable.

El P. Solano ha dado nombre y gloria á su Patria y honra á la América.

Nuestro corazón de ecuatorianos se enorgullece al contemplar esta gigantesca figura, astro de primera magnitud en el regio templo de la Gloria.

Cuenca, esa ciudad bellísima, cuna de tantos y tantos hombres notables, fué la madre de Fray Vicente Solano.

Y hoy guarda orgullosa las cenizas de su hijo preclaro que un día supo defenderla heróicamente.



DOLORES VEINTEMILLA DE GALINDO.

Hé allí un nombre que nos inspira respeto, veneración y simpatía; hé allí un nombre que al recordarlo, se cubre el corazón de tristeza, porque con él viene á la memoria una historia muy lúgubre . . . Hé allí un nombre bastante conocido en el mundo literario: ese nombre quiere decir lealtad y heroismo, amor é indignación.

Cuando se miran deshojados en flor nuestros más risueños pensamientos—nuestros pensamientos floridos, que tanto amamos;—cuando se palpan desilusiones mil y se pierde por completo toda esperanza redentora . . . se aman las sombras del sepulcro, que entonces parecen atraer, llamar á las puertas del corazón del desgraciado, y brindarle una bienhechora tranquilidad, ofrecerle la negrura de una noche eterna para que en ella oculte sus pesares.

Tal pasó con la ilustre poetisa quiteña: Dolores Veintemilla de Galindo amó, amó con ingenuidad, con delirio, con pasión, y su amor no fué correspondido . . . Su temperamento, excesivamente delicado, no pudo resistir aquel amargo desengaño y aceptó las sombras, la eterna noche que la tumba le ofrecía . . .

Su alma había nacido para amar.

Hé allí el gran pecado de la suicida—mártir, . . . de la sublime compañera de Manuel Acuña.

La enamorada poetisa cantó, como el cisne, al terminar su vida, y sus últimos sentidos versos tienen una belleza incomparable.

Son la última queja de una alma noble y generosa y altiva.

Son las últimas imprecaciones de una mujer hermosa, que se arranca la vida por amor.



A MI PADRE

EN EL 10°. ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO.

¡Permitidme, querido padre, que dedique estos cuatro renglones á tu memoria!

Tu imagen querida no se ha borrado aún de mi mente; tus sabios y prudentes consejos resuenan todavía en mis oídos, y el amor que ya te profesaba cuando muy niño me abandonaste, lo siento en toda su fuerza, grande, hermoso, vivificador.

Mas ¡no! digo mal, tú ¡padre adorado! no me has abandonado nunca. Un gran poeta dice: "Los padres se mueren para el mundo—para sus hijos nó", y es una gran verdad; tú no me has abandonado jamás. Desde la Eternidad ruegas al Todopoderoso por tus amados hijos. ¡Ah! ¡sí! los padres á sus hijos no pueden olvidar nunca; su veneranda sombra nos protege siempre, porque el amor paternal es inmenso, santo y espiritual; porque sobrevive aún muy por encima de las ruinas de la tumba; tiene algo de divino y no lo pueden borrar ni el tenebroso silencio de la huesa ni el certero zarpazo de la muerte!

¡Infeliz padre mío! Joven aún, en la plenitud de la vida, cuando con más fervor te dedicabas al trabajo honrado para dejarnos asegurado un modesto porvenir . . . el cruel Destino cortó el hilo de tu útil existencia y nos abandonaste para siempre, dejándonos solos, tristes, desconsolados, entre el bullicio del mundo . . . ¡Así es la suerte! . . . ¡Esa ha sido la voluntad de Dios! . . .

¡Han pasado ya diez años, tiempo terrible de sufrimiento y desventura! ¡Diez años que me han parecido siglos! Cuando

se sufre, el tiempo se hace muy largo . . . ¡diez años! . . . ¡quién lo creyera! . . . ¡Oh, padre mío, yo no creí sobrevivirte tánto!

Todo se ha acabado de tu persona. ¡Ay! no nos quedan como despojos sino tus huesos blancos y fríos como el mármol. Solamente en el corazón de tu familia, en el corazón de tu esposa, la fiel compañera de tus días, en el corazón de tus hijos queda algo más grande, el recuerdo; y nuestros ojos derraman aún tiernas y santas lágrimas á tu memoria . . .

Ruega á Dios desde la región etérea donde moras; ruégale por tu esposa, por tus hijos, por esos pedazos de tu corazón á quienes querías tanto, ya que tú eres y serás siempre el sér más querido para nosotros. *Para ti* ¡padre idolatrado! *son los latidos de mi corazón.*

ERRATAS. (1)

			Dice:	Léase:
En la pág.	7,	lín. 16	que hayan alimentos	que haya alimentos
“ “	8,	“ 29	Eran las seis de la tarde y la máquina	Eran las seis de la tarde del 16 y la máquina
“ “	12,	“ 30	que aún sentía	que aun sentía
“ “	21,	“ 9	“Si mi dijeras ser comento”	“Si de mí dijeras ser comento”
“ “	22,	“ 7	un gran encantador, cuyo nombre	un gran encantador, de cuyo nombre
“ “	22,	“ 21	aún exponiéndose	aun exponiéndose
“ “	23,	“ 22	conquistador del Reino Quito	conquistador del Reino de Quito
“ “	28,	“ 17	será cien sucres	serán cien sucres
“ “	33,	“ 15	está cansada, abitada,	está cansada, abatida,
“ “	36,	“ 13	Cuatro años han pasado	Cuatro años ha pasado
“ “	44,	“ 9	hombres despavilados	hombres despabilados
“ “	46,	“ 17	admirádose al mismo tiempo	admirándose al mismo tiempo
“ “	60,	“ 5	y aún le faltaba	y aun le faltaba
“ “	60,	“ 7	de la vencidad	de la vecindad
“ “	61,	“ 7	que por látima	que por lástima
“ “	66,	“ 30	osas de los jardines de	rosas de los jardines de
“ “	76,	“ 13	ella hacía la apolegía	ella hacía la apología
“ “	79,	“ 6	¡Aún quedaban sobre	Aun quedaban sobre
“ “	80,	“ 9	que aún le martirizaban	que aun le martirizaban
“ “	89,	“ 9	, y aún recuerdo	, y aun recuerdo
“ “	92,	“ 1	á hacer dulces y pasajeros	á hacer dulces y pasaderos
“ “	92,	“ 25	que hayan algunas excepciones	que haya algunas excepciones
“ “	103,	“ 3	todo nos parace	todo nos parece
“ “	110,	“ 21	reboza hiel en su corazón	reboza hiel su corazón
“ “	120,	“ 19	revista litera de	revista literaria de
“ “	122,	“ 9	que oir el dictamente	que oir el dictamen
“ “	138,	“ 4	por mistoriosas hadas	por misteriosas hadas
“ “	153,	“ 1	aún resuena	aun resuena
“ “	156,	“ 1	Pare tratar	Para tratar

En la página 45, entre la 4ª y 5ª línea, intercálese: ¡Me salvé!, se dijo, pegándose un tropezón que le hizo caer en tierra.

(1) A pesar del cuidado que hemos tenido al formular esta lista de erratas, puede habérsenos pasado alguna, que el benévolo lector se dignará dispensar.

INDICE.

Páginas.

PRIMERA PARTE.

NARRACIONES.

SEGUNDA PARTE.

ARTICULOS VARIOS.

TERCERA PARTE.

BOCETOS.



